

EL COMENDADOR DE LAS LETRAS

José Antonio Ramos Rubio

T Tau
Editores

EL COMENDADOR DE LAS LETRAS

©De esta edición, 2024

TAU EDITORES

Cuesta de Aldana 6

10003- Cáceres

www.taueditores.es

©Del texto: JOSÉ ANTONIO RAMOS RUBIO

© Diseño de cubierta: ALBERTO CORTÉS MURILLO

I.S.B.N.- 978-84-128295-9-4

Depósito legal: CC-000151-2024

Impreso en España

“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).”

*A mi amigo, el padre Luis Vázquez,
que me acercó a Tirso.
In memoriam.*



Jose Antonio y el padre Vázquez

“Gabriel Téllez, el Padre de la Orden de nuestra Señora de la Merced, Predicador, Teólogo y Poeta, y siempre grande...Tirso de Molina...”

Juan Pérez de Montalbán, 1633.

Índice

1. Los primeros años: Madrid (1579—1603).....	11
2. Toledo (1604—1616)	41
3. La etapa americana (1616—1618).....	83
4. La etapa madrileña (1618—1626).....	103
5. Trujillo (1626—1630)	129
6. El regreso a Madrid. Sus últimos años (1630—1648).....	153
7. Bibliografía consultada y obras de Tirso de Molina.....	183

1

Los primeros años: Madrid (1579—1603)

Corría el año 1579

El Madrid de los Austrias era una villa que había crecido vertiginosamente desde que en el año 1561 estableciera allí la Corte el rey Felipe II. Aunque aún mantenía el primitivo trazado medieval, ya se percibía la consiguiente expansión urbanística iniciada por Calos I y continuada por Felipe II. Esa población se había convertido en la capital de la monarquía.

Madrid se transformó en el corazón palpitante de un imperio bajo el reinado de Felipe II. Cuando el monarca decidió trasladar la corte de Toledo a Madrid, la ciudad experimentó una metamorfosis que la convirtió en el epicentro político y cultural de España. Madrid, en esos tiempos, era una ciudad de contrastes.

Las calles empedradas estaban llenas de bullicio y vida, con comerciantes ofreciendo sus mercancías en mercados abarrotados, donde el aroma de especias exóticas y la visión de telas coloridas cautivaban a los transeúntes. Los edificios de adobe y ladrillo, con sus tejados de tejas rojas, delineaban un paisaje urbano que combinaba la rusticidad con la creciente grandiosidad arquitectónica impulsada por la presencia de la Corte.

En el centro de la ciudad se erigía el Alcázar, una imponente fortaleza que se convirtió en la residencia del rey. Este majestuoso edificio, con sus patios y jardines, era un símbolo del poder real y un centro de la administración del vasto imperio. Alrededor del Alcázar, nobles y cortesanos construían sus palacetes, embelleciendo Madrid con estructuras renacentistas adornadas con detalles góticos y moriscos, reflejo de la diversidad cultural que caracterizaba a la España de Felipe II.

La Plaza Mayor, construida bajo la dirección de Felipe II, se convirtió en el corazón social de Madrid. Este amplio espacio rectangular, rodeado de elegantes edificios con soportales, albergaba desde mercados y corridas de toros hasta ejecuciones públicas y festividades reales. La plaza, siempre llena de actividad, era un punto de encuentro donde se cruzaban las vidas de campesinos, artesanos, mercaderes y nobles, creando un microcosmos de la sociedad madrileña.

Las iglesias y monasterios de Madrid, construidos durante el reinado de Felipe II, no solo servían como centros de fe, sino también como guardianes del arte y la cultura. La basílica de San Francisco el Grande y el monasterio de las Descalzas Reales destacaban por su impresionante arquitectura y sus valiosas colecciones de arte sacro. En estos lugares, la devoción religiosa se entrelazaba con el mecenazgo artístico, promoviendo la creación de obras maestras que perdurarían a lo largo de los siglos.

El río Manzanares, aunque modesto en comparación con otros ríos europeos, era vital para la vida en Madrid. Sus riberas eran un lugar de esparcimiento para los madrileños, y sus aguas alimentaban los molinos que proporcionaban harina a la ciudad. Los puentes que cruzaban el Manzanares, como el Puente de Segovia, facilitaban el comercio y el movimiento de personas, conectando Madrid con el resto del reino.

La vida cotidiana en Madrid bajo Felipe II estaba marcada por la estricta moralidad impuesta por la Contrarreforma. Las procesiones religiosas y los autos de fe de la Inquisición eran comunes, y la presencia de la Iglesia se sentía en todos los as-

pectos de la vida. Sin embargo, también había lugar para el entretenimiento y la cultura. Los corrales de comedias, precursores de los teatros modernos, ofrecían representaciones que atraían a gentes de todas las clases sociales, mientras que los músicos y poetas llenaban los salones de las casas nobles y los rincones de las tabernas con sus obras.

Felipe II, conocido por su meticulosidad y devoción, gobernaba desde El Escorial, un complejo monumental que combinaba palacio, monasterio y panteón real. Este edificio, situado a las afueras de Madrid, simbolizaba la grandeza y la piedad del reinado de Felipe II, y su construcción representó una hazaña de ingeniería y arte que aún hoy asombra a quienes lo visitan.

Madrid, durante el reinado de Felipe II, se consolidó como el centro neurálgico de un imperio donde nunca se ponía el sol. La ciudad, con su vibrante mezcla de actividad comercial, vida cortesana y fervor religioso, reflejaba el esplendor y las contradicciones de una era marcada por la expansión territorial y la defensa de la fe católica. En este crisol de influencias y poder, se forjaba el destino de España y de muchas de las tierras que bajo su dominio se encontraban.

Una mañana del 24 de marzo del año 1579, en una modesta casa de arriendo de la calle de la Magdalena de Madrid, nació Gabriel José López y Téllez. Un niño que con el correr de los años llegaría a convertirse en un destacado dramaturgo y poeta bajo el seudónimo de "Tirso de Molina". En aquel momento Madrid era la ubérrima tierra, solar de la raza. Por allí pasaron, y allí se inspiraron los más grandes poetas que tuvo el mundo, los que supieron sublimar lo divino.

Quién le iba a decir a Gabriel José que en esa misma calle en la que había nacido, viviría el novelista y dramaturgo Miguel de Cervantes, y que al igual que le ocurriese en su niñez a Gabriel José, el "Príncipe de los Ingenios", en esos años juveniles, comenzó su afición al teatro, asistía a las representaciones de Lope de Rueda. Nueve años antes del nacimiento de Gabriel José, Cervantes ya se había marchado a Italia, había dejado Madrid para ponerse al servicio de Giulio Acquaviva, que será

nombrado cardenal en 1570 y a quien probablemente conoció en Madrid. Le siguió por Palermo, Milán, Florencia, Venecia, Parma y Ferrara.

Gabriel José era hijo de Andrés López y Juana Téllez, humildes sirvientes de don Pedro Mejía de Tovar, conde de Molina de Herrera. Oriundo de Villacastín (Segovia), con residencia en la Corte. En una época en la que los castillos dominaban el horizonte y las costumbres eran dictadas por la nobleza, vivía esta familia cuyo destino estaba intrincadamente ligado a las tierras de los señores. Andrés, el padre, era un hombre robusto de manos encallecidas y mirada serena, cuyo día comenzaba antes del amanecer. Con diligencia y esmero, atendía los vastos campos de los señores, labrando la tierra con paciencia y dedicación, y cuidando de los rebaños de ovejas. Cada surco arado era una promesa de cosecha, cada semilla plantada, una esperanza de sustento para su familia y para el feudo.

Mientras tanto, en el hogar, Juana, su esposa, se dedicaba a la tarea de coser la ropa, no solo de los señores, sino también los encargos que diariamente tenía de sus vecinos. Su destreza con la aguja era tal que sus puntadas parecían dibujar historias en cada pieza de tela. La suavidad de sus manos contrastaba con la dureza de la vida que llevaban, y su trabajo no solo era una labor doméstica, sino un arte que mantenía abrigados y presentables a sus hijos y a su esposo.

Los días de Andrés López transcurrían entre el campo, la casa de los señores y el establo. El sol, a menudo, era su único testigo mientras araba los terrenos, plantaba los cultivos y recogía las cosechas. A pesar de la dureza del trabajo, encontraba consuelo en la rutina y en la cercanía con la tierra, la cual consideraba su verdadera aliada en la lucha por la supervivencia. Las estaciones marcaban el ritmo de su vida, con la siembra en primavera, la siega en verano, y la preparación de los campos para el invierno.

Por su parte, Juana encontraba en el bordado y la costura un refugio y una manera de contribuir al bienestar de la familia. Las tardes, una vez que las labores del hogar estaban comple-

tadas, las dedicaba a confeccionar y remendar prendas. Sus dedos se movían con destreza, hilvanando telas y encajes con una precisión casi mágica. La ropa, que vestía a toda la familia y, en ocasiones, a los propios señores, era un reflejo del amor y la dedicación que Isabel ponía en cada puntada.

En una sociedad en la que la nobleza dictaba el curso de los acontecimientos, Andrés y Juana encontraron en su trabajo y en su familia el verdadero sentido de la vida. Aunque el esfuerzo era grande y las recompensas a menudo escasas, la satisfacción de saber que contribuían al sustento de su hogar y a la prosperidad del feudo les proporcionaba una fuerza inquebrantable. Su historia, como la de tantos otros campesinos de su tiempo, era dedicación, un testimonio del poder de la humildad y el trabajo honesto en tiempos de grandes desigualdades y desafíos.

La casita donde vivía la familia López Téllez era baja, muy sencilla, eso sí nunca les faltó pan y amor; el pan, que al comerlo y saborearlo juntos a gloria les sabía. A medida que iban transcurriendo los días, nuevas arrugas de preocupación iban apareciendo en la frente de Andrés López. Sentado en una esquina de la habitación, contemplaba el poético conjunto que formaban la madre y el niño, dando y recibiendo calor.

El Madrid del último tercio del siglo XVI, donde vino a la vida Gabriel José, había experimentado un incremento progresivo en la población llegando a alcanzar los 60.000 habitantes, la capacidad espacial no podía soportar este aumento poblacional, por ello que la urbe creció de manera caótica, llena de calles estrechas, con una salubridad y alcantarillado en un estado pésimo.

Gabriel José fue bautizado el 29 de marzo en la parroquia de San Sebastián de Madrid, según constata el libro 2 de bautizados de la iglesia: *“En 29 de marzo 1579 bautizó Alonso de la Puebla a Grabiél «Josepe», hijo de Andrés López y Juana Téllez [su] mujer. Fueron sus padrinos el capitán Gregorio de Tapia y doña Francisca de Aguilar. Testigos Pedro de Salca. Y Pedro de Cisneros. Alonso de la Puebla (firmado y rubricado)”*.

Gabriel José fue un niño de origen modesto, que animaba la casa con sus juegos, correteando por ella y por las calles, a quien el sol y el aire habrían de curtir. Una inmensa felicidad de vivir todos juntos en el mismo nido hogareño, una felicidad que no debiera romperse nunca, eso es lo que pensaría en muchas ocasiones Gabriel José.

La familia era muy apreciada en la Corte al servir al conde de Molina de Herrera don Pedro Mejía de Tovar; por dicho motivo, el capitán Gregorio de Tapia tuvo a bien ser el padrino, junto con su esposa, del pequeño Gabriel. Gregorio de Tapia y Salcedo, era hijo del secretario de Su Majestad y del Consejo Real y de la Orden de Santiago, nieto de don Gregorio de Cuero y Tapia, también secretario de Su Majestad y del Consejo Real. El padre de Gabriel, Andrés López era un hombre estimado en la villa madrileña, era sencillo pero cultivado. Gabriel optó por apellidarse como su madre, que había llegado a la Corte procedente de Portugal. Gabriel pertenecía a una familia muy católica, tuvo una hermana mayor, Catalina, que ingresaría en el convento de la Magdalena de Madrid, de monjas agustinas, profesando con el nombre de Catalina de San José, el 21 de agosto de 1588, a sus dieciséis años.

La vida en Madrid no era fácil, pero estaba llena de pequeños momentos de felicidad y satisfacción. Las risas de los niños de Andrés y Juana resonaban en el aire mientras jugaban en los campos, ajenos a las preocupaciones de los adultos. Los días festivos, aunque escasos, eran celebrados con alegría y fervor, y la familia se reunía alrededor del fuego para compartir historias y canciones, fortaleciendo los lazos que los unían.

Gabriel José a veces cuidaba de los rebaños de los amos de su padre, de hecho en *Cigarrales de Toledo* el propio autor afirmará esa condición al retratarse como “humilde pastor de Manzanares”, cosa que no tiene por qué tomarse en un sentido metafórico, sino real, puesto que don Pedro Mejía de Tovar y Paz tenía dehesas en el Jarama y probablemente el joven Gabriel pastorearía el ganado.

La villa de Madrid aún no había sido transformada por la magnificencia de la Corte, la vida rural prosperaba en las

afueras de la ciudad. Era una pequeña aldea a las orillas del Manzanares, donde aquel muchacho pastoreaba los rebaños, con el cabello despeinado y una sonrisa siempre dispuesta. Su mundo estaba conformado por colinas verdes, cielos infinitos y el tintineo constante de las campanas de sus ovejas.

Cada mañana, antes de que el sol asomara sobre el horizonte, Gabriel José tomaba su cayado y se dirigía al aprisco junto con su padre. Los primeros rayos de sol teñían de dorado los campos, y el aroma a tierra mojada se mezclaba con el canto de los pájaros. Con un silbido agudo, llamaba a sus ovejas, que comenzaban a pastar bajo su atenta mirada.

Un verano, una tormenta se desató con furia inusitada. Los relámpagos rasgaban el cielo y la lluvia torrencial amenazaba con arrastrar todo a su paso. Gabriel José junto con su padre, con el corazón en un puño, guiaron a las ovejas hacia un refugio improvisado entre las rocas. Pasaron la noche en vela, protegiendo a su rebaño de los elementos, su pequeño cuerpo temblando de frío y miedo.

Al amanecer, con el cielo despejado y el campo devastado, Andrés López descubrió que algunas de sus ovejas habían desaparecido. Sin dudar, se lanzó a buscarlas, recorriendo las colinas y los valles. Juntos, lograron reunir a todas las ovejas perdidas, fortaleciendo aún más su vínculo.

De vuelta a casa, padre e hijo se sintieron más seguros que nunca de su lugar en el mundo. Las colinas verdes, el murmullo del río y la compañía de sus ovejas eran su hogar y su razón de ser.

A veces, Gabriel José se llevaba a sus amigos Pedro y Juanillo al campo a cuidar de sus rebaños, compartiendo con ellos las historias y conocimientos que había adquirido. Con el tiempo, se convirtió en un líder entre los pastores, conocido no solo por su habilidad con las ovejas, sino también por su sabiduría y bondad.

Así, Gabriel José, el niño que pastoreaba rebaños en el Madrid del siglo XVI, encontró en su vida simple y en su amor por la naturaleza la verdadera grandeza. Su legado perduró en las colinas

y en los corazones de aquellos a quienes enseñó, convirtiéndose en una leyenda viviente de la humildad y el coraje.

Cuando apenas contaba con nueve años, en la alborada de un frío invierno, el pequeño Gabriel José, se escabullía de su casa antes del amanecer. Aquel día era diferente; una intuición, o quizás una fuerza superior, lo guiaba hacia el camino de piedra que conducía a la colina de la ermita de San Isidro. Con sus ropas remendadas y calzando unas sandalias, el joven atravesó la niebla que se cernía sobre los campos. Sus pasos lo llevaron al borde del bosque, donde el canto de los pájaros comenzaba a despertar el día.

Allí, bajo un roble centenario, encontró a un anciano mendigo, cuyas arrugas contaban historias de años de penurias. Gabriel, sin dudarlo, ofreció su escasa ración de pan y queso. El anciano, con lágrimas en los ojos, aceptó el regalo y bendijo al muchacho, quien sintió en ese momento una cálida sensación de paz y propósito.

Por las tardes y los días festivos, Gabriel jugaba en los barrios del Príncipe, la Magdalena, la Cruz, donde se encontraban los corrales de comedias, donde Lope tenía un éxito permanente. Allí le debió nacer la vocación teatral a Gabriel. El corral del teatro de la Cruz, era de planta rectangular, tenía un escenario elevado y adosado a la pared, enfrente del cual se situaba la puerta de entrada. En el centro estaba el patio, donde se acomodaban de pie los espectadores más bulliciosos, y a los lados había gradas y bancos para los de más categoría social que podían pagar una entrada más cara. Los nobles se colocaban en los aposentos o palcos. Las mujeres, excepto las nobles que acudían a los palcos, ocupaban la *cazuela*, situada enfrente del escenario a la altura del primer piso del corral.

Una mañana del año 1590, cuando Gabriel contaba con once años, camino del templo de San Sebastián, vio salir de un gran portalón de entrada a una distinguida señora, se llamaba Francisca Pizarro, era hija del conquistador de Perú, don Francisco Pizarro y de Inés Huaylas Ñusta. Era distinción vivir en una de aquellas casas palaciegas a la que se accedía por algunos

escalones; a un lado, una enorme ventana con verja labrada de hierro; al otro, la bajada a las caballerizas y a los sótanos.

Francisca Pizarro era una preciosa mestiza que había llegado a la Corte tras enviudar en 1580 con su tío don Hernando Pizarro y contraer segundas nupcias con don Pedro Arias Portocarrero, conde de Puñoenrostro. Vestía con suma elegancia, saya con escote cuadrado y gorguera, mangas postizas dejando visible la camisa en bullones, dejando ver un cabestrillo de camafeos y esmeraldas. Lo que no imaginaba Gabriel José es que la distinguida dama iba a ser la fundadora del convento de la Merced de Trujillo en 1594, donde sería nombrado Gabriel José comendador de la Orden en 1626.

Aquella dama, en su camino hacia la iglesia, contentaba a la chiquillería con unos anises que sacaba de su faltriquera, fracasando en su intento, porque aquella gente menuda, a pesar de que no esperaba mucho, esperaba más, y eso que no habían sido gravados con una espera larga.

A medida que crecía, Gabriel José se convirtió en un joven robusto y bondadoso. Su madre, una devota mujer, le inculcó una profunda fe y amor por el prójimo. Cada día, en las labores en el campo ayudando a su padre, Gabriel se compadecía de los enfermos y los desvalidos de la villa.

Con el pasar de los años, Gabriel José había aprendido a buscarse la vida en una ciudad vibrante y llena de contrastes, donde la opulencia de la corte convivía con la miseria de los más desfavorecidos.

Gabriel José despertaba con el canto del gallo, su día comenzaba mucho antes de que el sol despuntara en el horizonte. La madre, una mujer de carácter fuerte, siempre estaba pendiente de él.

Por las mañanas se iba con sus amigos a los barrios cercanos a su casa, donde los mercaderes y artesanos comenzaban a instalar sus puestos. Gabriel José se ganaba unas monedas realizando pequeños encargos, desde llevar recados hasta ayudar a montar los tenderetes.

Llegó el año 1593 en el Madrid bajo el reinado de Felipe II. Las calles empedradas vibraban con la vida cotidiana de

comerciantes, artesanos, y nobles. Entre ellos, destacaba el grupo de mozalbetes, amigos de Gabriel José, siempre corriendo, riendo y explorando los rincones de la capital. Entre estos muchachos se encontraba Juanillo, un amigo de Gabriel, de trece años, de cabello desgreñado y mirada vivaz.

Aquella mañana de primavera, el sol despuntaba sobre las torres y tejados, bañando la Plaza Mayor con su luz dorada. Juanillo, con sus inseparables amigos Gabriel José y Pedro, se encontraba en el centro de la plaza, donde los puestos del mercado comenzaban a desplegar sus mercancías. El aire estaba impregnado del aroma de especias, frutas frescas y pan recién horneado.

Juanillo vivía en una modesta casa de la calle de Toledo, una vía bulliciosa llena de tiendas y tabernas. A su madre, Inés, le preocupaba la educación de su hijo, pero también sabía que la vida en la calle le enseñaba lecciones que ningún libro podía ofrecer. Esa tarde, los tres amigos se aventuraron hacia el Puente de Segovia, donde el río Manzanares corría perezoso bajo el sol.

—¡Vamos a cruzar el río!, gritó Pedro, el más atrevido del grupo.

Sin pensarlo dos veces, los chicos se quitaron las sandalias y remangaron sus pantalones. Atravesaron el agua fría y rieron hasta que sus risas resonaron en las colinas circundantes. Al otro lado, encontraron un viejo molino abandonado.

Los sábados, el mercado era un hervidero de actividad. Gabriel José y sus amigos solían merodear por allí, no solo por la posibilidad de alguna travesura, sino porque a veces conseguían algunas monedas ayudando a los mercaderes. Ese día, mientras cargaban sacos de harina para un panadero, Gabriel José se topó con un hombre que le resultaba familiar.

Era don Francisco, un noble amigo de su padre, quien había servido en las campañas de Flandes. Don Francisco, impresionado por la diligencia y el espíritu del chico, lo invitó a su casa para enseñarle a leer y escribir, y así, tal vez, forjar un mejor futuro. Gabriel José aceptó con gratitud, sabiendo que esta era una oportunidad única.

Don Francisco tenía una vasta biblioteca, un lugar mágico para Gabriel José. Entre los estantes repletos de libros, encontró volúmenes de historia, aventuras y ciencias. Pero lo que más le fascinó fueron varios libros que tenía don Francisco sobre la mesa: *Flos Sanctorum*, que había sido reimpresso en 1572 y que trataba sobre la vida de santos canonizados y un *Libro de oración y meditación* de Luis de Granada, impreso en 1552.

Don Francisco le habló sobre la importancia de la meditación, de la oración, palabras que se grabaron en el corazón del muchacho, alimentando su ansia de conocimiento.

Los años pasaron y Gabriel se convirtió en un joven instruido y ambicioso. Gracias a don Francisco, había aprendido no solo a leer y escribir, sino también el acercamiento hacia la religión.

Madrid, con sus calles adoquinadas y su bulliciosa vida, había sido el escenario de sus primeras aventuras, pero el mundo entero lo esperaba. Con el corazón lleno de esperanza, dispuesto a escribir su propia historia en las páginas de la vasta y desconocida geografía del mundo.

Pasaron los años. Una mañana de abril del año 1596, mientras el alba teñía de oro los tejados de la villa, Gabriel José se encontró con el señor Ricardo, un anciano vendedor de libros y manuscritos. El señor Ricardo, al ver la avidez de conocimiento en los ojos del niño, le regaló un pequeño libro titulado *La Silva Curiosa* de Julián de Medrano. Este libro es una obra miscelánea que recoge una gran cantidad de información y saberes de la época, incluyendo aspectos de historia, mitología, filosofía, ciencia, y anécdotas curiosas. La obra refleja el espíritu del Renacimiento, caracterizado por un gran interés en el conocimiento y la erudición. Era un ejemplar viejo y ajado, pero para Gabriel José era un tesoro. La obra refleja los ideales del humanismo renacentista, promoviendo el conocimiento y la educación a través de la recopilación y difusión de saberes. En ese libro, el autor hace numerosas referencias a la literatura y filosofía clásicas, mostrando la influencia de autores como Plinio el Viejo, Aristóteles y otros.

A menudo, al terminar sus labores, Gabriel José se escabullía hasta el río Manzanares. Allí, bajo la sombra de un gran

roble, devoraba las páginas del libro, un testimonio del fervor intelectual del Renacimiento español y de la pasión por el conocimiento que caracterizó a esa época.

El día que cambió la vida de Gabriel José llegó sin previo aviso. Una tarde calurosa de julio, mientras estaba con sus amigos cerca del Puente de Segovia, se desató una revuelta en las calles. El hambre y la desigualdad habían inflamado los ánimos de los madrileños, y el alboroto se extendió como la pólvora. Un fraile mercedario, que vivía en un cercano convento, se encontró en medio de la refriega. Sin pensarlo dos veces, ayudó a una anciana a resguardarse de los tumultos y se enfrentó a un par de matones que intentaban aprovechar el caos para robar.

Esa noche, al regresar a su humilde hogar, Gabriel José encontró a su madre llorando en la puerta. Su madre le abrazó con fuerza, agradeciendo al cielo por su regreso sano y salvo. En sus ojos había un nuevo brillo, una mezcla de orgullo y temor. Gabriel José entendió entonces que la valentía no solo residía en los grandes gestos heroicos, sino también en las pequeñas acciones del día a día, en la lucha constante por la justicia y el bienestar de los suyos y volvió a recordar a aquel fraile que ayudó a la anciana.

Con el tiempo, Gabriel José se convirtió en un joven decidido y sabio, conocido por su integridad y su bondad. La vida en el Madrid del siglo XVI no era fácil, pero él estaba decidido a hacer su camino, a forjar su destino con la misma fuerza y determinación que había visto en las páginas de algunos de los libros que leía. Así, bajo el cielo azul de una ciudad en constante cambio, Gabriel se iba abriendo paso por la vida, dejando una marca indeleble en el corazón de la villa que lo vio crecer.

Pasaron los días. En el Madrid de 1597, la primavera había florecido con un esplendor inusual, impregnando el aire con el aroma de las flores y el bullicio de una ciudad vibrante. Entre las estrechas calles adoquinadas y las plazas llenas de vida, Gabriel José era un joven de dieciocho años, cuya vida había transcurrido hasta entonces en relativa tranquilidad, ayudando a su padre y soñando con otra vida más allá de las murallas árabes de la ciudad.

Gabriel José, con su carácter curioso y su pasión por el conocimiento, frecuentaba las tabernas y los corrillos donde los viajeros y marineros contaban sus historias. Era en uno de estos lugares, la Taberna del Gallo de Oro, donde escuchó por primera vez sobre el tesoro de los Austrias, una colección de joyas y riquezas inigualables que había sido recientemente traída a Madrid desde los rincones más lejanos del imperio.

El rumor decía que el tesoro sería exhibido durante una gran celebración en el Palacio Real, con motivo del cumpleaños del rey Felipe II. La noticia encendió una chispa en el corazón de Gabriel José, quien decidió que debía ver esas maravillas con sus propios ojos. Así, con la osadía propia de la juventud, se las ingenió para conseguir una invitación a la corte, utilizando todos los recursos y contactos que su familia tenía con sus señores, el conde de Molina de Herrera, don Pedro Mejía de Tovar.

El día de la celebración, Gabriel se vistió con sus mejores galas, un traje de terciopelo verde bordado con hilo dorado que le regaló su padrino de bautismo, y se dirigió al palacio. El aire estaba cargado de emoción y expectativa. Al entrar en el vasto salón de los Habsburgo, sus ojos se maravillaron ante la opulencia y el brillo de las joyas expuestas. Pero no fue solo el esplendor del tesoro lo que capturó su atención; entre la multitud, Gabriel José divisó a una joven de cabello dorado y porte aristocrático. Era doña Isabel de Mendoza, una dama de la alta nobleza, conocida por su belleza y su ingenio.

Gabriel José, hechizado tanto por la riqueza como por la dama, decidió acercarse a ella. Isabel, sorprendida por la audacia del joven, se mostró al principio distante, pero la sinceridad y el encanto de Gabriel la conquistaron lentamente. Conversaron durante horas, paseando por los jardines iluminados por antorchas, compartiendo historias y risas. Sin darse cuenta, se encontraron en una parte más aislada del palacio, donde el murmullo de la fiesta apenas llegaba.

Fue entonces cuando Gabriel José notó un movimiento sospechoso entre las sombras. Tres hombres, vestidos como sirvientes pero con un aire siniestro, parecían conspirar algo.

Siguiendo su instinto, Gabriel tomó la mano de Isabel y se escondieron tras un seto, observando con cautela. Los hombres, sin darse cuenta de su presencia, comenzaron a discutir en voz baja sobre un plan para robar una de las joyas más valiosas del tesoro: el collar de la reina.

Con el corazón latiendo a mil por hora, Gabriel decidió actuar. Dejando a Isabel en un lugar seguro, se escabulló hasta el lugar donde se encontraba el capitán de la guardia, informándole de la inminente amenaza. Gracias a su intervención, los guardias lograron detener a los ladrones justo a tiempo, evitando así el robo.

La noticia del heroísmo de Gabriel José se difundió rápidamente por la corte. Felipe II, impresionado por el valor del joven, lo convocó a su presencia al día siguiente. Agradecido por su lealtad y coraje, el rey le ofreció una posición en la corte, un honor que Gabriel José no aceptó con humildad y gratitud.

Isabel, por su parte, no pudo ocultar su admiración por Gabriel José. Su amistad no llegaría a transformarse en un romance, el destino del joven tenía otros derroteros. Pero, aquél día, Gabriel escribió su propia historia, una mezcla de valentía, amor y sueños compartidos.

El miércoles 31 de mayo de 1598, había una gran expectativa en los alrededores de la iglesia San Sebastián, había fallecido el día anterior Francisca Pizarro en su casa de Madrid, sita en la calle Príncipe, había testado ante Juan de la Cotera, escribano de número, mandó depositar su cuerpo en la Trinidad. Cuatro años antes, había fundado en Trujillo el convento mercedario, siendo el padre maestro fray Francisco Çumel, general de la Orden de Nuestra Señora de las Mercedes, redención de cautivos, catedrático de Salamanca. En el funeral estaban presentes la condesa doña Juana de Castro y don Pedro Arias, don Francisco Pizarro, alférez mayor de Trujillo, residente en la Corte. Diego de Sosa, médico, don Juan López de Baños y don Pedro López de la Barrera, don Juan Urreta de Salazar, don Gabriel de Vargas, don Francisco de Gálvez y otros caballeros.

España vivió una época de afluencia de metales preciosos, provenientes de las minas del Nuevo Mundo, lo que aceleró la

descomposición de la economía española, de una sociedad en la que el afán de prestigio y el ascenso social encontraría en la posesión del metal precioso la concreción de los oficios productivos, una gran preocupación en acrecentar la tenencia de metales preciosos. Una sociedad de caballeros, en la que todos andaban vestidos de golilla y las damas con mantos de seda.

En la madrugada del 13 de septiembre de 1598 fallece en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial el rey Felipe II, según su consejero fray José de Sigüenza: *“asado y consumido del fuego maligno que le tenía ya en los huesos”*, convirtiendo a su hijo en testigo de su muerte. *“Hijo mío, he querido que os halléis presente en esta hora para que veáis en qué paran las monarquías de este mundo”*, le dijo. Se convertía Felipe III en rey de España, representando un cambio considerable tanto en la política interior como en la exterior. Apenas se hizo cargo del poder, se lo entregó a don Francisco de Sandoval, marqués de Denia, y posteriormente al duque de Lerma, un señor de ambición desmedida codicia insaciable que fue durante largos años el verdadero árbitro de la gobernación del Estado español, utilizando el poder en beneficio propio, inaugurando una descarada política de corrupción y nepotismo.

España tendrá que enfrentarse a numerosos problemas en estos momentos, como la peste de 1598 o la bancarrota, y la paz con los franceses y holandeses, proporcionando unos años sin guerras.

Aquella vasta y poderosa monarquía que había conocido días de esplendor y expansión, se hallaba en una encrucijada de su historia. Las cicatrices de la peste de 1598 aún marcaban las calles y los corazones de sus gentes. Las sombras de la bancarrota, que había sacudido la economía del imperio, seguían proyectándose sobre el reino, mientras las recientes paces con los franceses y los holandeses ofrecían un respiro en medio de tiempos convulsos.

Gabriel José, recorría una vez más las calles de Madrid. Era una tarde de verano, y el sol bañaba con su luz dorada los tejados y las piedras de la ciudad, que se erguía majestuosa

sobre su colina. A pesar de las paces firmadas, el aire estaba cargado de tensión y la incertidumbre se palpaba entre los muros de los conventos y las calles empedradas. Las secuelas de la peste de 1598, que había diezariado la población y sembrado el miedo en los corazones, aún se notaban en los rostros de los ancianos que recordaban aquellos días oscuros. Las cicatrices de la bancarrota, que había afectado tanto a nobles como a plebeyos, seguían presentes en las miradas de preocupación y en los mercados menos concurridos.

Sin embargo, la reciente paz con Francia y los Países Bajos ofrecía una esperanza renovada. Era un momento de reconstrucción y de intentar sanar las heridas abiertas por décadas de conflicto. En este contexto, Gabriel José mantenía un espíritu incansable y una aguda observación de la condición humana.

Un día, se presentó en la casa de Gabriel José un fraile pidiendo algo de ayuda para liberar cautivos. Gabriel José le conoció rápidamente, era el padre Leocadio, aquel que hacía años había ayudado a la pobre anciana en el tumulto que se había generado en el puente de Segovia. Esta era una de las misiones que tenía un mercedario, la misericordia para con los cristianos cautivos en manos de los musulmanes. Muchos de los miembros de la Orden canjeaban sus vidas por la de presos y esclavos. Los padres de Gabriel le recibieron. Gabriel tenía diecinueve años, aquel fraile despertó en Gabriel un gran interés por la loable labor que realizaba.

Pasaron varios días y desde aquella visita del fraile, el Señor no cesaba en llamar a la puerta del corazón del joven Gabriel. Pero, Dios empezó a obrar en su alma, hasta que Gabriel tomó la firme decisión de visitar al padre Leocadio en el convento.

El joven caminaba con pasos lentos, meditando sobre su futuro incierto. Las calles empedradas de los barrios antiguos de Madrid resonaban con el eco de sus pensamientos. Era una mañana de primavera y el sol despuntaba tímidamente entre las nubes, arrojando un manto dorado sobre las viejas piedras y los tejados de las casas.

Al llegar al convento, un edificio de muros gruesos y ventanas estrechas, se detuvo frente a la pesada puerta de madera.

Tomó aire y golpeó suavemente con el aldabón de hierro forjado. Unos momentos después, la puerta se abrió con un chirrido, revelando la figura austera de un fraile de mediana edad. Sus ojos, serenos y profundos, parecían ver más allá de lo visible.

—Bienvenido, hijo mío —dijo el fraile con voz suave—. ¿Qué te trae por aquí en esta hermosa mañana?

El joven, algo nervioso, respondió mientras seguía al fraile al interior del claustro.

—Padre, vengo en busca de consejo. Estoy perdido y no sé qué camino seguir.

El fraile lo condujo a una pequeña sala de paredes encaladas, decorada únicamente con un crucifijo de madera y unas sillas de mimbre. Ambos se sentaron y el fraile fijó su mirada en el joven.

—Cuéntame, hijo, ¿qué inquieta tu corazón?

—Es mi vida, padre. Siento que no tengo un propósito claro, que deambulo sin rumbo. He probado diferentes oficios, pero ninguno me llena. Me encuentro vacío y ansío hallar un sentido más profundo.

El fraile asintió con comprensión, sus manos descansando en su regazo.

—A veces, en el silencio de nuestro corazón, encontramos las respuestas que tanto buscamos. ¿Has considerado alguna vez la vida monástica?

El joven lo miró con sorpresa.

—¿Unirme a la Orden? No lo había pensado, padre. Siempre he visto la vida religiosa como algo distante, reservado para aquellos con una vocación clara desde la niñez.

El fraile sonrió.

—La llamada de Dios no siempre es inmediata ni clara. A veces, se revela a través de nuestras dudas y anhelos. La vida en el monasterio es una vida de servicio, oración y comunidad. Aquí, en el silencio y la contemplación, muchos encuentran el propósito que buscaban en el bullicio del mundo exterior.

El joven guardó silencio, reflexionando sobre las palabras del fraile. El ambiente del monasterio, con su paz y serenidad,

le parecía ahora más atrayente. Había algo en la calma del lugar que resonaba en lo más profundo de su ser.

—Pero, ¿cómo sabré si es mi camino, padre? —preguntó finalmente.

—No hay certezas absolutas, hijo mío. La fe y la vocación son cuestiones del alma, y cada uno debe encontrarlas a su manera. Te invito a quedarte con nosotros un tiempo, a vivir entre nosotros y participar en nuestras oraciones y labores. Quizás, en este entorno, encuentres las respuestas que buscas.

El joven sintió una extraña paz inundar su corazón. Aceptó la invitación y a los pocos días se marchó al monasterio, donde participaría en la vida cotidiana de los frailes.

Llegó el momento trascendental de preparar el equipaje y decir un adiós para siempre. Era el año 1599, unos días después de haberse despedido de todos sus conocidos y de cuantas relaciones tenía en su barrio madrileño, Gabriel José ingresa en el convento de la Merced de Madrid, que aún estaba en construcción, conocido por aquel entonces como el prenovicio Gabriel José. El convento había iniciado su construcción en 1564, uno de los tantos conventos que por aquel entonces se comenzaron a levantar en la ciudad con el traslado de la capital del país desde Toledo. Bajo el mando de fray Gaspar de Torres —padre Provincial de la Orden de la Merced en Castilla, catedrático de Salamanca y obispo auxiliar de Sevilla— la construcción del edificio situado en las ya inexistentes calles de Cosme de Médicis, Remedios y Merced se extendió a lo largo de doscientos años.

Este edificio de carácter religioso, que tenía capacidad para más de cien residentes, contaba con tres pisos entre los que se repartían las celdas de los frailes, así como la enfermería, botica, imprenta, tahona y otras dependencias. Su iglesia, levantada sobre una planta de cruz latina de notables dimensiones, compuesta por tres naves, cúpula, capilla mayor, y varias capillas laterales que comunicaban por el interior» destacaba en la ciudad por sus grandes dimensiones y por la riqueza artística con la que contaba en su interior.

Los pintores Manuel de Castro y Eugenio Caxés fueron los encargados de decorar la bóveda, aunque la imagen de Nuestra Señora de los Remedios (cuya ermita hoy se localiza en Colmenar Viejo) era lo que realmente atraía la atención de la población. Su historia —se comentaba que había sido traída desde Flandes y salvada de la profanación de herejes por un soldado de Felipe II— la había convertido en objeto de veneración de los madrileños, convirtiéndose así en la tercera Virgen más relevante de la ciudad.

Atrás quedaron los días alegres, aquellos que recordará Gabriel para siempre, las ordinarias aventuras a que se había dedicado con sus amigos, saltando tapias de los caserones de los nobles y salvando la vigilancia de los criados, cogían la fruta de las huertas y, aquellas noches, no menos encantadoras, en que, desde el mirador de la casa de su amigo Juan, en el arrabal de Santa Cruz, mojaban a los transeúntes que pasaban por la calle.

Así, el joven, que llegó al convento con el corazón inquieto, encontró en los consejos del fraile el camino que lo llevaría a una vida plena y significativa. Y cada mañana, al escuchar las campanas del convento, recordaba con gratitud el sabio consejo que lo condujo hacia su verdadero destino.

Con el tiempo, las dudas se desvanecieron y un nuevo sentido de propósito emergió en su vida. En el silencio del claustro, halló su vocación y entendió que su lugar estaba allí, dedicado al servicio y a la contemplación.

En el convento madrileño vivió unos meses. Tomó una decisión que afectaría a su vida, porque no pueden bastar las puras razones, por muy convincentes que sean. Si el corazón se rebela contra el entendimiento, difícilmente podría dominarlo por la fuerza. La familia de Gabriel José no tenía los recursos económicos suficientes para que pudiera estudiar Gramática en Salamanca. A Gabriel José le hubiera gustado estudiar y comentar los textos clásicos. Aunque con el tiempo, acrecentó su vocación. Desarrolló en su alma el amor a María. Una fórmula que vino a significar todo lo que era su vocación. No podía

haber para Gabriel otra felicidad en la vida que la de amar a la Virgen y trabajar por su gloria.

Habían transcurrido treinta y cinco años desde que se iniciaran las obras del cenobio madrileño, bajo diseño de fray Tomás de Trujillo. El convento tenía un claustro grande, realizado a semejanza del segundo claustro del monasterio de El Escorial, para procesiones con jardín y una hermosa fuente en el centro, conocida como *La Joya de Madrid*, y otro de menor tamaño al que solo tenían acceso los frailes. En esos años, llegaron al convento ocho monjes procedentes de los conventos de Guadalajara y Toledo. Un convento que llegó a tener enfermería, botica, imprenta y tahona.

A Gabriel le admiraba la espaciosa iglesia conventual, una de las más grandes de Madrid, tenía planta de cruz latina. Estaba compuesta de tres naves y varias capillas a los lados, entre ellas la de los Remedios y San Ramón Nonato. El altar mayor estaba rematado por una cúpula de media naranja y linterna sobre cuatro pilastrones. Se pasaba horas postrado, rezando ante la imagen de Nuestra Señora de los Remedios, que se recibía culto en una capilla lateral. Esta imagen la envió el papa San Gregorio a la isla de Nueva Zelanda. Allí fue venerada en una abadía benedictina hasta que esta fue destruida por los luteranos, uno de los cuales, arrojó la escultura a una hoguera. El conquense Juan de Orihuela, soldado de Felipe II, se abalanzó y la rescató de las llamas. Pagó por ella 50 maravedíes y la trajo a España poniéndola en manos de los padres mercedarios de Cuenca que, en agosto de 1573, la trasladaron al convento de la Merced de Madrid. Era una Virgen morena y la beata Mariana de Jesús la llamada “La Pequeñina” por su reducido tamaño.

Los muros del convento eran de piedra, antiguos y robustos, abrazados por la vegetación que el tiempo había permitido arraigar. Al traspasar el umbral de la pesada puerta de madera, el aire se tornaba fresco y solemne, impregnado del aroma a incienso y cera derretida.

El interior del convento era un laberinto de pasillos silenciosos, donde los ecos de los pasos parecían resonar con una

reverencia casi palpable. Las paredes estaban decoradas con frescos, representaciones de santos y escenas bíblicas. Entre las estrechas ventanas, la luz se filtraba tímidamente, dibujando patrones de sombra y luz en el suelo de piedra pulida. Las lámparas de aceite parpadeaban con un resplandor cálido y trémulo, dando vida a las sombras que danzaban en las esquinas.

El claustro central, un refugio de paz y contemplación, albergaba un pequeño jardín con hierbas aromáticas y flores silvestres. Un pozo de piedra en el centro servía de recordatorio de la simplicidad y autosuficiencia de la vida monástica. Los bancos de madera, dispuestos a lo largo del jardín, invitaban a la meditación y al estudio de las escrituras.

La celda de Gabriel José, ubicada en un rincón apartado del convento, era un espacio modesto pero ordenado. La puerta de madera oscura, sin ornamentos, daba paso a una habitación pequeña y austera. Una cama estrecha de madera con un colchón de paja se encontraba en una esquina, cubierta por una manta de lana gruesa. Sobre la pared, una cruz de madera recordaba a Gabriel su devoción y propósito. Junto a la cama, una mesa tosca sostenía una vela, algunos pergaminos y una pluma, herramientas esenciales para sus estudios y oraciones nocturnas. La celda de Gabriel daba a la calle del Burro, con gracejo repetía frecuentemente: *“me parece que burro soy desde que he venido a este convento”*.

En el rincón opuesto, un pequeño altar con una imagen de la Virgen María servía de punto focal para sus plegarias diarias. Un estante con unos pocos libros, volúmenes de teología y filosofía, era su ventana al conocimiento y la reflexión espiritual. La ventana estrecha de su celda dejaba entrar la luz del amanecer y el canto de los pájaros, conectando su mundo interior con la vastedad del exterior.

El ambiente en la celda era sobrio, pero impregnado de una tranquilidad que invitaba al recogimiento. Cada objeto tenía un propósito claro, reflejando la vida de simplicidad y devoción que el fraile había escogido. El silencio era roto solo por el suave murmullo de sus oraciones y el crujido ocasional de la madera al asentarse, componiendo una sinfonía de paz y serenidad.

Siempre recordará Gabriel José la delicadeza con que su director espiritual, el padre Juan Bautista del Santísimo Sacramento, entendió su verdadera manera de ser, y la oportunidad con que supo llamarle al orden en alguna ocasión que la conducta no andaba muy consecuente con su convicción. Sobre todo, en algunos momentos del noviciado cuando la vocación empezaba a tambalearse. Gabriel se abrió totalmente con el padre espiritual, que le comprendió y alentó hacia su verdadera vocación. Pero, siempre, bajo la atenta mirada de su preceptor, el padre Leocadio.

Todas las mañanas se arrodillaban juntos ante el Sagrario. Sobre él, recibía culto una pequeña imagen de la Inmaculada. Desde aquel momento, Gabriel José comenzó a invocarla cada vez que necesitaba consuelo. Solo quería volar al lado de su Madre, poniendo la mirada fija en la imagen. Le venían recuerdos de las personas queridas, aquellas que había dejado en Madrid.

Algunas tardes, salían juntos Gabriel José, el padre Leocadio y el maestro fray Juan Bautista a la ermita madrileña de Santa Bárbara. Fray Juan Bautista con sus patillas negras y bigote espeso. Allí, en el norte de la villa de Madrid, se había retirado un año antes como penitente María Ana Navarro de Guevara, que tenía treinta y tres años de edad. Piadosa mujer que ayudaba a los más pobres.

Fray Juan Bautista, religioso mercedario y reformador de la Orden, fue su director espiritual hasta su muerte, y por otras personas piadosas.

Le aconsejaron a la penitente que trasladase su morada a una pequeña casa, vecina al convento de los mercedarios descalzos, ya que la ermita no era lugar habitable. Allí en aquella casa pasó varios años dedicada a la oración y la penitencia, así como al servicio a los pobres y necesitados de la ciudad. La fama de sus virtudes y de las apariciones sobrenaturales y milagros que la acompañaban se extendió rápidamente por Madrid. Con el tiempo llegaría a vestir el hábito de terciaria, bajo el nombre de Mariana de Jesús. Sus superiores le ordena-

ron que escribiera acerca de estas experiencias. En estos escritos, Mariana narra, entre otras cosas, las visiones que tuvo de Jesucristo y la Virgen María y sus éxtasis místicos.

Gabriel José no conocería el período de mayor esplendor del convento madrileño, ya que cuando se marchó para hacer el noviciado en el convento de San Antolín de Guadalajara, adquirió una gran popularidad el convento de la Merced Calzada, que era como se le conocía en Madrid, llegando a contar con ciento diez religiosos en pocos años.

Se acercaba el nuevo curso. Gabriel tuvo que abandonar Madrid para trasladarse a su nueva morada, el convento mercedario de Guadalajara.

La mañana se presentaba con una neblina densa que envolvía el convento de la Merced Calzada, como si la propia naturaleza quisiera mantener en secreto la partida de Gabriel José. En el claustro, el aire era fresco y el silencio casi absoluto, roto únicamente por el lejano canto de los pájaros que saludaban el nuevo día. Los muros de piedra, testigos de innumerables historias y plegarias, parecían despedirse en un mutismo solemne.

Gabriel José, caminaba con paso firme pero medido. Su rostro, iluminado por la luz tenue de la mañana, reflejaba una mezcla de serenidad y determinación. En su mirada, se podía percibir una chispa de esperanza y una pizca de nostalgia. Había pasado casi dos años en este lugar, dedicando sus días al estudio, la oración y la contemplación, pero ahora, un nuevo capítulo se abría ante él.

En el umbral del convento mercedario de Madrid, fray Juan Bautista, con ojos bondadosos y manos temblorosas, esperaba para darle la despedida.

—Gabriel, hijo mío, dijo con voz suave.

—Que el Señor te guíe en tu camino y te dé fuerza para cumplir con tu vocación. Este es solo un adiós temporal; siempre serás parte de nuestra familia.

Gabriel José inclinó la cabeza en señal de respeto y gratitud.

—Gracias, padre. Su sabiduría y sus enseñanzas han sido una luz en mi camino. Prometo llevar en mi corazón todo lo que he aprendido aquí.

Con una última mirada al claustro y sus jardines, donde había pasado incontables horas en meditación, Gabriel José cruzó el umbral y salió al sendero que lo llevaría a su nuevo destino: el convento de San Antolín de Guadalajara, donde sería ordenado fraile de la congregación mercedaria. El camino, bordeado de árboles altos cuyos troncos parecían susurrar secretos antiguos, se extendía ante él, sinuoso y misterioso.

A medida que avanzaba, el paisaje se transformaba. La neblina se disipaba lentamente, revelando campos verdes y colinas suaves. Los pensamientos de Gabriel José se arremolinaban, recordando los momentos vividos, las enseñanzas recibidas y las amistades formadas. Pero también pensaba en el futuro, en su nueva vida, en las responsabilidades que le aguardaban y en la comunidad que le recibiría.

Tras un día de camino, el convento apareció a lo lejos, sus torres destacando en el horizonte como un faro de esperanza. Gabriel sintió un peso levantarse de sus hombros, reemplazado por una sensación de expectación. Este nuevo convento, con sus propios secretos y misterios, sería su hogar y su refugio.

Al llegar a la entrada, fue recibido por el hermano Pedro, un fraile de rostro amable y manos firmes.

—Bienvenido, hermano Gabriel, dijo, con una sonrisa cálida.

—Hemos estado esperando tu llegada. Que tu estancia aquí sea fructífera y llena de bendiciones.

Gabriel inclinó la cabeza en señal de gratitud.

—Gracias, hermano Pedro. Estoy listo para servir y aprender, y para llevar a cabo mi vocación con dedicación y fe.

Con estas palabras, cruzó el umbral del convento de San Antolín, sintiendo que una nueva etapa de su vida comenzaba. El interior del convento era fresco y acogedor, con el mismo aroma a incienso y cera derretida que tan familiar le resultaba. Sabía que este lugar, con sus nuevos desafíos y oportunidades, sería el escenario de su crecimiento espiritual y personal.

Y así, con el corazón lleno de esperanza y el espíritu dispuesto, Gabriel José se adentró en su nueva vida, preparado para servir con devoción y amor, en el nombre del Señor.

Nada más llegar Gabriel al convento de Guadalajara, a las pocas horas, el padre Anselmo de Castro se sentó frente a él, y le preguntó:

—Gabriel, cuando te diste cuenta que tenía vocación?

—Creo que nací con vocación. Sueños sobre sueños iban cayendo sobre mi alma de niño.

Conocí un estremecimiento de gozo en la tersura de mi inocencia. La Inmaculada me llamaba. Entre Ella y el alma dominio no hay más que inocencia, —respondió Gabriel.

—Tal vez sirva de luz a alguno de los que van buscando su vida.

Sin dejarle reaccionar, el padre Anselmo, con mucha prudencia, le respondió:

—Tal vez, por lo menos, evocarás a alguno de los que ya la han encontrado en las boscosas inquietudes del tiempo en que la buscaba. El camino de la vocación es la escalada del monte de la dicha.

—Más bien me muevo por el corazón. Comencé a gustar de Dios en la Comunión y a gozar con la vida de congregación, sacrificada, y con el consuelo de Dios,— contestó Gabriel.

Y, así pasaron los días.

A principios del siglo XVII, la ciudad de Guadalajara presentaba una serie de características típicas de una urbe castellana de la época, estaba bajo la influencia de la poderosa familia Mendoza, especialmente desde el siglo XV. La ciudad fue un importante centro de poder y residencia de esta familia, que contribuyó significativamente a su desarrollo y a su esplendor durante los siglos XV y XVI. La economía de Guadalajara se basaba en la agricultura, la ganadería y algunas manufacturas. La presencia de los Mendoza atrajo a artesanos y comerciantes, lo que dinamizó la economía local.

La influencia de la familia Mendoza y su riqueza se reflejó en la arquitectura de la ciudad. Se construyeron importantes edificios renacentistas, como el Palacio del Infantado, un edificio emblemático que sigue siendo un símbolo de Guadalajara. La ciudad contaba con murallas que la protegían, aunque

en esa época muchas ciudades comenzaban a expandirse más allá de sus antiguas fortificaciones. Las calles eran estrechas y laberínticas, típicas de las ciudades medievales.

Guadalajara tenía una población relativamente pequeña comparada con otras grandes ciudades castellanas, pero su importancia política y cultural era notable. La población estaba compuesta por nobles, clérigos, comerciantes y artesanos. La presencia de la familia Mendoza atrajo a escritores, artistas y pensadores. La ciudad se benefició culturalmente de este mecenazgo. Además, había instituciones educativas y religiosas que contribuyeron a la formación de la élite local. La religión católica jugaba un papel central en la vida cotidiana. Había varias iglesias y conventos en la ciudad, y la vida religiosa estaba marcada por las festividades y las procesiones.

Gabriel comenzó a vestir el hábito con devoción y entrega, previo a su pronta ordenación, ostentando el escudo de la Orden, de paño o seda. En sus enseñanzas se les insistía en la devoción a María: Nada les sepa sin María y nada les desagrada con María. Todas las cosas las comiencen y las hagan en su nombre. Sus días en el convento comenzaban antes del amanecer, con largas horas de oración y estudio. Sin embargo, lo que más lo emocionaba era el trabajo en la enfermería y en la cocina, donde preparaba sopas y panes para los hambrientos que acudían en busca de ayuda.

Gabriel José se entregaba con devoción a estas tareas. Cada herida que curaba, cada trozo de pan que repartía, era una oración silenciosa, una ofrenda de amor al Altísimo.

Gabriel recordaba momentos de su niñez. Por las calles de Guadalajara iba perdido entre sus pensamientos. Junto al rumor de espuma de una fuente situada en la plaza de San Esteban, se rebulla en despecho el alma de Gabriel. Había entrado a formar parte de una de las órdenes religiosas que se había construido sobre el fundamento de la caridad. Había sido fundada por un joven mercader de telas de Barcelona en el Medievo. Pronto empezó a actuar en la compra y rescate de cautivos, vendiendo cuanto tenía el bueno de San Pedro Nolasco, fundador de la

Orden. La noche del 1 de agosto de 1218 se le apareció la Virgen María, le animó en sus intentos y le transmitió el mandato de fundar la Orden Religiosa de la Merced para la redención de cautivos. Esta advocación mariana, que nace en el reino de Aragón, se difundirá por el resto del mundo. El reconocimiento oficial de la Iglesia universal vino de la mano del Papa Gregorio IX, quien aprobó la Orden el 17 de enero de 1235, dándoles la regla de San Agustín. Estaba compuesta por religiosos y caballeros (frailes legos o coadjutores) que recibieron la institución canónica del obispo de Barcelona y la investidura militar del rey Jaime I el Conquistador.

Desde 1259 los padres mercedarios empezaron a difundir la devoción a la Virgen de la Merced (o de las Mercedes), extendiéndola por el mundo. El culto se difundió muy pronto por Cataluña y por toda España, Francia e Italia a partir del siglo XIII. Los Mercedarios llegarán al continente americano y pronto la devoción a la Virgen de la Merced se propaga ampliamente. En muchos países, la Virgen de la Merced es muy conocida y venerada. Es la patrona de Barcelona, ciudad en la que falleció el fundador y de origen de la Orden. Fue aprobada por la Santa Sede en 1265. San Pedro Nolasco acompañó a Jaime I en la Reconquista de Mallorca y de Valencia para ejercer las labores de redención. La estructura era de una Orden Militar pero nunca combatió. Pasaba por los pueblos a recoger limosnas para rescatar cautivos. Los mercedarios se comprometen con un cuarto voto, añadido a los tradicionales de pobreza, obediencia y castidad de las demás órdenes, a liberar a otros más débiles en la fe, aunque su vida peligró por ello.

En esos pensamientos se encontraba el joven Gabriel junto a la fuente de la plaza, una de las más concurridas de Guadalajara. Se encontraba a los pies del templo de San Esteban. Era una fuente con muchos caños, lugar de encuentro de muchas mozas que acudían a llenar sus cántaros. Por supuesto, esto convertía el lugar en un punto de encuentro para las mujeres que, de manera distendida, hacían vida social. Cuenta la leyenda que, una tarde, una criada que trabajaba en este

palacio al servicio de los marqueses de Villamejor se entretuvo más de la cuenta en la charla, la mayoría de las ocasiones protagonizada por los señores de las casas para las que trabajaban, y tuvo que bajar apresurada de vuelta a su lugar de trabajo. Pero el destino de Gabriel no estaba precisamente en recoger leyendas y publicarlas.

Gabriel luchaba en su silencio. Miraba hacia atrás en su vida y recorría uno a uno los pasos por los que Dios le había traído a la felicidad que ahora gozaba. Mientras tanto, se fue serenando. Tenía vocación, en su vocación llenó su vida. No había contradicción. Y allá se fue por el mundo, a sacrificar consciente de su vida. Con un corazón grande. Los dos años en Guadalajara pasaron felices y sin sombras.

La escuela de novicios era un lugar apartado, separado de los profesos. Se les instruía sobre la Regla, Constituciones, vida religiosa y liturgia. También se les enseñaba a leer, rezar, hacer los oficios comunes y canto gregoriano. Gabriel y sus compañeros estaban plenamente dedicados a su formación como religiosos; no se distraía en el estudio filosófico o teológico.

Llegó el esperado día. El 21 de enero de 1601 profesó Gabriel José en el convento de San Antolín de Guadalajara. A pesar de ser una mañana fría, los pájaros cantaban alegremente, anunciando un nuevo día lleno de promesas y esperanza. Las campanas del convento resonaban con un sonido claro y profundo, llamando a todos a reunirse para un evento especial. Desde aquel día, comenzó a llamarse “Gabriel Téllez”, adquiriendo el apellido materno.

Dentro de los muros del convento, los frailes se preparaban con devoción y respeto. Hoy era un día importante, un día de júbilo y solemnidad. Gabriel Téllez, un joven novicio de veintidós años, que había dedicado años a su formación espiritual, estaba a punto de profesar sus votos perpetuos.

Con una mezcla de emoción y serenidad, se encontraba en su celda, vestido con la túnica de color blanco, simbolizando la pureza y la dedicación a la Virgen María, a quien la Orden está especialmente consagrada. El color blanco también refleja

la virtud de la caridad, uno de los pilares fundamentales de la Orden. Sobre la túnica, un escapulario también blanco. El escapulario es una pieza de tela larga que cuelga sobre los hombros, cubriendo el pecho y la espalda. Es un signo de la protección y el amparo de la Virgen María. La capucha usada sobre la cabeza en momentos de oración o cuando están en la iglesia. Representa la humildad y el recogimiento espiritual. Después se pondría la capa blanca sobre el hábito. La capa añade solemnidad y se utiliza en ceremonias importantes y ocasiones especiales.

A partir de este momento su vida irá ligada a los designios de sus superiores, cuyos dictados Gabriel Téllez cumplió siempre con dignidad y obediencia. Uno de sus primeros logros fue el conocer los principios ideológicos y concretos de la empresa redentora. Orden de la Merced se dedicó históricamente a la redención de cautivos cristianos en manos de musulmanes, y su hábito refleja esa misión de caridad y redención. Cada elemento del hábito mercedario tiene un profundo significado espiritual y religioso, recordando constantemente a los frailes su vocación y su misión en la Iglesia y el mundo.

La Orden de la Merced, también conocida como la Orden de la Bienaventurada Virgen María de la Merced, tenía una misión única y distintiva que se conoce como la “empresa redentora”. La misión redentora de la Orden de la Merced se centra en la redención de los cautivos cristianos que habían sido capturados por los musulmanes durante las Cruzadas y otros conflictos entre cristianos y musulmanes en el Mediterráneo.

La Orden recolectaba fondos y donaciones de los fieles para financiar las redenciones. Organizaban expediciones a territorios musulmanes donde negociaban la liberación de los cautivos. En ocasiones, los frailes se ofrecían a sí mismos como rehenes si no podían reunir suficientes fondos para pagar el rescate de todos los prisioneros. El legado de la Orden de la Merced es un testimonio de su dedicación a la caridad y la libertad. Su compromiso con la redención de los cautivos ha dejado una marca duradera en la historia de la Iglesia y ha ins-

pirado a generaciones de mercedarios y laicos a luchar por la libertad y la dignidad humana.

Gabriel Téllez estuvo dispuesto a dar su vida por los cautivos, si fuere menester, como Jesucristo la dio por nosotros. La empresa redentora de los frailes mercedarios es una manifestación del amor y la compasión cristiana, encarnando el espíritu de sacrificio y servicio a los más necesitados, siguiendo el ejemplo de su fundador y la inspiración de la Virgen María de la Merced. El recuerdo del tiempo que pasó en el convento de Guadalajara estuvo lleno de luz.



Convento de la Merced, ingreso de Tirso de Molina como novicio.



Iglesia de San Sebastián, Madrid

2

Toledo (1604—1616)

El joven fraile mercedario, recibió en el convento de San Antolín de Guadalajara, con reverencia y humildad, su primer destino: la histórica ciudad de Toledo.

La noticia le llegó por la mañana temprano, cuando los primeros rayos de sol apenas tocaban los campanarios y los rezos matutinos se elevaban hacia el cielo.

Fray Gabriel Téllez llevaba consigo la firmeza de su fe y el anhelo de servir. Su andar por los empedrados caminos de Castilla sería lento pero seguro, y cada paso le acercaba a la legendaria ciudad de las tres culturas, donde cristianos, judíos y musulmanes habían dejado su huella en el transcurso de los siglos.

Era una mañana primaveral del mes de abril de 1604. La mañana ríe con aromas de abril, cuando los almendros comenzaban a florecer con atrevida gracia, atrás quedó la llanura donde parece que el sol brota de la misma tierra y, cuando se pone en el horizonte, da la impresión de que no hay más mundo que aquél para alumbrar. Un lugar sin montes, llano como un espejo. A fray Gabriel le acompañó fray Domingo de Ávila, un hombre de complexión delgada y una barba que parecía reflejar la sabiduría de los años que había dedicado al servicio de Dios.

Al vislumbrar Toledo, el sol doraba los cubos de las murallas, por entre las cuales asomaba la gran frondosidad de unos

jardines. Los reflejos del sol, fulguraban en las galerías y en los miradores de las casas. Un sublime escenario que desde lejos se divisaba. Y veía destacarse entre el verde follaje la ingente mole de la torre catedralicia, que desde lejos figuraban unos grandes ojos sobre la ciudad, eran los arcos de la torre de las campanas. Y en torno de esa torre, más o menos lejos y dominando las alturas, otras torres señoriales de las iglesias y los grandes palacios. Un paisaje de ensueño, poniendooros mates en las murallas, y aún más mate, muy de un viejo, en las crestas festoneadas de los cuerpos de las torres.

Fray Gabriel Téllez y fray Domingo de Ávila cruzaron el medieval puente de San Martín y entraron en la imperial Toledo, atravesando los vestigios de las murallas y caseríos moriscos de las orillas del Tajo. Un río, que al deslizarse por el cauce, formado por las orillas roqueras, parecía como una arteria bulle que pasaba bajo los arcos del puente. La cegadora luz del sol alumbraba la ciudad. De repente, un sobrecogedor bullicio paralizó a los buenos frailes.

Ese día había mercado en la plaza, allí acudían los comerciantes desde los pueblos comarcanos llevando toda clase de bagatelas. Un ambiente de gracia y alegría, posadas repletas y personajes pululando por las calles con clásico donaire, que llegarían a ser los protagonistas indispensables de las comedias de Gabriel.

Toledo era una ciudad cosmopolita de casi setenta mil habitantes. Gabriel había adquirido gran experiencia de muchas gentes y costumbres. Y cuantas más cosas conocía, más deseaba conocer. No es difícil imaginarnos la excitación que brillaría en su mirada al emprender aquel viaje y su llegaba a Toledo, ciudad en la que convivían los cristianos y moriscos, éstos ajenos a su próximo destino, un futuro nada halagüeño y un panorama desolador, porque cinco años después serían expulsados de España.

Tras el traslado de la Corte a Madrid en mayo de 1561, comenzaron a llegar órdenes religiosas atraídas por la riqueza de la Ciudad Imperial que había sido hasta entonces. Cuando

Gabriel llegó a Toledo había cuarenta conventos y monasterios. Con el traslado de la Corte, también se fueron a Madrid los nobles, dejando atrás sus casas y cediéndolas, en casi todas las ocasiones, a los religiosos, que instalaban en ellas sus templos provisionales hasta convertirlas en sus sedes conventuales.

Mientras tanto, fray Gabriel Téllez y fray Domingo de Ávila, continuaban su camino hacia el convento mercedario por las plazuelas románticas y medrosas calles, infanzonas viviendas de atezadas piedras, de balcones de alero, de portadas bellísimas, de floridas rejas, rematadas en cruz.

Se sentaron fatigados a la grata sombra de la airosa torre de la hermosa catedral que se erguía como si una mística flecha hubiera sido arrojada hacia el cielo y donde un sol de cautiverio se posaba sobre la puerta del Perdón. Se produjo un hondo silencio, ese silencio en que sentimos el latido del corazón y hasta nos habla el alma. Este silencio fue interrumpido, comenzaron a sonar las solemnes campanas, cuyo eco se propagaba como un mensaje de gracia por el paisaje de cigarrales y olivares. Allí iba a descubrir fray Gabriel Téllez el espíritu humanista que no había encontrado en Guadalajara. Una ciudad que tenía alma como el paisaje y el río que la bañaba. Tras pasar por las casas de Juan Hurtado de Mendoza, que años después se derribarían para construir la iglesia de San Ildefonso, llegaron a la plaza de la Cruz, donde quedaron embelesados ante un bello rincón acodado, allí había un noble edificio que abría su desvencijado portón de acceso al abrigo de un dintel de madera. Sobre esta viga se disponían, uniformemente repartidos, ocho relieves visigodos de piedra caliza, piezas emblemáticas que fueron el asombro de los frailes.

Por fin, llegaron al convento mercedario de Santa Catalina Mártir. El prior del convento les recibió con cordialidad, explicándoles las labores que les serían encomendadas. Toledo, en su esplendor, no solo era un centro religioso, sino también un hervidero de sabiduría y conocimiento. Gabriel se dedicaría al estudio y contemplación. Aunque eran tiempos convulsos, y las tensiones entre las diferentes comunidades religiosas se

sentían en el ambiente. A pesar de la relativa paz, las sombras de la Inquisición y las purgas de conversos planeaban sobre Toledo, generando un clima de incertidumbre y miedo.

Fray Domingo de Ávila tendría la responsabilidad de custodiar y ampliar la biblioteca del convento, un tesoro de libros antiguos y manuscritos en latín, árabe y hebreo, que contenían siglos de historia, teología y ciencia.

Por su parte, fray Gabriel Téllez, quedó maravillado ante los estantes llenos de tomos encuadernados en cuero, algunos tan antiguos que sus páginas amarillentas parecían desintegrarse con el roce de los dedos. Cada libro era una puerta a un mundo diferente, y fray Domingo de Ávila se entregaría con devoción a la tarea de catalogar, traducir y preservar aquellos textos valiosos.

Fray Gabriel Téllez, con su espíritu compasivo, buscaba tender puentes entre las comunidades. Durante sus paseos por la judería y la morería, entablaba conversaciones con los sabios de ambas culturas, aprendiendo de sus tradiciones y enseñanzas. Así, poco a poco, fue ganándose el respeto y la confianza de muchos, aunque no sin despertar celos y sospechas entre los más fanáticos.

Así, en el corazón de Toledo, entre libros y leyendas, entre fe y razón, fray Gabriel Téllez vivió en su primer destino. Su historia, entrelazada con la de la ciudad eterna, quedó grabada en los anales del tiempo, como un testimonio de valentía, sabiduría y humanidad en tiempos de oscuridad y miedo.

Tras el rezo de cada mañana, fray Domingo de Ávila y fray Gabriel Téllez iban tomando contacto con el convento. En la iglesia había varias capillas. Les llamó la atención el altar del Señor de la caída. Estaba en obras, don Juan Gómez, noble vecino de Toledo, viéndose enfermo en cama, decidió que a su muerte fuera enterrado en dicha capilla del convento mercedario. Fallecimiento que acontecería varios meses después.

Continuaron su visita por la iglesia. De repente, se pararon en una capilla que ostentaba el escudo de los Villegas. Gabriel se sorprendió ante una urna de cristal, estaba enterrado el

medio cuerpo incorrupto del venerable Hernando de Valdés, que había fallecido en 1415. Otra parte de su cuerpo incorrupto se encuentra en Burgos. En la iglesia conventual mercedaria también estaban enterrados honorables miembros de los Seguras, doña María de Segura y don Francisco Suárez de Sotomayor.

Gabriel Téllez, más joven e inexperto que fray Domingo de Ávila, no comprendía por qué la iglesia estaba llena de sepulturas de laicos.

—Los señores eligen tener su sepultura en las iglesias conventuales, cambiando de lugar en función de las preferencias según les plazca, mercedarios, dominicos o franciscanos—, afirmó fray Domingo.

—Incluso, —añadió fray Domingo, resollando como si el aire faltase a sus pulmones—, algunos monasterios han acogido la sepultura de numerosos oficiales y miembros del entorno de la Corte. Numerosos poderosos, escribanos, notarios, capellanes y tesoreros se han sepultado en monasterios de las villas donde ejercían sus cargos. Ten en cuenta, joven Gabriel que leí en un libro viejo que muchos de estos nobles llevan sentado junto a ellos un diablo.

—¡Sabe Dios cuántos se habrán quedado descarriados y habrán perdido su alma por no buscar eterna sepultura entre nosotros!

Abandonaron la iglesia y tras cruzar el claustro subieron a las celdas. Gabriel Téllez con diligencia subía las escaleras de dos en dos, fray Domingo de Ávila las subía jadeante y al llegar a una antesala tuvo que descansar. Gabriel le sacaba treinta años más. Además, fray Domingo había estado enfermo en Madrid. La afección pulmonar que había padecido le había afectado a la actividad cardíaca.

Gabriel Téllez se dedicó al estudio y a su preparación. Se proveía diligentemente al silencio y a la actitud, que son tan necesarios al estudio. Se le procuraba las mayores facilidades. Más por los días aquellos, el fraile no pensaría más que en sus estudios, en su pobre celda, estrecha, con un ventanuco.

Allí estudiaba las materias escolásticas, la asidua lectura de autores místicos, particularmente de San Dionisio Areopagita y de San Gregorio. Estuvo atento, acaso, a los consejos que para aprovechar en el estudio le daba fray Juan de Argensola.

No habían transcurrido tres semanas de su estancia en el convento, cuando a través de la ventana contigua a su habitación, Gabriel vio una luz de velón que alumbraba vacilante a un fraile que había llegado al convento. Se trataba de fray Alonso Remón, un fraile mercedario que había sido elogiado por Cervantes, cuando se doctoró en Teología en la Universidad de Alcalá de Henares, una ciudad rica en saber, pero pobre en dinero. Estudiantes de toda Europa acudían a sus colegios.

Habían sido amigos, les unía a ambos que eran autores dramáticos. Gabriel puso la mirada en aquel fraile escritor, acodado sobre una mesa llena de papeles.

Una de las primeras iniciativas llevadas a cabo por Gabriel en el convento toledano fue el canalizar la colaboración de los seglares en la recolección de limosnas utilizando personas sensibilizadas con el problema del cautiverio, cooperando eficazmente con las cofradías establecidas en Toledo. Las redenciones mercedarias fueron muy frecuentes, ya que el principal motivo de celebrar el Capítulo General cada año era organizar la redención anual.

Por las mañanas, nada más lanzar el gallo su canto, salía presto fray Gabriel Téllez por las calles de Toledo con fray Alonso Remón, aquel enigmático fraile, siempre a disposición de los pobres en obras de misericordia y a coleccionar limosnas para la causa redentora, con el anhelo de romper las cadenas de los cautivos y facilitar su regreso. Desde entonces, surgió entre ellos una sincera y noble amistad, tanto que fray Alonso llegó a convertirse en su tutor. Haber conocido a fray Alonso fue motivo de aliento y orgullo para Gabriel. Algunas mañanas paseaban juntos por las calles de Toledo, entre las gentes, complacidos de la variopinta muchedumbre que agolpaba las callejuelas y plazuelas, que invitaba a reparar en cada rincón, grupos de mujeres con sus cántaros de barro apoyados en las

caderas, beatas enlutadas entrando los templos, se sentía un olor a santidad por todas las calles.

Alonso Remón conversaba con Gabriel.

—¿Qué tal la vida en Alcalá?, le preguntaba Gabriel mientras paseaban por Toledo.

—Es una ciudad que brilla por su cultura. Allí, en la plaza central he podido presenciar unos curiosos juegos de cañas y toros—, respondió Alonso.

—Antes de venir a Toledo, se había inaugurado en la plaza un corral de comedias, un teatro público que espero algún día poder visitar—, concluyó Alonso.

Gabriel interrumpió a fray Alonso, con su mano izquierda le frenó la marcha y le dijo:

—Hemos recorrido varias calles, algún día describiré lo mejor que sepa el ambiente mundano que he conocido aquí. Será como una obra teatral, un telón que se abrirá ante vuestro rostro y vuestra alma sencilla.

Alonso Remón, replicó vivamente:

—Cuando tu alma alcance el profundo conocimiento, es cuando podrás crear. Los sentimientos brotan del fondo de nuestra sensibilidad y tú tienes sensibilidad a raudales para crear.

Se encerraba en su celda a meditar, a rezar. En estos años, Gabriel era un místico. En Toledo escribió dos de sus primeras obras: *La joya de las montañas*, *Santa Orosia* y *Los lagos de San Vicente*. La primera es una comedia hagiográfica que refleja el interés del autor por temas religiosos y morales, combinados con elementos de comedia y drama. A través de esta obra, Gabriel Téllez pretende poner en claro varios aspectos importantes como la narración de la vida de Santa Orosia, una mártir cristiana venerada en el norte de España. Gabriel destaca sus virtudes, su devoción religiosa y su martirio, presentándola como un modelo de fe y santidad. La obra celebra su resistencia frente a la persecución y su dedicación a su fe. Gabriel Téllez mezcla elementos sagrados y profanos, lo que permite que la obra sea tanto una pieza devocional como una comedia. Esto

refleja su habilidad para tratar temas religiosos de una manera accesible y entretenida, atrayendo a un público amplio.

A través de la historia de Santa Orosia, Gabriel Téllez exalta la fe cristiana y la importancia del sacrificio personal por la religión. La obra destaca el poder de la fe para superar las dificultades y las tentaciones, y presenta el martirio como el camino hacia la santidad. Esta obra es un ejemplo de cómo Gabriel utiliza el drama como herramienta pedagógica y moralizadora. La obra está diseñada para inspirar a los espectadores a emular las virtudes de la santa y a fortalecer su propia fe. La obra sigue las convenciones de la hagiografía, el género literario que narra las vidas de los santos. Esto incluye la descripción de milagros, la resistencia ante la persecución y el martirio. Gabriel Téllez utiliza estos elementos para construir una narrativa que resalta la santidad y el sacrificio de Santa Orosia.

En *La joya de las montañas, Santa Orosia*, Téllez pone en claro la importancia de la fe, el sacrificio y la virtud a través de la vida y martirio de Santa Orosia. La obra combina elementos sagrados y profanos, utilizando el drama para enseñar y moralizar, y sigue las convenciones de la hagiografía para inspirar a su audiencia a fortalecer su fe y emular las virtudes de los santos.

En la comedia *Los lagos de San Vicente* (1607), Gabriel Téllez, siendo un fraile, pone un énfasis notable en la religiosidad y la devoción a los santos. El título mismo hace referencia a San Vicente, lo que indica una intención de resaltar la piedad y el poder de la fe. La obra se centra en los milagros asociados con San Vicente, mostrando cómo la intervención divina puede cambiar la vida de los personajes y resolver conflictos. Gabriel utiliza el milagro como un recurso dramático para subrayar la omnipresencia y el poder de lo divino.

Gabriel Téllez incluye una enseñanza moral. A través de los personajes y sus historias, muestra las consecuencias de los actos buenos y malos, promoviendo una conducta ética alineada con los valores cristianos de la época. Los personajes que muestran humildad y arrepentimiento suelen ser recompensados, mientras que aquellos que son soberbios o pecadores

enfrentan adversidades hasta que aprenden sus lecciones. Esto refuerza la idea de que la humildad y la penitencia son caminos hacia la redención. También explora la relación entre la naturaleza y lo sobrenatural, utilizando los lagos y el entorno natural como escenarios para manifestaciones milagrosas. Esto añade un elemento de misterio y maravilla a la obra.

Gabriel Téllez destaca en esta comedia la devoción religiosa, la intervención divina a través de milagros, la enseñanza moral, la importancia de la humildad y la penitencia, y la interacción entre la naturaleza y lo sobrenatural. Estos elementos se entrelazan para transmitir un mensaje profundamente espiritual y didáctico, característico de las comedias religiosas del Siglo de Oro español.

El tiempo transcurrió, pasaron cuatro años desde su llegada a Toledo y Gabriel se convirtió en una figura querida y respetada en Toledo. Su conocimiento y apertura de mente le valieron el aprecio de eruditos y ciudadanos por igual.

Pero su verdadero desafío llegó cuando una noche, una figura encapuchada golpeó la puerta del convento.

El misterioso visitante era un converso perseguido por la Inquisición, que buscaba refugio desesperadamente. El padre prior, consciente del peligro que esto implicaba, no dudó en ofrecerle asilo, arriesgando su propia vida y su posición. El fraile sabía que su deber cristiano de ayudar al prójimo estaba por encima de las leyes humanas. Mandó llamar a fray Gabriel.

Era una noche de verano, cuando el calor apenas dejaba respirar a la ciudad, fray Gabriel se encontraba en su celda, absorto en la escritura de una nueva comedia. La vela titilaba, proyectando sombras danzantes en las paredes de piedra. De repente, un golpe seco en la puerta lo sacó de su trance creativo. El fraile, con el corazón acelerado, se levantó y abrió la puerta con cautela.

Ante él se encontraba el padre prior y un hombre joven, de mirada desesperada y ropas ajadas, que se presentó como Juan de Aranda. Entre susurros nerviosos, Juan explicó que había sido acusado de herejía por la Santa Inquisición y que, sin

pruebas ni justicia, había sido condenado a la hoguera. Escapó milagrosamente, pero ahora necesitaba un refugio, un lugar donde el largo brazo de la Inquisición no pudiera alcanzarlo.

Fray Gabriel, conocido por su aguda percepción de la naturaleza humana y su compasión, no dudó en ofrecerle ayuda. A pesar del peligro que corría al desafiar a una de las instituciones más temidas de la época, el fraile decidió actuar. Le proporcionó a Juan una capa y un sombrero para ocultar su identidad, y lo condujo a una pequeña estancia secreta dentro del convento, utilizada antiguamente por monjes en retiro.

Durante los días siguientes, mientras Juan permanecía oculto, fray Gabriel Téllez junto con el padre prior trabajaron incansablemente para reunir pruebas de la inocencia del joven. Gabriel recurrió a viejos contactos y aliados, incluidos otros frailes que compartían su aversión por las injusticias de la Inquisición. A través de mensajes clandestinos y reuniones secretas, poco a poco fueron recopilando testimonios y evidencias que demostraban que las acusaciones contra Juan eran infundadas, producto de la envidia y la malicia de sus enemigos.

Finalmente, el padre prior se presentó ante un tribunal eclesiástico, con la evidencia en la mano y la determinación en sus ojos, defendió a Juan de Aranda, desentrañando las mentiras y destacando la verdad. Los jueces, impresionados por su argumentación y la contundencia de las pruebas, no tuvieron más opción que revocar la sentencia y liberar a Juan.

La noticia de la absolución de Juan corrió como pólvora por Toledo y Madrid, consolidando aún más la reputación de los mercedarios y, sobre todo, de fray Gabriel Téllez, como un defensor de la justicia y la verdad. Aquella noche, en su celda, fray Gabriel retomó su pluma, sintiendo en su corazón la satisfacción de haber salvado una vida y haber enfrentado con valor a la opresión. Las sombras en la pared parecían ahora menos amenazantes, mientras la vela ardía con una llama más viva, iluminando la pluma que continuaba danzando sobre el papel, narrando no solo comedias, sino también actos de heroísmo y compasión en una época oscura.

Las calles de Toledo guardan increíbles leyendas. Una tarde de septiembre de 1610 que Gabriel acompañaba a fray Alonso Remón a los rezos en la catedral, al bajar los pétreos escalones de la puerta del Perdón, después de oír la salmodia de los mendigos harapientos, el bueno de Remón le dijo a Gabriel:

—Lanza tu mirada a derecha e izquierda porque a la salida voy a contarte una historia que tiene sus orígenes en esta catedral.

A la salida de la catedral, fray Alonso Remón había olvidado lo que tenía que contarle a Gabriel, pero este se lo recordó subiendo las escaleras de la puerta del Perdón. Alonso Remón le explicó que hacía varios años que un escritor, Jerónimo Ramírez, había publicado una historia que circula por todos los ambientes toledanos y clases sociales. Fray Alonso Remón le contó a Gabriel que esa curiosa historia o leyenda publicada por el recordado humanista comenzaba en una conocida calle toledana:

—Fijamos atrás el palacio de don Pedro I de Castilla, y nos adentramos en el barrio de San Andrés, en cuya parroquia hay una casa modesta en la que nació un niño llamado Juan, hijo de la ciega Juana “la Guindera”, que a muy temprana edad sería sacrificado por el fanatismo y ocio de una raza deicida.

Sucedió que, allá por los últimos años del siglo XV, dijeron que los judíos de Toledo estaban fabricando un hechizo, que podrían dar muerte a los inquisidores de la ciudad. Para ello, era necesario que entre los ingredientes y como elemento indispensable, debía figurar el corazón de un niño cristiano.

Pasaron los días. El fraile mercedario fray Gabriel Téllez se levantó con el primer repique del alba. El monasterio toledano aún estaba sumido en la penumbra, sus muros de piedra resonando con el eco de las campanas que anunciaban el comienzo de un nuevo día. Con pasos silenciosos, fray Gabriel Téllez se dirigió a la capilla, sus sandalias de cuero apenas haciendo ruido en el suelo de piedra desgastada.

Toledo, en el siglo XVI, era una ciudad vibrante y conflictiva, un crisol de culturas donde cristianos, musulmanes y judíos habían coexistido, a veces en paz, otras en tensión. Fray

Gabriel Téllez, nacido en una familia humilde, había sentido desde joven la llamada de Dios. Su vocación le había llevado a unirse a la Orden de la Merced, dedicada a la redención de cautivos, una misión noble en una época de guerras y esclavitud.

Después de la oración matutina, Gabriel Téllez se dirigió al huerto del monasterio. Mientras trabajaba la tierra, su mente vagaba hacia los relatos de cautivos liberados, las historias de sufrimiento y redención que le habían inspirado a unirse a la orden. Sabía que su destino, su propósito, estaba entrelazado con el rescate de aquellos que languidecían en cadenas, esperando la libertad.

Un día, mientras estaba en la biblioteca del monasterio, inmerso en los textos sagrados, el prior se le acercó. Con una mirada grave pero esperanzada, le entregó una carta sellada con el escudo del Sr. obispo.

—Fray Gabriel, tu dedicación y fervor no han pasado desapercibidos—, dijo el prior.

—El obispo ha solicitado nuestra ayuda en una misión de gran importancia. Necesitamos liberar a varios cristianos cautivos en Argel. Te han elegido para liderar esta misión.

El corazón de fray Gabriel Téllez se llenó de una mezcla de orgullo y temor. Sabía de los peligros que enfrentaría, pero su fe y su compromiso con la orden eran más fuertes que cualquier miedo. Aceptó la misión con humildad y determinación, y comenzó los preparativos para el viaje que cambiaría su vida para siempre.

El viaje a Argel fue largo y peligroso. Fray Gabriel y sus compañeros viajaron primero a Valencia, donde embarcaron en un galeón mercante. Las semanas en el mar fueron duras, con tormentas implacables y la amenaza constante de los piratas berberiscos. Pero el fraile mantuvo su fe y su ánimo, consolando a sus compañeros con oraciones y cánticos devocionales.

Finalmente, avistaron las costas de Argel. La ciudad, un bullicioso puerto del norte de África, estaba bajo el control de los otomanos y era conocida por su comercio de esclavos. Fray Gabriel Téllez sintió un escalofrío al pensar en los cautivos que

sufrían en esa tierra extranjera, pero también una renovada determinación de cumplir su misión.

Al llegar a Argel, fray Gabriel y sus compañeros se presentaron ante el gobernador otomano, llevando consigo cartas de presentación y un rescate en monedas de oro. Las negociaciones fueron arduas y tensas. Los cautivos cristianos, encadenados y con el rostro marcado por el sufrimiento, observaban con esperanza y miedo.

Fray Gabriel utilizó todas sus habilidades diplomáticas y su conocimiento del árabe, adquirido en el monasterio, para negociar la liberación de los cautivos. Su fe y su perseverancia finalmente dieron fruto, y un grupo de cautivos fue liberado. Sin embargo, el precio fue alto y el peligro constante. Los frailes se vieron obligados a negociar con cautela, siempre bajo la vigilancia de los guardias otomanos.

Con los cautivos liberados, fray Gabriel y sus compañeros emprendieron el regreso a Toledo. El viaje de vuelta estuvo lleno de desafíos, pero también de momentos de gratitud y oración. Los cautivos, ahora libres, compartieron sus historias de sufrimiento y esperanza, reforzando en fray Gabriel la convicción de que su misión era justa y necesaria.

Al llegar a Toledo, fueron recibidos con júbilo y agradecimiento. El obispo y los ciudadanos celebraron la liberación de los cautivos, y fray Gabriel fue honrado por su valentía y devoción. Sin embargo, el fraile mercedario sabía que su labor estaba lejos de terminar. La lucha por la redención de los cautivos continuaría, y él seguiría dedicando su vida a esta noble causa.

Fray Gabriel continuó su labor, convirtiéndose en una figura legendaria en Toledo y en la orden de la Merced. Su vida y sus acciones inspiraron a muchos otros a seguir su ejemplo, y su legado de fe, coraje y compasión perduró a través de los siglos.

La ciudad de Toledo que conoció Tirso contaba con gran cantidad de árabes y judíos conversos, muy imbuida de sus costumbres, conformando un ambiente peculiar por sus contradicciones religiosas y donde la doctrina de la iluminación ejercería una gran influencia entre sus habitantes.

En 1609 Toledo y el resto de España sufre la expulsión de los moriscos, un duro golpe para la economía española. Hubo ciudades y comarcas enteras que sufrieron una despoblación. Esta medida tomada por Felipe III significó un rudo golpe para varias economías regionales, en particular la de Valencia, donde los moriscos eran un factor importante en el comercio. El rey justificó esta expulsión religiosa por razones de seguridad nacional, ya que algunos militares y políticos sospechaban que los moriscos eran en España una importante columna de los piratas turco—berberiscos que acosaban el tráfico comercial español en el Mediterráneo. La expulsión de los moriscos se decidió en el consejo y en las relaciones del duque de Lerma con algunos nobles, pero la justificación teórica corrió a cargo de los clérigos. A la expulsión de los moriscos de Valencia siguió el edicto real para los de Andalucía, que se publicó entre el 12 de enero de 1609 y después seguirían los de Murcia y Aragón, la población más contribuyente, la productora y agrícola. Como medida religiosa, fue una consecuencia de las ideas que habían prevalecido en España siglos atrás, y del odio inveterado y tradicional que el pueblo conservaba a sus antiguos dominadores.

Transcurrió un año, Tirso viajó Segovia reuniéndose cinco días con los frailes del convento segoviano, en julio de 1610, año en que el autor teatral Andrés de Claramonte comenzó a citarlo como “poeta cómico”, sería la primera referencia —no mercedaria— a su calidad de dramaturgo.

Tras cinco días, regresó a Toledo. En el crepúsculo de la España dorada, cuando el Siglo de Oro brillaba con luz propia, la ciudad de Toledo se erigía como el epicentro de una efervescencia cultural sin igual. Las calles adoquinadas y las plazas bulliciosas eran testigos mudos de la grandeza literaria que emanaba de las plumas de los más grandes escritores de la época.

En medio de este panorama, Tirso de Molina llegaría a conocer a una figura colosal, forjándose una gran amistad.

Una mañana se tropezó con un caballero delgado en el callejón del barrio de San Justo, se trataba de un escritor que había llevado a cabo una vida azarosa, desterrado de la Corte

durante ocho años, procesado por amancebamiento e incluso había sido militar en el galeón San Juan. Era conocido por sus muchos amoríos. Allí, en aquel barrio vivía este curioso personaje de nombre Lope, con su mujer Juana Guardo. Era una vivienda alta, que según el propio Lope de Vega, era tan alta *“que me ha hecho pensar que desde aquí con menos trabajo se puede llegar al cielo”*, algo que concuerda con la altura de algunas estas viviendas que permiten cierta sensación aérea desde sus ventanales.

Tirso de Molina era un hombre de hábitos meticulosos y una mente inquisitiva. Se le veía a menudo en su celda del convento, donde sus dedos incansables recorrían el pergamino, dándole forma a historias que navegaban entre la moralidad y el ingenio. Mientras tanto, Lope de Vega, el *“Fénix de los Ingenios”*, era una tormenta de creatividad. Su pluma parecía no conocer reposo, y su espíritu apasionado se reflejaba en las miles de obras que producía.

El destino quiso que estos dos gigantes de la literatura se encontraran. Un amigo común había organizado una velada literaria en su casa. La noche estaba cargada de expectativas y murmullos, y entre los invitados, Tirso y Lope, que acababan de conocerse. Tirso, con su hábito de monje y semblante sereno, contrastaba con la figura vibrante y energética de Lope.

—Maestro Lope —saludó Tirso, inclinando levemente la cabeza en señal de respeto—. Es un honor conocer al hombre cuyas comedias han traído tanto deleite a nuestro pueblo.

Lope, con una sonrisa afable y un brillo de curiosidad en los ojos, respondió:

—El honor es mío, fray Gabriel. He oído mucho sobre sus escritos, y me gustaría pensar que nuestras plumas podrían aprender mucho la una de la otra.

Así, con esas palabras, nació una amistad literaria que sería tan prolífica como las obras que ambos crearon. Pronto, se encontraron compartiendo más que simples conversaciones. Se enviaban misivas y fragmentos de sus escritos, ansiosos por recibir la crítica y el elogio del otro. Lope, con su habilidad

para tejer tramas complejas y personajes vivaces, inspiraba a Tirso a explorar nuevas facetas de su narrativa. Tirso, con su profundo sentido de la moral y la psicología humana, ofrecía a Lope perspectivas que enriquecían sus comedias.

Lope le contó a Tirso de Molina que en el mes de septiembre se marcharía a vivir a Madrid, donde tres años antes ya había alquilado una casa con Micaela Luján, una amante que tenía en la villa y que le había dado varios hijos. Jocosamente, Lope culpó de su marcha al sacristán de la iglesia de los santos Justo y Pastor, porque, al parecer, le molestaba el toque de campanas tan próximas a su vivienda. Lope sintió una gran estima por Tirso, volviendo a encontrarse ambos en Madrid.

Una luminosa mañana del mes de agosto de 1611, en que el sol derrama su cálida caricia a las milenarias piedras de la gloriosa catedral toledana, descienden por la gótica puerta del Perdón una mujer ciega, Juana, a la cual sirve de amoroso lazarillo su hijo Juan, que apenas cuenta cinco años. Vienen los dos desde el barrio de San Andrés, como todos los días, a postrarse de hinojos ante el Cristo tendido, para hacer su ofrenda de oraciones y humildad. Y mientras la madre, ciega, queda elevando sus preces al Altísimo, Juan sale al claustro bajo de la catedral por la puerta de la Presentación. Allí encuentra a un hombre sencillo, del pueblo, que le acaricia y halaga, prometiéndole golosinas. El niño, obediente insumiso por naturaleza, sigue al judío, creyéndole un tío suyo.

Le lleva a Quintanar, después al pueblo de La Guardia, donde le esperan otros judíos conversos. Llegado el momento que los israelitas creyeron oportuno, y que había de coincidir con el tiempo en que se llevó a cabo la ignominiosa Pasión y Muerte de Jesucristo, la cual querían fuese un fiel reflejo de lo que harían con el niño, decidieron que el día 14 de la luna de marzo, que cayó aquel año en un viernes 31 del mismo mes, fecha en que murió Cristo, otro mártir de Toledo, el niño Juan, sería inmolado, sirviendo al mismo tiempo de vil parodia y escarnio la tragedia del Gólgota.

Y, así fue, en efecto. El pobre Juan sufrió las mismas befas, escarnio y ultrajes, las mismas bofetadas, azotes e injurias

que soportó Jesucristo. Hicieron una corona de espinas y las incrustaron salvajemente en su cabeza, mezclándose el rubí de la inocente sangre con el cobro de sus cabellos, mientras llenaban su rostro de salivazos. Pusieron sobre sus hombros una pesada cruz y despiadadamente le obligaron a subir por la falta de un cerro, una vez en la cumbre, le tendieron encima del madero, clavándole pies y manos y le elevaron.

Entonces, un judío, en el paroxismo de aquella cruel locura, con un cuchillo empezó a buscar el corazón del infante en el costado derecho, devolviendo las entrañas sin dar con él.

El niño, con voz desfallecida, le dice:

—¿Qué buscas, judío?

¡Busco tu corazón!

—¡Si buscas en ese lado mi corazón, te equivocas...: en el otro costado lo encontrarás...!

Un postrer suspiro se escapó de aquel plácido cuerpo, en busca de Dios, un viernes 31 marzo de 1491.

Gabriel Téllez estuvo varios días meditando acerca de aquella leyenda que le había contado su fiel Remón.

Dentro de su celda austera, donde la luz del sol apenas se filtraba a través de la estrecha ventana, fray Gabriel Téllez vivía una doble vida, una vida secreta que lo consumía tanto como la devoción que profesaba.

Cada día, después del rezo de vísperas, cuando el monasterio se sumía en el silencio de la noche, Gabriel se retiraba a su celda. Allí, en la penumbra, encendía una vela cuyo titilar era la única compañía en su solitaria empresa. Se sentaba en un escritorio de madera rústica, frente a un pergamino en blanco que pronto se llenaría de palabras. Aquel fraile no escribía tratados teológicos ni compendios de doctrina, sino comedias. Sí, obras cómicas que narraban historias de amor, enredos y risas. El contraste entre su vida monacal y su arte literario era tan grande que pocos podían imaginar la existencia de su otro yo.

En 1612 escribió *La peña de Francia* y *La mujer que manda en casa*. En la primera de sus obras buscó representar varios temas y mensajes relacionados con la moralidad, la fe, la jus-

ticia y la crítica social. Vamos a desglosar cada una de estas obras por separado para entender mejor sus objetivos y significados.

La peña de Francia es una obra menos conocida de Tirso de Molina y forma parte de su repertorio hagiográfico, en el cual presenta la vida de santos y figuras religiosas. En esta obra, Tirso busca celebrar la aparición de la Virgen María en la Peña de Francia, en Salamanca, y la devoción popular hacia ella. Tirso de Molina representa la importancia de la fe y el fervor religioso, mostrando cómo los milagros y las intervenciones divinas pueden influir en la vida de los creyentes.

La historia se centra en el descubrimiento de una imagen de la Virgen en la montaña y los milagros asociados con ella. Tirso destaca el papel de los santuarios y los lugares de peregrinación en la espiritualidad y la cultura popular de la época. A través de los personajes y las situaciones presentadas en la obra, Tirso promueve la idea de que la virtud y la santidad son recompensadas por Dios. Los personajes ejemplares que muestran devoción y fe son bendecidos con milagros y protección divina.

La mujer que manda en casa es una comedia que se centra en temas de género, poder y roles sociales. En esta obra, Tirso de Molina presenta una inversión de los roles tradicionales de género, mostrando a una mujer que toma el control y la autoridad en el hogar. Esta inversión sirve para satirizar las expectativas y normas sociales sobre el comportamiento y el papel de las mujeres y los hombres en la sociedad del Siglo de Oro. La obra explora cómo el poder y la autoridad pueden ser ejercidos de manera efectiva o ineficaz, independientemente del género. Tirso muestra que las mujeres pueden ser tan capaces como los hombres de tomar decisiones y gobernar, desafiando las ideas tradicionales sobre la autoridad masculina.

Utilizando el humor y la comedia, Tirso de Molina hace una crítica social suave pero incisiva sobre las dinámicas familiares y de género. Al presentar una mujer que “manda en casa,” cuestiona las normas patriarcales y ofrece una visión más igualitaria de las relaciones de poder en el hogar.

Tirso de Molina utilizó *La peña de Francia* para exaltar la fe religiosa y los milagros, mientras que en *La mujer que manda en casa* exploró y satirizó los roles de género y las dinámicas de poder en el ámbito doméstico, ofreciendo una crítica social sobre las expectativas y normas de su tiempo.

Una tarde del año 1612, Tirso recibió un paquete envuelto con esmero. Al abrirlo, descubrió un manuscrito de Lope titulado *Fuenteovejuna*. Tirso leyó con avidez, maravillado por la maestría con la que Lope había capturado la esencia del pueblo y la injusticia. No pudo evitar escribir de inmediato una carta de admiración.

—Estimado Lope —escribió Tirso—. Tu *Fuenteovejuna* es un espejo que refleja la nobleza y el coraje del alma humana. He aprendido mucho de tu manejo de la coralidad y el sacrificio. Estoy ansioso por que leas la obra que estoy escribiendo, *El burlador de Sevilla*. Espero que encuentres en ella una chispa de la inspiración que tú me has dado.

Cuando Lope recibió el manuscrito de Tirso, quedó fascinado por la figura del Don Juan, un personaje tan carismático como condenable. Respondió con igual entusiasmo:

—Querido Tirso, tu “burlador” es un símbolo de la complejidad del alma humana. Me ha inspirado a reconsiderar algunos de mis personajes. ¡Qué grandioso es aprender y crecer a través de nuestras letras!

Con el tiempo, esta amistad literaria se convirtió en un pilar fundamental del Siglo de Oro español. Tirso y Lope continuaron intercambiando ideas, influyendo mutuamente en sus obras y dejando un legado que perduraría por generaciones. Su colaboración, aunque nacida del respeto y la admiración, floreció en una hermandad intelectual que enriqueció la literatura española, demostrando que incluso los más grandes ingenios pueden hallar en la camaradería una fuente infinita de inspiración.

Los últimos años que pasó Tirso en la comunidad de Toledo, antes de marcharse a América, escribió las comedias *Cómo han de ser los amigos*, *Sixto Quinto* y *Saber guardar la hacienda*, además de la *Santa Juana* —de la que, de sus tres partes, se

conservan manuscritas las dos primeras y firmada solamente la tercera (1613)— y de estrenar *La ninfa del cielo*. Cuando las terminó de escribir, las leyó y releyó. Le latía con fuerza el corazón. Nunca había sentido nada parecido a la emoción de escribir la última palabra, de secar la página después de trazar una línea final. Fue la culminación del entusiasmo. Tirso no manifestó la vida desenfadada que también cuadrada en las comedias de su amigo Lope de Vega y que éste justificaba así: “*Y, cuando he de escribir una comedia, encierro los preceptos con seis llaves, saco a Terencio y Plauto de mi estudio, para que no me den voces, que suele dar gritos la verdad en libros mudos, y escribo por el parte que inventaron, los que el vulgar aplauso pretendieron, porque, como las paga el vulgo, es justo hablarle en necio para darle gusto*”.

En 1612 vendió un lote de tres comedias. Ya había escrito una primera versión de *El vergonzoso en Palacio*. También vendió *La villana de La Sagra*, que había escrito en 1611 en Toledo. Sus padres eran originarios de Portugal, le contaron muchas historias acaecidas en algunas ciudades portuguesas como el Aveiro. De hecho, *El vergonzoso de Palacio*, que comenzaría a escribirla en Madrid y la finalizaría en Toledo, está inspirada en la ciudad de Aveiro, donde argumenta la historia de Mireno, un joven portugués hijo de un pequeño propietario ganadero, que siente la ambición de ascender socialmente, está convencido de que su humilde origen no se corresponde con sus altos pensamientos. Por ello, abandona la casa de su padre, Lauro, y marcha hacia la ciudad de Avero, junto con Tarso, uno de los criados de su padre. Tirso con relata todas las peripecias que tuvo que pasar el joven Mireno desde que abandonó su casa hasta que por una serie de circunstancias es encarcelado y se enamora de Madalena, la prometida del duque de Vasconcelos. Una comedia de ambiente palatino de aquellas que tanto le gustaba escribir a Tirso. La historia de un plebeyo que siente ansias de ascenso social y que finalmente descubre que es de origen noble. Su padre, Lauro, era realmente don Pedro de Coimbra, por lo tanto Mireno al ser de sangre noble puede casarse con Madalena.

En 1613, presentó Lope a su amigo Tirso de Molina su obra *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*, de la que se sintió muy orgulloso. Fue una de las obras más famosas del teatro clásico. Inspirada en una tradición local. Le sirvió al escritor para plantear en escena un tema que le era muy grato, el derecho que tiene el villano (un labrador rico) a defender su obra cuando es atropellada por un noble. Lope llegó a plantear ese conflicto en otras obras como *Fuenteovejuna*, *El infanzón de Illescas* o *El mejor alcalde el rey*. En estas obras, el rey da la razón al villano, ya que el noble ha atentado contra el orden moral y jerárquico que lo obliga a tutelarlos y a ser ejemplar con sus súbditos. Lope, para componer algunas de sus obras, estudió profundamente nuestra historia y nuestras tradiciones locales, antiguas y modernas.

Estas obras clásicas representan temas centrales que reflejan las preocupaciones y valores de la sociedad española del Siglo de Oro. Estas obras abordan la justicia, el poder, la lucha contra la opresión, y la reivindicación de la honra y dignidad, temas que resonaban fuertemente en la época. Representan la idea de que la unidad del pueblo puede vencer la tiranía y la injusticia. La solidaridad comunitaria es esencial para lograr un cambio, la aspiración de justicia social, donde los opresores finalmente enfrentan las consecuencias de sus acciones.

Son obras que exploran temas de justicia, honor, y poder, representando las aspiraciones y valores de la sociedad de su tiempo. A través de sus tramas, Lope de Vega denuncia los abusos y promueve la importancia de la justicia, ya sea a través de la unidad del pueblo, la venganza personal, o la intervención real.

Tirso de Molina cultivaba en aquella época temas religiosos, sus sátiras y comedias le habían granjeado problemas con las autoridades religiosas, lo que lo llevó a retirarse entre 1614 y 1615 al monasterio de Nuestra Señora del Olivar, en la villa turolense de Esteruel. Quizá por ello apenas figura en el *Viaje del Parnaso* de Cervantes. Aquí, en este monasterio, Tirso escribió algunas obras que hacen referencia a la historia

de Teruel como *La dama del olivar*, es una obra que mezcla elementos de intriga, amor y crítica social. Aunque no es tan famosa como sus otras creaciones, esta obra ofrece un rico tapiz de temas y simbolismos que reflejan las inquietudes y valores de su tiempo. A través de esta obra, Tirso de Molina quiso representar varios aspectos centrales de la vida y la sociedad del Siglo de Oro español.

En *La dama del olivar*, Tirso de Molina presenta la figura de la mujer como un ser de gran pureza y virtud. Las protagonistas femeninas suelen ser representadas como modelos de rectitud moral, que enfrentan y superan las adversidades con integridad y fuerza de carácter. A través de este retrato, Tirso subraya la importancia de la honra y la virtud en las mujeres, temas recurrentes en la literatura del Siglo de Oro. El amor, con sus desafíos y malentendidos, es un tema central en esta obra. Tirso explora las complejidades de las relaciones amorosas, mostrando cómo el amor verdadero puede superar obstáculos como la desconfianza, los celos y las intrigas. A través de enredos y giros inesperados, el autor ilustra la fuerza del amor como motor que impulsa a los personajes a actuar con valentía y determinación.

Tirso de Molina también aprovecha la obra para hacer una crítica velada a las convenciones sociales de su tiempo. Los personajes de diferentes clases sociales interactúan y, a menudo, se burlan de las rigideces y pretensiones de la sociedad. A través del humor y la sátira, Tirso pone en evidencia las hipocresías y los prejuicios que imperaban en la España del Siglo de Oro. En esta obra hay elementos que sugieren la intervención divina en la resolución de los conflictos. Esto refleja la visión religiosa de Tirso de Molina, quien, como fraile, creía firmemente en la providencia y en el poder de la fe para guiar y proteger a las personas virtuosas. La presencia de lo divino en la trama subraya la idea de que la justicia y el bien, finalmente, prevalecerán.

El concepto de honor es recurrente en la obra. Los personajes luchan por mantener su honra y la de sus familias, enfren-

tando desafíos que ponen a prueba su integridad y su lealtad. Este énfasis en el honor refleja una de las preocupaciones más importantes de la sociedad española del Siglo de Oro, donde el honor era considerado un valor fundamental. Tirso de Molina aborda el tema de la redención y el perdón. Los personajes que cometen errores tienen la oportunidad de redimirse, y aquellos que han sido agraviados muestran su capacidad de perdonar. Esto no solo añade profundidad a los personajes, sino que también transmite un mensaje moral y espiritual, alineado con la doctrina cristiana de la época.

Es una obra rica en temas y simbolismos, que aborda la virtud y pureza femenina, las complejidades del amor, la crítica social, la intervención divina, la defensa del honor y la redención. A través de esta comedia, Tirso de Molina ofrece una reflexión profunda sobre la sociedad, la moral y los valores de su tiempo, utilizando el teatro como un medio para entretener y, al mismo tiempo, iluminar las mentes de su audiencia.

En el mes de julio de 1615, ya de vuelta a Toledo, estrenó en el Mesón de la Fruta, teatro oficial de la capital toledana *Don Gil de las Calzas Verdes*, con argumentos difíciles de seguir. Fue apoteósico el estreno por la compañía de Pedro de Valdés, en este escenario, un bellissimo y evocador lugar al que asistió un numeroso público expectante ante una comedia de intriga y enredo que había escrito Tirso con mucha intriga, porque sabía cómo interesar al espectador con la infinita variedad de su imaginación.

Será con *Don Gil de las calzas verdes* (1615), cuando adquiera verdadero protagonismo en Toledo. Es una de las comedias más conocidas de Tirso de Molina. La obra se caracteriza por su ingenio, enredos y travestismos, y aborda varios temas y argumentos centrales. Aquí se destacan los principales puntos que Tirso argumenta a través de una trama que se basa en el uso del engaño y el travestismo. Doña Juana, la protagonista, adopta la identidad masculina de Don Gil para recuperar a su amante Don Martín y desenmascarar su infidelidad. Este uso del disfraz y la confusión de identidades es una herramienta

para explorar las dinámicas de poder y género. Téllez argumenta que las apariencias pueden ser engañosas y que la identidad puede ser manipulada para lograr ciertos fines.

A través del personaje de Doña Juana, Tirso presenta una mujer que toma el control de su destino en una sociedad dominada por hombres. Juana utiliza su ingenio, valentía y recursos para superar obstáculos y corregir injusticias. Esto desafía las normas tradicionales de género de la época y muestra a una mujer fuerte y decidida capaz de enfrentarse a los desafíos con astucia y determinación.

El amor y la lealtad son temas centrales en la obra. Doña Juana está decidida a recuperar a Don Martín, no solo por amor sino también por una cuestión de honor y justicia. Tirso explora cómo el amor puede llevar a las personas a tomar medidas extremas y cómo la lealtad y la fidelidad son esenciales en las relaciones amorosas. A través del humor y el enredo, el autor también ofrece una crítica a la sociedad de su tiempo. La obra satiriza las costumbres sociales y las convenciones del matrimonio, el honor y la reputación. La manera en que los personajes se engañan y manipulan entre sí refleja las hipocresías y contradicciones de la sociedad barroca.

Al final de la obra, los enredos y engaños se resuelven y los personajes reciben lo que merecen. Don Martín, que había sido infiel y engañoso, es finalmente desenmascarado y debe aceptar su responsabilidad. Doña Juana, por su parte, consigue restaurar su honor y logra una solución favorable. Téllez muestra que, a pesar de los enredos y las dificultades, la justicia y la verdad prevalecen. Doña Juana, tras ser abandonada por Don Martín, sigue a su amante hasta Madrid, donde él intenta casarse con Doña Inés. Para impedirlo, Doña Juana se disfraza como Don Gil, creando una serie de malentendidos y enredos cómicos. A través de su ingenio, logra deshacer los planes de Don Martín, quien al final se ve obligado a cumplir su promesa de matrimonio con ella.

Don Gil de las calzas verdes es una obra que argumenta sobre la capacidad de la mujer para tomar control de su destino, el

poder del ingenio y el disfraz, y la eventual prevalencia de la justicia y la verdad, todo esto envuelto en una crítica humorística y satírica de la sociedad de su tiempo.

Los asistentes al acto pudieron disfrutar de un hábil sincretismo entre lo popular y lo culto. En esta comedia urbana, Tirso de Molina supo explotar al máximo los diferentes juegos de identidad asociados a la voz y al movimiento; recursos teatrales que Tirso supo imprimir un curioso sentido del humor, nada frecuente en un fraile mercedario, en cuya trama Doña Juana, doncella de Valladolid, enamorada de Don Martín, se hará pasar por un caballero, Don Gil, ante Doña Inés, provocando la confusión, pues Don Martín se presentaba con el mismo nombre falso.

En esta época escribió su reconocida comedia religiosa y filosófica *El condenado por desconfiado*, en la que explora profundamente la temática de la gracia divina y la predestinación, un tema teológico que era muy debatido en su época. A través de esta comedia teológica. La obra destaca la idea de que la salvación no depende únicamente de las acciones humanas, sino de la gracia y la misericordia de Dios. El personaje central, Paulo, un ermitaño que lleva una vida de rigor y austeridad, llega a desconfiar de la posibilidad de salvación y de la justicia divina, lo que lo lleva a la condenación. En contraste, Enrico, un criminal que parece destinado al infierno, se arrepiente sinceramente y finalmente es salvado. Tirso de Molina subraya así la idea de que el arrepentimiento sincero y la confianza en la misericordia divina son fundamentales para la salvación.

La obra pone en cuestión la creencia en la predestinación, la idea de que el destino de cada alma está decidido por Dios desde el nacimiento, sin posibilidad de cambio por las acciones humanas. A través de la historia de Paulo y Enrico, Tirso sugiere que las acciones y las decisiones personales, junto con la gracia divina, juegan un papel crucial en la salvación. Paulo, a pesar de su vida aparentemente virtuosa, es condenado por su falta de fe y confianza en la gracia divina, mientras que Enrico es salvado por su arrepentimiento y fe en Dios.

Tirso destaca la importancia de la fe y la confianza en Dios. Paulo, el ermitaño, vive una vida de ascetismo extremo, pero su desconfianza en la misericordia de Dios lo lleva a la desesperación y finalmente a la condenación. Por otro lado, Enrico, que lleva una vida de pecado, alcanza la salvación gracias a su arrepentimiento y a su fe en la gracia divina. Esta dualidad muestra que la confianza en la misericordia de Dios y la fe son esenciales para la salvación, más allá de las acciones externas. La obra también resalta la importancia de la humildad y el arrepentimiento sincero. Enrico, al reconocer sus pecados y buscar el perdón divino, ejemplifica la virtud del arrepentimiento, que lleva a la redención. Paulo, en cambio, se aferra a su propio juicio y desconfía de la gracia divina, lo que lo lleva a su caída.

Tirso de Molina pretendió mostrar que la salvación no depende únicamente de las acciones humanas o del cumplimiento estricto de normas religiosas, sino de la fe, la confianza en la misericordia divina y el arrepentimiento sincero. A través de la historia de Paulo y Enrico, Tirso ofrece una crítica a la desconfianza en la gracia divina y una reflexión sobre la naturaleza de la salvación y la justicia divina.

Pero, volviendo a Toledo, a pesar de la amistad que les unía a ambos, Tirso de Molina y Lope de Vega. El estreno de algunas de las obras de Tirso provocó los celos de Lope de Vega, sobre todo en el estreno de *Don Gil de las Calzas Verdes*, quien la denominó como "*desatinada comedia de mercedario*", aunque acabó reconociendo que si bien la comedia no gustó en la Corte madrileña, había sido muy aplaudida en esta ciudad. Posiblemente, lo que más le enojó al "Fénix de los Ingenios" es que en la representación actuaba su antigua amante, Jerónima de Burgos, de la que Tirso comentó "*tenía en la cara más arrugas que una carga de repollos*". La comedia de Lope gustó mucho al público, porque estimó la paridad y rapidez de los argumentos, la credibilidad de los personajes y la mezcla de lo cómico y de lo dramático. Una versión de pueblo español pobre y miserable que necesita para vivir el arrimo a los po-

derosos, con una “picaresca” en donde se valora por encima de todo la habilidad y el ingenio para vivir sin trabajar. A Tirso le gustaba jugar en sus obras con los vocablos. Sus personajes poseen complejidad psicológica. Fue un escritor que se adelantó a los tiempos, tenía visión de la vida bastante más amplia y moderna que la mayoría de sus contemporáneos.

Tirso de Molina conoció en Toledo a Sancho de Moncada, tenían la misma edad, era de origen judeoconverso pero tenía una amplia presencia en la vida económica, académica y religiosa de Toledo. Por aquel entonces estaba escribiendo un libro sobre la restauración política en España, con un profundo análisis de la situación económica y sus propuestas de solución, con implicaciones demográficas, monetarias y hacendísticas. Se encontraban frecuentemente ambos teólogos, junto con otros colegas como Baltasar Elisio de Medinilla, García de Herrera y Contreras y Jerónimo Ceballos, todos ellos pertenecientes a prestigiosas familias hidalgas toledanas.

Pero, de todos ellos, Tirso entabló más amistad con Baltasar Elisio, aficionado a la teología y un seguidor lírico de Lope de Vega, a quien había conocido en 1603 en Toledo y de quien era muy amigo. En cierta ocasión Baltasar lloró delante de su amigo, grandes y numerosas lágrimas que influiría de sus ojos a raudales al escuchar de palabras del propio fraile la última obra estaba escribiendo. Se reunían en el campo a leer poesía. Soledad, silencio, que apenas aciertan a quebrar el ruido del aire entre las viejas encinas de los montes cercanos. Baltasar era trigueño de color, en una espaciosa frente, de negros ojos, de suave mirar.

También, Lope de Vega se auxilió de su erudición en muchas de sus obras y correspondió dedicándole muchas comedias, elogiándole sin tasa en *El laurel de Apolo*, pidiéndole aprobaciones de sus libros y dirigiéndole excelentes epístolas.

En estos momentos, Tirso era un escritor admirado entre sus amigos. Dos de las obras más populares y que más fama le han dado, son *Amor y celos hacen discretos*, y *Los amantes de Teruel*. Tirso presenta personajes femeninos que demuestran una gran

inteligencia y astucia. Las mujeres en la obra no son meros objetos pasivos de deseo o celos, sino que juegan un papel activo en la trama, utilizando su ingenio para manipular las situaciones a su favor y alcanzar sus objetivos. *Amor y celos hacen discretos* es una comedia rica en temas y significados, donde Tirso explora el poder del amor y los celos para influir en el comportamiento humano, a la vez que critica las superficialidades y las hipocresías de la sociedad de su tiempo. La obra destaca por su habilidad para combinar la comedia con una profunda reflexión sobre la naturaleza humana y las relaciones sociales.

Pero, será en una magna obra en su obra *Los amantes de Teruel*, donde quiso destacar varios aspectos importantes de la naturaleza humana y las relaciones amorosas, así como ofrecer una crítica social y una reflexión sobre la moral y el destino. La obra es una versión dramática de una leyenda aragonesa que trata sobre el amor trágico de dos jóvenes, Diego de Marcilla e Isabel de Segura. A través de esta historia, Tirso de Molina resalta el amor verdadero y trágico, que es el eje central de la obra, el amor profundo y sincero entre Diego e Isabel. Tirso presenta este amor como algo puro y noble, pero también como algo que puede llevar a la destrucción y la tragedia. La imposibilidad de su unión debido a factores externos subraya la fuerza y la inevitabilidad del destino.

En el Siglo de Oro español, el honor era un valor fundamental. Tirso pone en relieve cómo el honor y la nobleza afectan las decisiones y las vidas de los personajes. Diego se marcha para hacer fortuna y merecer a Isabel, mientras que Isabel se ve obligada a casarse con otro hombre por la presión social y familiar, lo que refleja las tensiones entre el amor personal y las obligaciones sociales. Critica las rígidas convenciones sociales que impiden la unión de los amantes. La diferencia de clase y la importancia del estatus social son obstáculos insuperables para Diego e Isabel, lo que pone de manifiesto las injusticias y las limitaciones impuestas por la sociedad de la época.

La obra aborda la idea de que el destino está predeterminado y que los esfuerzos humanos a menudo son inútiles contra

las fuerzas del destino. A pesar de los intentos de Diego por regresar a tiempo y de Isabel por mantenerse fiel, ambos son víctimas de circunstancias que están fuera de su control, culminando en una tragedia inevitable. Los personajes de Diego e Isabel son ejemplos de lealtad y fidelidad extrema. A pesar de los años de separación y las presiones para casarse con otro, Isabel sigue siendo leal a Diego hasta el último momento. Esta lealtad es presentada como una virtud suprema, aunque también como una fuente de sufrimiento. Tirso sugiere que la muerte puede ser una forma de liberación y una manera de superar las barreras que la sociedad y el destino han impuesto. En la muerte, Diego e Isabel finalmente encuentran la unión que les fue negada en vida, lo que añade una dimensión trágica pero también romántica a la historia.

Tirso destaca la profundidad y la tragedia del amor verdadero, critica las restricciones sociales y la importancia del honor, y reflexiona sobre la inevitabilidad del destino y la lealtad hasta la muerte. A través de esta conmovedora historia, explora las complejidades de la naturaleza humana y las consecuencias de vivir en una sociedad con valores y normas estrictas.

Las comedias de fray Gabriel eran una mezcla de agudeza y ternura. Los personajes de sus obras cobraban vida en la soledad de la celda: caballeros valientes, damas ingeniosas, pícaros desvergonzados y criados astutos. Sus historias eran un reflejo de la sociedad que observaba con ojos críticos y corazón compasivo. Los frailes que compartían la vida monástica con él no sospechaban que en las noches de Castilla, entre los muros silenciosos del cenobio, se tejían tramas llenas de risa y emoción.

A medida que los años pasaban, el renombre de fray Gabriel como escritor anónimo crecía en los círculos literarios de la región. Las obras que enviaba bajo el seudónimo "Tirso de Molina", eran representadas en pequeños teatros y patios de vecindad, y el público aplaudía con entusiasmo a ese autor desconocido que parecía comprender tan bien las alegrías y penas del corazón humano.

Sin embargo, el secreto de fray Gabriel estaba destinado a ser descubierto. Un joven novicio, fray Alonso de Cuenca, curioso y observador, notó las largas horas que el viejo fraile pasaba en su celda. Un anochecer, impulsado por una mezcla de inquietud y admiración, decidió espiar a su mentor. Con sigilo, se acercó a la celda de fray Gabriel y, a través de una pequeña rendija en la puerta, vio al fraile escritor inclinado sobre el pergamino, riendo suavemente mientras escribía.

Fray Alonso no pudo contener su sorpresa y empujó la puerta con suavidad. Fray Gabriel levantó la vista, sus ojos brillando a la luz de la vela. Lejos de mostrarse molesto, sonrió con una calidez que tranquilizó al joven.

—Entra —dijo fray Gabriel con voz serena—. Veo que la curiosidad te ha traído hasta aquí. Ven, acércate. Hay algo que debo compartir contigo.

Esa noche, en la celda de fray Gabriel, bajo la tenue luz de la vela, el joven novicio descubrió un mundo nuevo, un mundo donde la devoción y la alegría coexistían en perfecta armonía. El viejo fraile le mostró sus manuscritos, le habló de su pasión por el teatro y de cómo, a través de la risa, también se podía honrar a Dios.

Aunque fray Alonso prometió guardar el secreto y, con el tiempo, se convirtió en el confidente y ayudante de fray Gabriel, en 1615 comenzó a ser conocido como dramaturgo, y a partir de ese año *comenzó a firmar sus obras con el ya conocido seudónimo: "Tirso de Molina"*, haciendo referencias al conde de Molina de Herrera, donde había transcurrido su infancia, cuando sus padres estuvieron al servicio de Pedro Mejía de Tovar. Su irresistible vocación literaria discurrirá paralelamente a su vocación religiosa le llevó a asumir un nombre falso. No estaba bien visto que un religioso escribiese comedias profanas, por dicho motivo, optó por esta decisión por el tono jocoso de sus obras y a las referencias profanas de las obras que llevaba escribiendo desde hacía ocho años. De alguna manera, ocultaba así su verdadero nombre.

Con este seudónimo continuará escribiendo sin cesar y enviando las comedias para ser impresas, llevando la alegría

a aquellos que, sin saberlo, eran tocados por la gracia de un fraile que había encontrado en las letras una manera de iluminar el alma humana.

Así, en el monasterio de Toledo, Tirso de Molina —conocido en su comunidad como Tirso, más que como fray Gabriel Téllez— vivió y escribió, dejando un legado de risas y sabiduría que perduró mucho más allá de su tiempo. Su historia, aunque oculta entre las sombras de su celda, brilló con una luz propia, la luz de un hombre que encontró en la comedia una forma de redención y amor divino.

De esta manera, entre los años 1612 y 1616, escribe varias comedias “de capa y espada palatinas”, en el ambiente que le proporcionó la ciudad de Toledo: *Cómo han de ser los amigos* (1612), *La villana de la Sagra* (1612), *El castigo del penseque* (1614), *Quien calla otorga* (1614), *Marta la piadosa* (1614), *Amar por señas* (1615). En alguna de ellas, como en *La villana de la Sagra*, presenta una comedia de enredos que explora temas de amor, honor y las diferencias sociales. Aunque no se tiene una dedicatoria específica para esta obra, es importante destacar los aspectos clave que Tirso de Molina pone en escena. La obra gira en torno a una joven villana, Inés, que vive en la región de la Sagra. A través de su historia, Tirso aborda las diferencias de clase y las barreras sociales que impiden la unión entre personas de distintos estratos. La obra muestra cómo la nobleza del carácter y el ingenio pueden superar las limitaciones impuestas por el nacimiento. Inés, la protagonista, utiliza su inteligencia y astucia para enfrentar y superar los obstáculos que se le presentan. Tirso de Molina a menudo retrata a mujeres fuertes y decididas que, a pesar de sus orígenes humildes, logran alcanzar sus metas a través de su ingenio y valentía.

El honor es un tema recurrente en las obras de Tirso de Molina. En esta obra, el honor de Inés y otros personajes se pone a prueba, y la trama explora cómo se mantiene o se restaura a través de las acciones de los personajes. La obra también trata sobre el amor verdadero que supera las convenciones sociales y las expectativas de la época. Tirso muestra que el amor y la

virtud no están limitados por la clase social, y que las cualidades personales son más importantes que el linaje.

A través de sus personajes y situaciones, Tirso critica las rigideces y prejuicios de la sociedad de su tiempo. La obra es una sátira que revela las injusticias y los absurdos de las normas sociales que dividen a las personas según su clase, poniendo en claro Tirso la importancia de la virtud personal sobre el origen social, la capacidad del ingenio y la astucia para superar barreras, y la crítica a las convenciones sociales que limitan el verdadero honor y el amor. La obra es una comedia que, a través del humor y el enredo, invita a reflexionar sobre la justicia social y la verdadera nobleza de carácter.

En *Marta la piadosa*, explora temas de amor, honor y la astucia femenina. En esta obra, Tirso presenta una trama en la que los personajes se enfrentan a diversas situaciones de engaño y enredo, con el propósito de alcanzar sus objetivos personales. A continuación, se destacan los elementos principales que Tirso pone en claro en *Marta la piadosa*. Marta, la protagonista, es una joven inteligente y astuta que utiliza su ingenio para navegar por las restricciones y expectativas de su entorno social. La obra muestra cómo Marta maneja las situaciones a su favor, desafiando las convenciones sociales de su tiempo. Tirso utiliza a Marta para criticar la hipocresía de quienes usan la religión como una fachada para esconder sus verdaderas intenciones. A lo largo de la obra, Marta se presenta como piadosa y devota, pero en realidad utiliza esta apariencia para manipular a quienes la rodean y lograr sus propios fines.

Tirso explora las limitaciones y expectativas impuestas a las mujeres en la sociedad del Siglo de Oro. A través de Marta, el autor muestra cómo una mujer puede ejercer poder y control en un mundo dominado por hombres, subvirtiendo las normas sociales para su beneficio. La comedia está llena de malentendidos y situaciones cómicas que giran en torno a las relaciones amorosas de los personajes. Marta y su hermana Magdalena, junto con sus pretendientes Felipe y el capitán Urbina, se ven en-

vueltos en una serie de engaños y confusiones que culminan en resoluciones inesperadas y humorísticas. El concepto del honor, tan relevante en la literatura del Siglo de Oro, también está presente en *Marta la piadosa*. Los personajes deben navegar cuidadosamente para mantener su honor y reputación, lo que a menudo lleva a situaciones cómicas y paradójicas.

Tirso de Molina destaca la capacidad de las mujeres para superar las adversidades mediante el uso de su inteligencia y creatividad. Marta se convierte en un símbolo de la mujer que, a pesar de las restricciones de su época, encuentra maneras de imponerse y alcanzar sus objetivos. Es una obra que critica la hipocresía religiosa, resalta el ingenio y la astucia de las mujeres, y explora las complejidades del honor y las relaciones amorosas en la sociedad del Siglo de Oro. Tirso utiliza el humor y el enredo para ofrecer una reflexión sobre las dinámicas sociales y las limitaciones impuestas a las mujeres, mostrando cómo la astucia y la inteligencia pueden ser herramientas poderosas para superar las adversidades.

Tirso vivía plácidamente en Toledo cuando fue nombrado Vicario del convento de Soria. Aunque no estaba en sus planes, porque disfrutaba de su estancia en Toledo, en el mes de abril de 1608 se trasladó a la ciudad bañada por el río Duero. Era una mañana con un cielo azul como sólo se ve en Toledo. Durante varios días, Tirso de Molina, fray Alonso de Cuenca y fray Juan de Segovia viajaron en silencio hacia Soria, donde su presencia de todo en todo era necesaria.

Tenían que recorrer sesenta y dos leguas. Acabada la oración mañanera, los días transcurrían entre risas y cantos. Al caer la tarde, llenos de polvo, cansados, pero alegres, descansaban en la primera venta que se encontraban por el camino.

En Soria, como comenzó a estampar su firma en los documentos vicariales. En alguna de las cartas que su padre le enviaba al convento de Soria, le relataba que se había ido a vivir al lado de su casa, en la calle de la Magdalena, un personaje de rostro aguileño, de cabello castaño, frente isa y desembarazada, de alegres ojos y nariz corva, aunque bien proporcionada

y barbas de plata que se llamaba Miguel de Cervantes. Había estado preso en Argel y que a pesar de haber intentado escaparse en varias ocasiones, fue gracias a la intervención de los padres mercedarios cuando consiguió su liberación. Un escritor que contó con buenos amigos, entre los que se encontraba el conde de Saldaña, hijo del duque de Lerma. Se desconoce la clase de protección que recibió de él, así como de otros caballeros cortesianos, si bien se supone que fue menuda. Algunos le abrirían un resquicio de su bolsa para significarse a su lado. Entre sus favorecedores se encontraba el arzobispo de Toledo, el ilustrísimo don Bernardo de Sandoval y Rojas, y don Pedro Fernández de Castro, marqués de Sarriá. No hemos de olvidar el mejor amigo que tuvo Cervantes, don Juan de Urbina, secretario de los duques de Saboya, hombre que había corrido mucho mundo, perspicaz y agudo, que fue en Valladolid para Cervantes lo que fuera el cómico Tomás Gutiérrez en Sevilla, un verdadero amigo.

La orden a la que pertenecía Tirso trataba de liberar cautivos. Una institución liberadora de la Iglesia del medioevo que con la aparición de las *órdenes religiosas redentoras*, se pusieron decididamente al servicio de la Fe, no con la fuerza de las armas, sino con el fervor de la caridad y con los caudales propios y los que limosneaban. En este grupo de instituciones religiosas redentoras, destaca la Orden de la Merced, fundada en España en el Medioevo por san Pedro Nolasco, convirtiéndose en el primer maestro de la Orden, tras la confirmación pontificia con la bula *Devotionis vestrae* del Papa Gregorio IX, el 17 de enero de 1235. El procedimiento más usual de recuperar la libertad la gran masa de cristianos cautivos pobres fue la Redención: consistía en el pago de un rescate, en moneda corriente y sonante o en especies, previamente concertado con el dueño del cautivo, por parte de tercera persona.

Por la libertad de Cervantes exigían quinientos escudos. El fraile mercedario que se ocupó de su liberación, intentó recolectar entre los mercaderes cristianos la cantidad. La reunió cuando Cervantes estaba ya en una de las galeras en que Azán

Baja zarparía rumbo a Constantinopla, atado con dos cadenas y un grillo. Gracias a los 500 escudos tan arduamente reunidos, Cervantes es liberado el 19 de septiembre de 1580. El 24 de octubre regresó a España con otros cautivos también rescatados. Cuatro años antes de establecerse en Madrid, había publicado la primera parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

En uno de aquellos frecuentes viajes que realizó Tirso a su casa madrileña conoció a Miguel de Cervantes, vivía en la misma calle que su familia. Desde el primer momento surgió una enemistad entre ambos. Porque Cervantes era enemigo acérrimo de Lope y Tirso sentía una profunda amistad con Lope y defendía el nuevo planteamiento de sus comedias. Cervantes le replicaba, agredía y remedaba como un eco burlón a Tirso de Molina, a quien llegó a considerar como un “*gozque-zuelo del Parnaso*”. Incluso intentó probar que Tirso era un segundón ilegítimo, hermano de Téllez—Girón, duque de Osuna, que fue virrey de Nápoles y Sicilia. Tirso arrojó algunos dardos satíricos contra las novelas de Cervantes, centrándose en *El Quijote*. Tirso llegaría a componer comedias que titula con expresiones que encuentra en la obra cervantina, como *Tanto es lo demás como lo de menos*, *La fingida Arcadia* o en *Los Cigarrales de Toledo*.

Pasó el tiempo, una mañana del año 1616 fue ordenado sacerdote en Toledo. El sol brillaba intensamente sobre la antigua ciudad, iluminando las piedras centenarias de la catedral. Los frailes se reunían para celebrar el importante acontecimiento, llenando el templo conventual con murmullos de emoción y expectativa. Tirso había finalizado los estudios de Artes y Teología. El aroma del incienso flotaba en el aire, mezclándose con la luz de las velas. Las campanas resonaban, marcando el inicio de la ceremonia. El joven, vestido con su sotana blanca, caminaba con paso firme hacia el altar, donde le esperaban para realizar el rito de ordenación.

A lo largo de la ceremonia, los cantos gregorianos llenaron la nave, elevando las almas de los presentes. El momento cul-

minante llegó cuando el arzobispo don Bernardo de Sandoval y Rojas colocó sus manos sobre la cabeza del joven, pronunciando las palabras sagradas que lo convertirían en sacerdote. Los ojos del joven brillaban con fervor y devoción, consciente del profundo compromiso que estaba asumiendo.

Finalmente, al recibir la comunión y ser presentado a la congregación como nuevo sacerdote, Tirso miró a los presentes con una mezcla de humildad y determinación. Sabía que su camino apenas comenzaba, un camino de servicio, fe y entrega a su comunidad. La catedral, testigo de innumerables historias y ceremonias, añadió otro capítulo memorable a su historia milenaria.

Pasaron los meses. Tirso de Molina continuó escribiendo comedias. Era un apasionado de las letras, entusiasmo que le había inculcado el arzobispo Moscoso y Sandoval, familia del duque de Lerma, al que visitaba frecuentemente en el palacio episcopal; pero también, tenía predilección por la pintura. Un atardecer veraniego, se acercó al taller que tenía un conocido artista cretense que llevaba residiendo en Toledo veintisiete años. Doménikos, que así se llamaba el artista, acababa de llegar de Illescas, donde había recibido el encargo de realizar el retablo del Hospital de la Caridad. Aunque no estaba lejos de Toledo, distaba tan solo veintitrés millas, Doménikos, que ya contaba con sesenta y tres años, llegó agotado del viaje. Cogió un cántaro de barro y se chapuzó la cabeza.

Doménikos era bien conocido en la Corte y en Toledo. Por esta insigne ciudad desfiló en los primeros años del siglo XVII una buena parte de los más renombrados escritores y pintores. La existencia en la Ciudad Imperial, de un artista tan original, no pasó desapercibida a los ojos de los ingenios literarios. Doménikos, o como le llamaba el vulgo popular “El Greco”, tenía buenas amistades en Toledo. Había llegado a la ciudad en septiembre de 1585, alquilando en un principio unos aposentos en la parte principal de la casa del marqués de Villena.

Tirso caminaba por las calles de Toledo, un hondo silencio se apoderó de él, el silencio de los siglos transcurridos sobre los tapiales y bajo el cielo bíblico de una ciudad donde los judíos

habían dejado su impronta. Cuando llegó a su taller, Tirso se encontró con una estancia impregnada de intimidad, repleta de caballetes de madera, lienzos por el suelo y tinajas de barro dañadas, aunque era verano, en aquel aposento se notaba la frescura que procedía del subterráneo, donde según la tradición, el judío Samuel Leví guardó sus tesoros. Allí estaba el poeta Baltasar Elisio de Medinilla, sentado en una banqueta de madera de nogal, había ido a visitar a Doménikos, tal y como hacía todas las tardes que sus ocupaciones le permitían. Presentaba rasgos enérgicos, como tallados en madera de encina.

El taller estaba iluminado por dos ventanucos, donde el pintor se pasaría horas y horas acodado en el alféizar. Una mano larga y yerta se posó en su hombro, era el criado del pintor, Francisco Preboste, que al ver a Tirso asomarse a la puerta, le permitió entrar. La sala principal contaba con ocho sillas, un escritorio forrado en cuero, tres bufetes de pino, una mesa de nogal de cadena, una alacena llena de obras griegas, italianas y casi ninguna en español; velones sobre las mesas y varios candeleros. Doménikos se presentó ante él. Era un hombre con su frontal poderoso, figura pálida y fantasmagórica, frente despejada, barba canosa y genial mirada. Muy parecido a las figuras manieristas extraordinariamente alargadas que pintaba con frecuencia, delgadas, muy expresivas. Fraile, poeta y pintor pronto establecieron una entretenida conversación. Eran tres personajes unidos por una misma pasión: el Arte.

Tirso les explicó que en el convento hablaban frecuentemente del artista cretense, cuya fama le precedía. Procedente de Creta, Venecia y de la esplendorosa Roma, se había asentado en Toledo. Había realizado varios retablos para el convento de Santo Domingo el Antiguo de Toledo y varios encargos importantes en la Corte, aunque le faltaba el favor real.

Tirso comenzó a deambular por el taller. Después de contemplar largo rato varios lienzos que tenía Doménikos sobre los caballetes y otros enmohecidos y ahumados por el suelo, llenos de trazos mágicos y sobrecogedores personajes:

—Qué rostros más espectaculares, más fantasmagóricos.

Doménikos, volvió la cabeza hacia el monje y le contestó:

—Algunos son bocetos y otros son copias de retratos de algunos santos que tengo en venta.

A lo que el monje replicó:

—No, si me refiero a esta manera de pintarlos. No conocía nada igual, y he visto muchos cuadros en Madrid.

—Aplico el color a base de manchas, empastes y veladuras por transparencia, alargando las figuras quiero manifestar mi propio estilo. Donde crees ver figuras con la expresión meditativa de arcanos de ultratumba, yo veo lo corpóreo, la divina serenidad y unas almas en estado de gracia.

Sea como fuere, aquel pintor era un prodigio sobrenatural que plasmaba en sus lienzos una alucinación de los sentidos. Aquellas escenas perturbarían todas las facultades del fraile. Tirso de Molina comprendió que esas representaciones en poses complejas y artificiales, personajes con las extremidades alargadas, cabezas pequeñas y rasgos faciales estilizados exageradamente, era un estilo pictórico personal que no había conocido hasta esa tarde en el taller del cretense.

Desde aquella tarde sintió respeto y admiración por el artista. Antes de marcharse, llegó un joven apuesto de unos veinticinco años que Doménikos presentó como su hijo. Se llamaba Jorge Manuel. Aunque le tenía reconocido, no se había casado con Jerónima de las Cuevas, madre del joven.

Cuando la luna proyectaba su fría y espectral luz sobre Toledo, Tirso regresó a su convento. El cielo tenía esa augusta serenidad de las noches toledanas. Por las oscuras callejuelas parecía encontrarse con aquellos personajes retratados que había visto en el taller de aquel artista griego, rostros trasijados y pálidos. Luego, se perdía en el dulce fluir de los manantiales y el murmurar de las fuentes. Las estrellas y los luceros brillaban y lanzaban destellos. Alzaba la mirada para contemplar cómo las gárgolas de piedra de la catedral parecía que iban a lanzarse en vuelo contra él. Eran los espectros que le perseguían y le envolvían en las angostas callejuelas y en las plazoletas solitarias.

Con suma rapidez intentó llegar presto al convento. Tras sortear varias calles, llegó frente a la fachada del convento, donde Tirso encontró la paz y el sosiego. No fue capaz de conciliar el sueño. No era capaz de quitarse de la cabeza las pinturas de aquel visionario, además se acostó sin llevarse un mendrugo de pan a la boca, aunque le dio tiempo de llegar a los maitines de la medianoche.

Al día siguiente, la ciudad alumbrada por la luz del sol, revivía y se humanizaba. Tirso de Molina estaba deseando encontrarse con fray Alonso Remón.

Tirso le relató lo que había conocido en aquel taller. Las imprecisas figuras de vidriosas miradas fijas, aquellos obsesionantes e inolvidables personajes pintados por el artista cretense que más se parecían a los personajes fantasmagóricos que salían en las noches de ánimas a tañer a funeral en la torre de Santo Tomé y en procesión por las estrechas calles.

Todo aquello le había sorprendido mucho. Fray Alonso Remón, que le doblaba en años al joven Tirso, se sonrió. Este buen conquisador, excelente orador, alma y espíritu encendido, hacia unos meses que había ingresado en la orden mercedaria. Toledo había sido su primer destino. Conocía algunas obras de Doménikos.

Después de una larga parrafada por parte de Tirso, el bondadoso de fray Alonso le contestó:

—Acércate un día por la iglesia de Santo Tomé y fíjate bien en un cuadro que representa un entierro. Te vas a admirar del alma y espíritu encendido, poesía y misterio que transmite esa obra.

Nada más terminar la conversación, y siguiendo las indicaciones de fray Alonso, Tirso salió presto hacia la medieval iglesia de Santo Tomé, en cuyas obras de reconstrucción había intervenido el señor de Orgaz, don Gonzalo Ruiz de Toledo. Tirso entró por la puerta de Poniente, allí se presentó frente a un gran cuadro que representaba el entierro del conde de Orgaz. Los personajes del cuadro son los mismos habitantes de la ciudad, caballeros secos y duros, de caras alargadas, y disposiciones dignas y aristocráticas.

Tirso sintió un tremendo escalofrío ante la impresionante escena. Una visión celestial, espíritus inflamados que se percibían a través de los rostros de los personajes representados, sus ojos febriles y rostros pálidos. Un cuadro que representa las dos dimensiones de la existencia humana: abajo, la muerte; arriba, el cielo, la vida eterna. El Greco se lució plasmando en el cuadro lo que constituye el horizonte cristiano de la vida ante la muerte, iluminado por Jesucristo. Pero, lo que realmente representa este inmenso lienzo es el milagro en el que, según la tradición, San Esteban y San Agustín de Hipona bajaron del Cielo para enterrar personalmente a don Gonzalo Ruiz de Toledo, señor de la villa de Orgaz y fallecido en el año 1323, un hombre devoto y humilde. El cabildo de Toledo estaba agradecido al señor de Orgaz, por su mediación ante la reina María de Molina, al conseguir los monjes de San Agustín un nuevo convento dentro de Toledo, en las dependencias del antiguo Alcázar Real.

Sus ojos penetraron en el cuadro, manifestándole santidad y sabiduría. Era como si la luz que proyectaba el cuadro en medio de tantas sombras le inspirase al buen fraile una paz y un sosiego que no había encontrado antes. Un misterio de verdad y ensueño. Tanto le maravilló aquella obra a Tirso que desaparecieron de su mente las sombras tenebrosas de la noche, los misterios lanzados por aquellas otras pinturas que había conocido en el taller del artista cretense y que habían sobreexcitado su imaginación. A pesar de haber pintado Doménikos varios caballeros enlutados espectrales. Tirso ya solo veía penitencia y ascetismo en el cuadro dedicado al señor de Orgaz, enterrado la última capilla de la nave de la epístola. Feliz se marchó de la iglesia de Santo Tomé, cuando las campanas de la torre mudéjar sonaban bellamente concertadas.

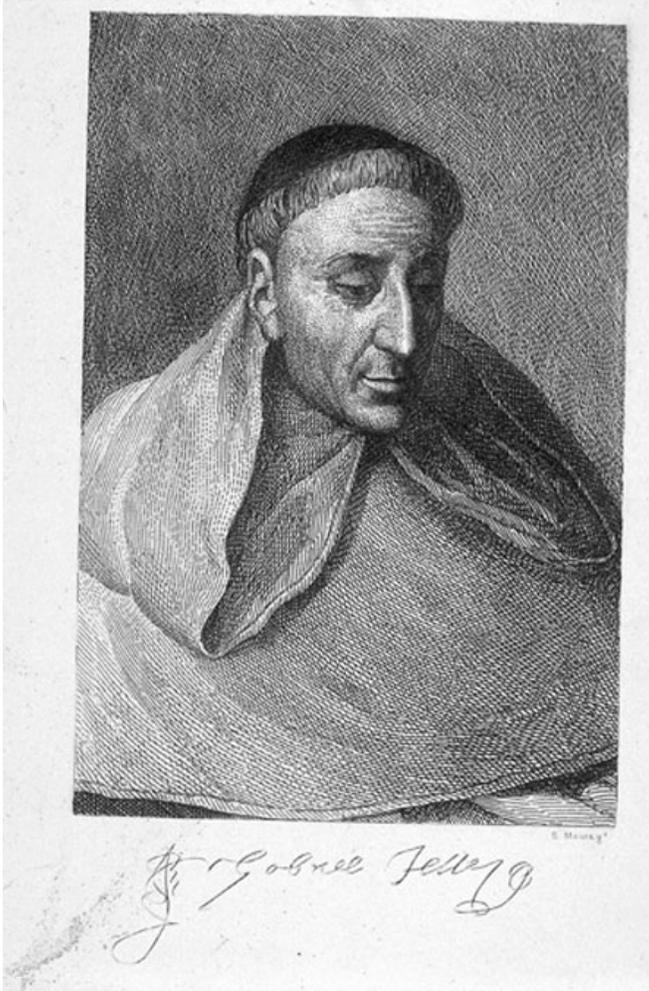
Nada más llegar al convento, exaltado por el entusiasmo y fervor, le manifestó a fray Alonso Remón la experiencia que había tenido aquella mañana ante aquel cuadro.

—La misión más noble del arte es despertar el sentimiento y los misterios que existan en la obra de arte, le manifestó fray Alonso.

Fueron pasando los días y Tirso de Molina comenzó a frecuentar el taller de Doménikos. Lejos ya de aquellas fantasmales figuras y de los espectros que le perseguían. Contemplaba, poseído de admiración y asombro, los cielos de las místicas noches toledanas plasmados en los lienzos del pintor; figuras divinas alumbradas por la luz astral que ilumina en la noche, figuras alargadas y retorcidas. Obras como *San José con el Niño Jesús*, *San Martín y el mendigo* y *la Virgen con el Niño*, destinadas a una capilla privada, transmitían misterio y silencio al fraile mercedario.

Pero, por más que le insistió Tirso de establecer su panteón en su convento mercedario, Doménikos Theotokópoulos, acordaría años después, ser enterrado en el monasterio de las monjas de Santo Domingo el Antiguo, allí quiso tener una capilla para el enterramiento familiar. Para aquella capilla, el artista realizó *La Adoración de los pastores*. Es una obra maestra en todos sus detalles: los dos pastores de la derecha son muy alargados, las figuras manifiestan el estupor y la adoración de forma conmovedora. La luz destaca dando a cada personaje importancia en la composición. Los colores nocturnos son brillantes y con fuertes contrastes entre el rojo anaranjado, el amarillo, el verde, azul y rosa.

Algunas mañanas, Tirso acompañaba a fray Domingo de Ávila a Olías, población que no distaba más de 10 km de Toledo. Se montaban en un carro y se acercaban a ver las tierras que el convento tenía en aquella localidad. Si el tiempo les permitía, se desplazaban desde Olías a Mocejón, para regresar al atardecer a Toledo. El convento tenía posesiones en estas tierras, los productos que generaban eran beneficiosos para la comunidad y para ayudar a los pobres que diariamente se acercaban al convento en busca de alimento.



Retrato de Fray Gabriel Téllez, de B. Maura g^o.
Biblioteca Nacional de España, Madrid..

3

La etapa americana (1616—1618)

Una mañana de primavera, mientras el sol se alzaba sobre los tejados de la ciudad, Tirso recibió una visita inesperada. Un mensajero, con una carta sellada el General de la Orden de la Merced, para prohijarse de la Provincia de Santo Domingo, aguardaba en la puerta del convento. Con manos temblorosas, Tirso rompió el sello y desplegó el pergamino. Sus ojos recorrieron las líneas escritas con esmero y solemnidad, había sido nombrado para emprender una misión hacia las vastas y desconocidas tierras de América.

El fraile, conocido por su aguda inteligencia y su capacidad de observación, había sido elegido por su talento literario y su lealtad a la corona. La misión no era solo espiritual; debía llevar consigo el espíritu del Siglo de Oro, difundir la cultura y la fe, y observar las costumbres y necesidades de las colonias para reportarlas a la metrópoli. A pesar del honor que implicaba tal encomienda, Tirso sabía que el viaje estaría lleno de peligros e incertidumbres.

El embarque tendría lugar en el puerto de Sevilla, donde grandes galeones se preparaban para surcar el Atlántico. De esta manera, en 1616 Tirso de Molina fue seleccionado por fray Francisco de Ribera, General de la Orden mercedaria, para prohijarse de la Provincia de Santo Domingo, en la antigua Española.

Tirso era un hombre de ambición, energía e iniciativa. Tirso de Molina sería uno de los pocos escritores barrocos que tuvo la oportunidad de conocer de cerca la realidad del Nuevo Mundo. A ella se referirá, años después, en algunas de sus comedias, sobre todo, en la *Trilogía de los Pizarro* (1626—1629) y en la *Historia general de la Orden de la Merced* (1639), obra que escribirá en su condición de Cronista General de la Orden.

Embarcó en Sevilla el 10 de abril de 1616 en el navío “San Pedro”, al mando del maestre Cristóbal García de Ávila, un navío que cargaba no solo mercancías y armas, sino también sueños y esperanzas de un Nuevo Mundo, rumbo a La Española junto con otros cuatro frailes y los criados Lucas de Soria y Damián Gómez, para reformar el convento de la Merced de aquella isla, bajo la vicaría de fray Juan Gómez. También se le había encomendado la misión general de reformar los monasterios, impartir lecciones de teología, contribuir a la evangelización de los “idólatras”, pero, sobre todo, el propósito principal era el de propagar la doctrina de la Inmaculada Concepción de María. Aunque tampoco se olvidaría de la ayuda a la redención de cautivos, con dinero que enviaría a Sevilla.

El barco partía del puerto de Sevilla, cargado de sueños y esperanza. Las primeras luces del amanecer iluminaban el Guadalquivir, mientras las gaviotas anunciaban con sus cantos el inicio de un nuevo viaje. La tripulación, compuesta por hombres valientes y aventureros, se preparaba para enfrentar los desafíos del océano. En el aire se mezclaban los aromas de salitre y el murmullo de las despedidas. La ciudad, aún dormida, despedía con nostalgia a aquellos que buscaban fortuna y nuevos horizontes en tierras lejanas. El sonido de las cuerdas y los tambores de los muelles resonaban en el corazón de cada marinero, marcando el ritmo de una aventura que apenas comenzaba.

Amainando el viento y levantada la niebla, el mar parecía mudo y sereno. Una amplia bahía despejada, donde el agua, en lugar de agitarse, se ondulaba en olas que corrían ordenadamente. Los frailes y criados buscaron un rincón tranquilo en el

barco donde no les molestase ni la gente ni la tripulación. Los viajes en barco en el siglo XVII eran largos y arduos, con condiciones difíciles a bordo. Los barcos estaban a menudo abarrotados, y los pasajeros enfrentaban enfermedades, hambre y malas condiciones sanitarias. El pasaje era heterogéneo, compuesto en la mayoría por aventureros, agricultores y artesanos extremeños y andaluces que emigraban a América en busca de mejores oportunidades. También había quienes buscaban invertir en nuevas tierras, establecer negocios o simplemente explorar el Nuevo Mundo.

Aquella tranquilidad marítima pronto se tornó en fuertes sacudidas al aumentar el oleaje. Olas monstruosas que caían sobre cubierta, arrancando parte del escotillón del pañol de velas. El oleaje aumentaba, el mar estaba imponente, y el viento sálaba con furia. No habían en la que se resistiera su soplo. Sobre la cubierta, inundada y de salida, apenas si los frailes podían mantenerse en pie, y con toda su voluntad y esfuerzo Tirso de Molina pasó horas mortales. Que menester había de que sintiera toda suerte de padeceres en el cuerpo, y la angustia de toda suerte de tribulaciones en el alma, para curar de sus ignominias a las almas culpables y henchir de esperanzas a las adoloradas.

El viento seguía aumentando y tenían que vérselas con una verdadera tempestad. Las velas intentaron resistir este tiempo. La vibración de los obenques producía la impresión del traqueteo de un tren rápido. El viento soplaba con furia, pero que el navío se conducía maravillosamente; capeando las tumultuosas aguas. Los relámpagos zigzagueaban entre el amasijo de nubes, proyectando a intervalos su luz siniestra sobre el océano. Densos nubarrones plomizos se reunieron. Y a sus plegarias, a sus cánticos espirituales, parecieron envolverle con sus lenguas de fuego, llegaría a contemplar ante sus ojos que el tiempo se tornaría a favor. Pronto comenzó a llover torrencialmente, el oleaje comenzó a descender, pasada la tempestad.

Tirso de Molina tenía miedo a lo irrevocable, a no volver. Le obsesionaba la agonía de dejar un mundo conocido para irse

a un mundo desconocido. En realidad no sabía por qué estaba abatido, acobardado, ni por qué le sudaban las manos sin poder evitarlo. Hizo una aspiración profunda y sintió como si el agua se elevaba hacía él. Comprendió que estaba viviendo un momento postrero antes que el barco se echara al mar. Pero ni las tempestades que desgarran las velas, ni el agua que entraba en el camarote, y la lluvia espumosa que azotaba constantemente, lograron que decreciera la fe inquebrantable de Tirso.

Entonces alguien le agarró por la espalda.

—fray Gabriel, está bien?

Era el criado Lucas de Soria que observó que algo aterrador le amenazaba al buen fraile.

Gabriel Téllez, “Tirso”, sonrió y permaneció callado unos minutos, apoyó su brazo en la baranda de un costado del barco, y cuando recobró el equilibrio menta, le contestó:

—Joven amigo, es la primera vez que me alejo de España. Me vienen a la memoria pálidas visiones de momentos que no volveré a vivir. Tú eres joven y estás deslumbrado por la emoción de la aventura. La juventud es algo que no apreciarás hasta que la hayas perdido.

Seguidamente, sonrió con simpatía, y puso su mano en el hombro de Lucas. Entonces el joven criado comprendió la enorme sabiduría que emanaba del buen fraile.

Tras varios días de travesía en el vasto Océano, la tripulación avistó los restos de un naufragio. Las maderas rotas y las velas desgarradas flotaban a la deriva, un triste testimonio de la furia del mar. El capitán ordenó acercarse con cautela, y los marineros comenzaron a explorar los escombros. Entre los restos, encontraron cofres parcialmente hundidos, barriles flotando y algunos efectos personales esparcidos por las olas. La marea había renunciado a ellos como un suspiro, murmurando, al apartarse el agua como una corriente de lágrimas derramadas por la separación. Eso fue lo que vieron los frailes.

Tirso de Molina no quiso guardar en su imaginación aquel encuentro. La escena era desoladora. Los hombres murmuraban oraciones por las almas de los desafortunados que habían

perecido. Hallaron documentos empapados y jirones de ropa que hablaban de una vida anterior, de sueños truncados por el poder implacable del océano. Los marineros recuperaron lo que pudieron, con la esperanza de dar algún sentido o dignidad a aquel hallazgo inesperado.

La visión de aquel naufragio llenó de inquietud a la tripulación. Cada hombre sabía que el mar podía ser tanto un camino hacia la fortuna como una trampa mortal. Con respeto y un renovado sentido de la fragilidad humana frente a la naturaleza, continuaron su viaje, llevando con ellos la memoria de aquel trágico encuentro, una advertencia constante de la delgada línea entre la aventura y la tragedia en las inmensas y caprichosas aguas del Mar Océano. Para Tirso eran como imágenes de la vida proyectadas unos segundos en una reducida pantalla.

Después de tres meses de ligeras brisas y de calmas, y abundantes días de viento fuerte, tempestades, y mar dura, divisó la isla del mar Caribe a mediados del mes de junio, notando un soplo fresco y poderoso de los alisios, hacía frío y se notaba humedad. La travesía no había sido muy cómoda. Hubo días que el viento y el mar aumentaron progresivamente durante la jornada para alcanzar su máximo durante la noche. El siglo XVII será testigo de la extraordinaria expansión española por América. La frontera europea se desplaza hasta situarse en los más alejados límites atlánticos. Es la época en la que hispanoamericana encuentra su acento, su forma de vida y su estilo.

En el vasto y desconocido horizonte del Nuevo Mundo, durante los siglos de exploración y conquista, una orden religiosa se alzaba como baluarte de fe y humanidad en medio de la vorágine de ambición y conflicto. Los frailes mercedarios, vestidos con sus humildes hábitos blancos, surcaban los caminos polvorientos de América, llevando consigo un mensaje de redención y esperanza.

A finales del siglo XV, cuando Cristóbal Colón puso pie en el continente americano, los ecos de su descubrimiento resonaron en los pasillos del Vaticano. La Santa Sede, consciente de las almas que aguardaban la luz de la fe cristiana, envió diver-

sas órdenes religiosas para evangelizar y asistir a los indígenas. Entre ellas, los Mercedarios se destacaron no solo por su devoción, sino también por su misión singular de redimir cautivos.

Los primeros frailes mercedarios que llegaron a América lo hicieron en la expedición de Pedro de Mendoza en el año 1536, estableciendo su presencia en lo que hoy conocemos como Buenos Aires. El padre Juan de Salazar y Espinosa y sus compañeros se enfrentaron a un continente plagado de desafíos, donde las tierras vírgenes y los pueblos originarios representaban tanto una oportunidad espiritual como un reto monumental.

La Orden de la Merced, fundada por San Pedro Nolasco en el siglo XIII en Barcelona, tenía un propósito claro: redimir a los cautivos cristianos en manos de los musulmanes. Esta misión se adaptó al Nuevo Mundo, donde los mercedarios se convirtieron en protectores y defensores de los derechos de los indígenas. En un tiempo donde la esclavitud y el abuso eran comunes, los frailes mercedarios alzaron su voz en defensa de los oprimidos.

En México, el padre Bartolomé de Olmedo se convirtió en una figura central de la evangelización, asesorando a Hernán Cortés y abogando por un trato más humano hacia los indígenas. Sus esfuerzos eran un faro de misericordia en medio de la oscuridad de la conquista. Los mercedarios no solo predicaban, sino que también se involucraban activamente en la educación y la defensa legal de los nativos.

A medida que avanzaban los años, los mercedarios establecieron numerosos conventos y misiones a lo largo del continente. En Lima, Perú, el convento de Nuestra Señora de la Merced se erigió como un centro neurálgico de fe y cultura. Desde allí, los frailes organizaban misiones hacia las regiones más remotas, llevando consigo no solo la palabra de Dios, sino también medicinas y conocimientos agrícolas que ayudaban a mejorar la vida de los indígenas.

En Quito, Ecuador, la misión mercedaria no solo se dedicaba a la redención de almas, sino también a la protección de los derechos de los pueblos originarios contra los abusos de los encomenderos. En 1604, el padre Hernando de la Cruz fundó

la Escuela de San Andrés, que se convertiría en una de las primeras instituciones de educación superior en América del Sur.

La misión mercedaria no estuvo exenta de conflictos. La defensa de los indígenas a menudo los ponía en desacuerdo con los colonizadores y las autoridades civiles. En muchas ocasiones, los frailes mercedarios tuvieron que enfrentarse a amenazas de violencia y a la hostilidad de aquellos que veían en sus acciones un obstáculo para sus intereses económicos.

Sin embargo, los mercedarios permanecieron firmes en su misión. Su dedicación a la redención de cautivos se extendió también a los africanos traídos como esclavos al Nuevo Mundo. En el Caribe, los frailes mercedarios lucharon por mejorar las condiciones de vida de los esclavos y abogaron por su libertad, dejando un legado de justicia y compasión.

La historia de los mercedarios en América es una saga de valentía y misericordia, una novela épica escrita con sacrificios y actos de amor. En el vasto lienzo de la historia americana, los frailes de la Orden de la Merced brillan como estrellas, guiando a generaciones hacia un futuro de esperanza y redención.

Volviendo a nuestra historia. Al llegar a las costas de Nueva España, Tirso fue recibido con una mezcla de curiosidad y respeto. Las ciudades de México y Lima, con su vibrante vida y sincretismo cultural, se convirtieron en escenarios de su misión. El fraile se adentró en las comunidades indígenas, aprendiendo sus lenguas y costumbres, buscando comprender el alma de aquellos que vivían en un mundo tan diferente al suyo.

Tirso de Molina se instaló a mediados de junio en la isla de Santo Domingo, que en aquel momento era un enclave español tragado por la miseria, y su vida estaba plagada de penurias. Sus aposentos eran muy sencillos, una especie de cabaña en la que la puerta siempre estaba abierta y a través de ella penetraba el suave aliento de la brisa nocturna y la dulzura de las flores silvestres.

Apenas llevaba Tirso unos días en tierra, anhelaba llevar anclas y volver a alta mar y a su vida en España. A través de

sus cartas y relatos, Tirso comunicaba a sus frailes y al General de la Orden, no solo los desafíos que enfrentaban los colonos y misioneros, sino también la riqueza cultural y humana de las tierras americanas. Sus escritos reflejaban la complejidad de un imperio que se expandía más allá de sus límites conocidos, y la necesidad de una mayor comprensión y respeto mutuo entre conquistadores y conquistados.

El viaje transformó a Tirso de Molina. El contacto con nuevas realidades y perspectivas enriqueció su visión del mundo y su obra literaria. En la Isla había desaparecido casi toda la población indígena —los caribes— como en las otras islas antillanas en las primeras décadas de la conquista. Los españoles convivieron con los pobladores precolombinos, algunos de ellos aún llevaban taparrabos, hechos de siapo, con la corteza de moral o con esterillas trenzadas muy fino y llevaban el cuerpo embadurnados de aceite de coco, que brillaban al sol. Tenían otro conventito en Perú, desde la primera mitad del siglo XVI, siendo vicario provincial de la Merced fray Francisco de Bobadilla. En 1607 se habían erigido en la provincia de Santo Domingo los conventos de: Santo Domingo, Concepción de la Vega, Santa Cruz de la Vega, Puerto del Príncipe, Toza, y Santiago de los Caballeros. Su primer Provincial fue el padre Pedro de Torres.

Los mercedarios ocuparon cargos importantes en el gobierno que había instituido Francisco Pizarro, concretamente, el padre Hernando de Granada consiguió apaciguar en varias ocasiones las rencillas entre Almagro y Pizarro. Incluso, juntó a ambos con doce caballeros del ejército de Pizarro y Almagro para reunirse en Mala, pueblo entre los Reyes y Chíncha. El padre Hernando de Granada fue el intermediario para que Almagro liberase a Fernando Pizarro y restituyese en Cuzco. Tirso de Molina en sus escritos ensalza a mercedarios que realizaron la pastoral en tierras americanas, poniendo de relieve al padre Bartolomé de Olmedo, capellán de Hernán Cortés, a Francisco de Bobadilla, Vicario Provincial y pacificador entre Pizarro y Almagro; y a tantos frailes que, desde las Antillas, fueron hacia el núcleo peruano y el centroamericano y mexicano.

Por otro lado, la vida de los indígenas americanos la encontramos en la trilogía que dedicaría a los Pizarro. Tal era el grado de miseria, que no había harina para elaborar la hostia, y las misas eran celebradas en horas nocturnas para que no se notara la vestimenta que usaban los feligreses, a lo que tenemos que sumar el exceso de lluvia o sequía prolongada, que se sumaron para aumentar la adversidad, la hambruna o la pestilencia. Allí residió dos años, donde defendió el dogma de la Inmaculada y fue lector de Teología tres sexenios, lo que le permitió que se reconociera la validez de su grado de lector para enseñar en Castilla.

El fraile se dedicó a predicar entre la tribu de América, con decidida voluntad, entregado a la misión de difundir su fe y brindar apoyo espiritual a los indígenas. Su labor no solo incluía la enseñanza religiosa, sino también el aprendizaje de las costumbres y la lengua de la tribu para poder comunicarse de manera más efectiva y respetuosa. Las miradas de los indígenas eran perplejas, dubitativas y expresaban cierta contrariedad por la presencia de los monjes. Con el tiempo, se ganó la confianza y el respeto de los nativos, estableciendo un vínculo profundo basado en la comprensión y la colaboración mutua.

Conocido por su dedicación y humildad, se estableció entre los indígenas. Enseñaba a los niños a leer, esforzándose por educar y enriquecer las vidas de los más jóvenes de la tribu. Además de su labor educativa, predicaba la fe cristiana, adaptando sus enseñanzas a las costumbres y lengua locales para ser más comprensible y respetuoso con la cultura indígena. Su compromiso y bondad le granjearon el respeto y la confianza de la comunidad nativa.

Nuestro fraile mercedario, con el corazón lleno de fe y la mente resuelta, comenzó a evangelizar. Los cocoteros susurraban con la brisa del mar y el horizonte se extendía infinito, prometiendo aventuras y desafíos. Tirso, con su hábito blanco ajustado por un sencillo cordón, llevaba consigo solo un crucifijo, un breviario y una profunda convicción de su misión: evangelizar a la tribu Taína y protegerlos de los abusos de los colonizadores.

Tirso se adentró en la selva, guiado por relatos de los indígenas que había conocido en la isla Española. Después de varias horas de caminata, llegó a un claro donde se alzaban las chozas de la tribu Taína. Los niños jugaban despreocupados mientras los adultos trabajaban, tejiendo cestas y preparando alimentos. El cacique Guarionex, hombre de mirada serena y porte noble, lo observó con curiosidad desde la entrada de su bohío.

Con una sonrisa, Tirso hizo una reverencia respetuosa y presentó un obsequio: una cruz de madera tallada con delicadeza. Guarionex aceptó el regalo y, con una señal, invitó al fraile a sentarse junto a él. A través de gestos y palabras sencillas en español y taíno, comenzaron a comunicarse. Llevaba un intérprete, Francisco, que relató historias de su Dios, un ser de amor y misericordia, mientras Guarionex escuchaba con interés y escepticismo.

Los días se convirtieron en semanas, y Tirso se ganó la confianza de la tribu. Les enseñó sobre agricultura avanzada, curación con hierbas y escritura básica, mientras aprendía de ellos la sabiduría de la selva. Sin embargo, su labor no fue fácil. Algunos miembros de la tribu, desconfiados de los hombres blancos debido a experiencias previas con conquistadores crueles, veían en Tirso una posible amenaza.

Una noche, mientras Tirso rezaba bajo la luz de la luna, un grupo de guerreros lo rodeó. Eran los más recelosos de la tribu, liderados por Yubánex, un joven valiente y feroz que había perdido a su familia a manos de los colonizadores. Yubánex acusó a Tirso de ser un espía, un precursor de una invasión más grande.

Tirso, con una calma sorprendente, les pidió que lo acompañaran al lugar donde dormía. Al llegar, mostró su breviario, el crucifijo y algunas hierbas medicinales que había recolectado para los enfermos de la tribu. Les explicó su verdadera misión, su deseo de ayudarlos y protegerlos. Aun así, Yubánex no estaba convencido y exigió una prueba.

Al amanecer, Guarionex decidió someter a Tirso a una prueba de fuego, un rito tradicional para medir la valentía y la

verdad de un hombre. En el centro del poblado, encendieron una hoguera ceremonial y, alrededor de ella, los miembros de la tribu se reunieron en silencio expectante.

Tirso, con el corazón latiendo con fuerza pero con la fe intacta, fue llevado ante la hoguera. Guarionex explicó que debía caminar sobre las brasas ardientes sin inmutarse, una muestra de su pureza y sinceridad. Tirso, recordando las enseñanzas de Cristo y confiando en su fe, avanzó hacia las brasas.

Con una oración silenciosa en los labios, Tirso dio el primer paso sobre el lecho de brasas. Cada paso era una prueba de su fe, un acto de entrega y sacrificio. Mientras caminaba, sentía el calor abrasador, pero su mente estaba fija en su misión divina. Al llegar al otro lado, las miradas de sorpresa y admiración llenaron los rostros de los taínos.

La prueba había sido superada. Yubánex, impresionado por la valentía de Tirso, se acercó y, con respeto, inclinó la cabeza en señal de aceptación. Tirso había ganado no solo el respeto, sino también el corazón de la tribu. Desde ese día, su labor de evangelización y enseñanza se hizo más efectiva y profunda.

Tirso pasó varios días con la tribu Taína, bautizando a muchos, enseñándoles el amor y la misericordia de Dios, y defendiendo sus derechos ante los colonizadores. Su legado de fe y justicia se transmitió de generación en generación, y la cruz que había regalado a Guarionex se convirtió en un símbolo de esperanza y resistencia para la tribu.

Semanas después, Tirso sabía que su misión había sido cumplida. Había llevado la luz de la fe a una tierra lejana y había protegido a un pueblo vulnerable. Agradeció a Dios por la fortaleza y la guía que le habían permitido cumplir con su sagrada misión.

La historia de Tirso de Molina y los taínos del Caribe es un testimonio de la fe, la valentía y la capacidad de encontrar humanidad y redención en medio de la adversidad. En los corazones y las mentes de aquellos a quienes tocó, su espíritu perduró como un faro de esperanza y amor eterno.

En una lóbrega mañana de niebla, Tirso se montó con su criado Lucas de Soria en un bote de remos dirigido por dos

indígenas, que avanzaba decidido río abajo, para llevar la religión cristiana a dos poblados. Sus pares de remos se movían como uno solo, porque los remeros eran muy hábiles. Los alejaron mucho de la orilla, siguiendo una dirección ligeramente irregular impuesta por la necesidad imprescindible en que se encontraban de acercarse a su destino. A lo lejos, ya se levantaba el sol, hacia el Oriente; pero el cielo estaba oscuro y brumoso. Llegaron a su destino y anclaron el bote. Con humildad y devoción, se adentraron en la comunidad, compartiendo su fe y enseñando las doctrinas de su religión. Sus voces resonaban, llevando un mensaje de esperanza y espiritualidad a todos los rincones del lugar. La gente, curiosa y expectante, se reunía para escuchar sus palabras y observar los rituales y ceremonias que el fraile realizaba con fervor. Con paciencia y dedicación, estos hombres de fe buscaban transformar las vidas de los habitantes, guiándolos hacia una nueva comprensión de la fe y el amor divino. Todo lo sufría resignadamente, y recibiendo entonces, por esa su ejemplarísima conformidad, muy extraordinarias consolaciones del Señor. Donde su extenso espíritu se transfiguró magníficamente a las más singulares y encumbradas virtudes, al culmen de ellas. Aquí obró la quintaesenciada y alquitarada, la genuina, la inefable perfección de un religioso con admirables efectos de perfección.

Aquellos buenos frailes, embalsamados de lo ideal, pletóricos de savia interior, temples singulares, eran almas de convicciones inamovibles, de fe sincera, traducida en buenas obras. Fieles a sus palabras y a sus promesas, aún a costa de los más heroicos sacrificios, del deber, constantes en el bien y en el honor y en la perennidad de los más hondos afectos de la vida. Cuando los indígenas se acercaban a Tirso, tristes y aflictos, hallaban consuelo, y así se volvían a sus cabañas alegres y confiados.

Durante su estancia en América, falleció su padre en Madrid, el 24 de agosto de 1618. La noticia llegó de manera inesperada. Un mensajero le entregó una misiva. Al abrirla, su corazón se hundió, su padre había fallecido. La tristeza y la impotencia lo invadieron de inmediato. Quiso partir de inmediato, regresar al

hogar familiar para rendir homenaje a su padre. Sin embargo, las obligaciones y la distancia hicieron que fuera imposible asistir al funeral. Dada su condición de pobre, lo enterró “de limosna” su señor, el que sería conde de Molina; por estas fechas, *señor de Molina* tan sólo. Tirso se sentía a veces extrañamente solo. Era como una sensación de vacío de sueño.

Tirso ofreció misas y oraciones en honor a su padre, buscando consuelo en su fe y en la comunidad de monjes que lo apoyaban. En su corazón, la pena era profunda, pues no haber podido estar presente en los últimos momentos de su padre lo llenaba de pesar. Recordó los consejos y enseñanzas que le había dado, los momentos compartidos y las historias de familia. Escribió una carta a su madre y a su hermana, expresando su dolor y enviándoles todo su amor y apoyo en esos momentos difíciles.

A pesar de la distancia física, encontró una forma de estar espiritualmente presente con su familia. Los monjes, comprendiendo su aflicción, se unieron en sus oraciones, ofreciendo palabras de consuelo y solidaridad. En las noches silenciosas del convento, se permitía llorar en la intimidad de su celda, dejando que sus lágrimas se mezclaran con sus plegarias. La pérdida de su padre se convirtió en una herida profunda, pero también en un recordatorio de la fragilidad de la vida y la importancia del amor y la familia. Aunque no pudo estar allí en persona, su espíritu y sus oraciones acompañaron a su padre en su último viaje, encontrando en la fe la fuerza para seguir adelante.

Un mundo nuevo se abría ante la negra gelatina de sus ojos. Aunque Tirso de Molina ya conocía el cortejo de indígenas y los animales que llevó Colón a España, conoció en América los descubrimientos de la paleoclimatología, el ritmo de las cosechas que dependía en gran medida de una climatología variable, así como aquellos animales que tanto le impresionaron al fraile, como la tortuga de mar que mencionaría en su obra en prosa *Los cigarrales de Toledo*. Otras especies de la fauna americana como los monos, los zambos, los papagayos, pericos y catalinas, nos los refiere en su obra *Amazonas*

en Indias. Un factor de transformación y progreso fue la introducción en España de nuevas plantas procedentes de América y que nuestro fraile trajo en su viaje: patata, maíz y tomate, así como las frutas tropicales y la flora exótica (yuca, agios, papayas, guayabos, cocos). Aquella flora predilecta del cielo que no sólo se apreciaba su belleza y exotismo sino también porque se les atribuyeran virtudes medicinales.

No obstante, ante tanta miseria, lo sorprendente del hecho americano estriba en la fortuna de encontrar plata o estaño en los yacimientos de San Luis, Sierra Pinos, Castrovirreina o Potosí, y en la creación de los entornos metalíferos, sin los cuales la mina no podía sostenerse. Las minas fueron trabajadas por los indios y por esclavos negros. En aquellos momentos el oro y la plata de América sostenían una economía y una hacienda con graves dificultades, que suponían una organización política y una sociedad que no era capaz de hacer frente a otras formaciones coetáneas.

La importancia del oro y la plata de Potosí radica en su impacto significativo en la economía y la historia mundial. Descubiertos en el siglo XVI, los vastos depósitos de estos metales preciosos en el Cerro Rico de Potosí, en la actual Bolivia, atrajeron a miles de colonos y aventureros en busca de fortuna. La explotación de estas riquezas transformó a Potosí en una de las ciudades más grandes y ricas del mundo en su época, convirtiéndola en un centro vital para el Imperio Español.

El oro y la plata de Potosí fueron fundamentales para la economía global de los siglos XVI y XVII. La abundancia de plata extraída fue transportada a través del Atlántico y contribuyó significativamente a la economía europea, facilitando el comercio y financiando guerras y expansiones coloniales. La Casa de Moneda de Potosí produjo monedas de plata que se utilizaron ampliamente en todo el mundo, estableciendo un estándar de valor y facilitando el comercio internacional.

Además del impacto económico, la explotación de los minerales de Potosí tuvo profundas implicaciones sociales y culturales. La necesidad de mano de obra para las minas llevó a la

explotación de los pueblos indígenas y al uso de esclavos africanos, creando una mezcla de culturas y un legado de injusticia y desigualdad que aún resuena en la región. La ciudad de Potosí, con su riqueza y opulencia, se convirtió en un símbolo de la riqueza y el poder colonial, al mismo tiempo que representaba las durezas y los sacrificios de aquellos que trabajaban en las minas. El oro y la plata de Potosí jugaron un papel crucial en la configuración de la economía mundial y en la expansión del Imperio Español. Su impacto se sintió en todos los rincones del mundo, desde las calles de Potosí hasta las cortes de Europa, dejando una huella indeleble en la historia económica y social de la humanidad.

Por aquellas tierras inhóspitas iba Tirso montado en un jumento, recorriendo inmensos campos, nieblas de ríos, senderos que se tuercen y suben. El animal dobló su pescuezo frisado, muy sofocado y se paró. Tirso saltó de la enjalma de piel de borrego y se puso a caminar a su lado, mirando en su entorno y volviendo a su memoria aquellas calles de Toledo, las tapias de jardines, las viejas casonas. Todo lo recuerda como si lo viese bajo un vidrio empañado. Y, Tirso tuvo durante unos instantes un goce íntimo, callado. Se sumerge en una quietud de eternidad.

Al atardecer, regresó a la comunidad siguiendo sus pisadas, frescas de relente. No sin antes, beber de un manantial que de allí cerca salía, recién nacido.

Diariamente, llegaba a aldeas azotadas por enfermedades. Los habitantes, desesperados y temerosos, habían aislado a los enfermos en una vieja choza. Sin titubear, Tirso entró en aquel lúgubre lugar, llevando consigo hierbas medicinales y su fe inquebrantable. Entre los enfermos encontró a un niño, caído en desgracia, tenía el rostro demacrado.

Tirso cuidó de él con esmero, día y noche, hasta que la fiebre cedió.

Los días pasaron, y Tirso se convirtió en un pilar de su comunidad. Su nombre, sinónimo de compasión y entrega, era conocido ya en toda Castilla. A través de su labor, no solo ali-

mentó cuerpos, sino también almas. Enseñó a sus hermanos a ver en cada rostro un reflejo del rostro de Cristo, a encontrar en cada acto de bondad una manifestación del amor divino.

El conocimiento de aquellas tierras generó en la obra de Tirso de Molina abundantes menciones sobre la tierra del oro y la riqueza, respondiendo al hecho real de la llegada de galeones con ricos metales que procedían de América, contingente de metales preciosos que tanto precisó el emperador Carlos V para sus campañas en Europa. Galeones que llegaban al puerto de Sevilla y que eran centralizados por la Casa de Contratación. Tirso nos habla al respecto en la comedia que escribiría años después y representaría durante su estancia en Trujillo: *La huerta de Juan Fernández* en boca de doña Petronila y, también, en *La villana de Vallecas*, aquí es don Gabriel, al saber de don Pedro acaba de regresar de las Indias y le pregunta por la existencia de plata en aquellas tierras.

Tirso de Molina se quejaba mucho de la distancia con España, la inseguridad que obligaban al olvido en las ausencias y una comunicación postal deficiente. No se sentía con ánimos, sus manos callosas y endurecidas eran muy desmañadas para sostener la pluma. Estaba triste por su forzosa inacción, echaba de menos España. Esperaba con impaciencia el instante de poder regresar. Por dichos motivos, abandonó el ministerio evangelizador y regresó a Toledo.

Ya se encontraba de regreso en Toledo a finales de septiembre de 1618, firmando en el "Registro de adhesiones al Misterio de la Concepción". En Toledo, buscó refugio y consuelo tras años de navegar los mares y enfrentar los peligros del mundo. Allí, encontró la paz en el convento, un lugar de serenidad y reflexión. Las calles empedradas de la ciudad antigua lo guiaron hasta el umbral del convento, donde fue recibido con los brazos abiertos por los monjes.

En el convento el ritmo de la vida era diferente. Las campanas marcaban el paso del tiempo con una cadencia tranquila, y las paredes de piedra, testigos de siglos de historia, ofrecían un refugio del bullicio del mundo exterior. El convento era un

lugar de oración, estudio y trabajo, donde cada día se dedicaba a la meditación y la búsqueda espiritual.

En los jardines del convento, entre los susurros del viento y el canto de los pájaros, encontró un espacio para sanar su alma. Las horas pasaban en contemplación, y las preocupaciones y recuerdos del mar fueron poco a poco reemplazados por una profunda sensación de paz. Rodeado de la sabiduría de los monjes y la belleza de la naturaleza, su espíritu, antes agitado por la incertidumbre y el peligro, encontró finalmente un remanso de calma.

Toledo, con su rica herencia cultural y espiritual, se convirtió en el escenario perfecto para su retiro. Allí, en el silencio del convento, entre oraciones y cantos gregorianos, halló la paz que tanto había anhelado, reconectándose con su fe y con la esencia misma de su ser.

Después de pasar unos días en Toledo, Tirso sintió que era hora de partir hacia Madrid. La capital ofrecía un escenario diferente y oportunidades para llevar su mensaje y su fe a un público más amplio, además ardía en deseos de encontrarse con sus seres queridos: su madre y su hermana. Con el corazón aún pesado por la pérdida de su padre, pero con la esperanza de continuar su camino con determinación y propósito, se despidió del convento y emprendió el viaje hacia Madrid. Las calles empedradas de Toledo quedaron atrás mientras avanzaba hacia nuevos horizontes.

A lo largo del camino polvoriento que serpenteaba hacia Madrid, un sol ardiente se reflejaba en la oscura tela del hábito de Tirso de Molina. Sus sandalias desgastadas levantaban pequeñas nubes de polvo mientras avanzaba con paso firme, y su mirada serena escondía una mezcla de expectación y aprensión. Habían pasado muchos años desde que dejó atrás la seguridad de su hogar, su madre y su hermana para entregarse a la vida monástica.

El aire frío de octubre estaba cargado de promesas y recuerdos. Madrid, con sus muros altos y calles adoquinadas, se perfilaba en el horizonte como un sueño de su juventud. Sintiendo

el bullicio y la vitalidad de la ciudad, al adentrarse en el laberinto de calles, se dirigió hacia la antigua casa de su familia, en un barrio humilde donde los balcones floridos y las voces de los vecinos tejían una red de historias cotidianas. Al llegar a la puerta de madera oscura que tanto había añorado, sus nudillos temblaron ligeramente antes de golpear con decisión.

La puerta se abrió lentamente, revelando el rostro envejecido pero aún hermoso de su madre. Sus ojos, primero incrédulos, se llenaron de lágrimas antes de abrirse en un grito sofocado de alegría.

—¡Gabriel! —exclamó ella, abrazándolo con fuerza—. ¡Mi hijo, has regresado!

El fraile, conmovido, se permitió un momento de debilidad y dejó caer su cabeza sobre el hombro de su madre. Sentía el calor familiar de sus brazos, el consuelo de un amor incondicional que ni el tiempo ni la distancia habían podido borrar.

—Madre, he vuelto —dijo con voz entrecortada—. No podía alejarme de vos por más tiempo.

Juana Téllez, con los ojos brillantes, lo guió al interior de la casa. Allí, la penumbra fresca y el olor a cera y especias le trajeron una paz largamente anhelada. En el modesto salón, se encontraba Catalina, su hermana mayor, que le habían permitido salir del convento para ver a su hermano. Al verlo, Catalina dejó caer el libro de oraciones que sostenía y corrió hacia él, abrazándolo con fuerza.

—¡Gabriel! —gritó ella, susurrando luego—. Te he extrañado tanto, hermano.

Tirso de Molina sintió cómo el peso de los años y las obligaciones se desvanecía en ese instante. Catalina, con su pureza y devoción, era un reflejo de lo que él también había buscado en su camino espiritual. Pero ahora, juntos de nuevo, sentía que su búsqueda encontraba un nuevo sentido en el amor y la unidad familiar.

La reunión de la familia López Téllez fue celebrada con alegría y humildad. Compartieron una sencilla cena, donde los recuerdos del pasado y los planes para el futuro se entrela-

zaron en una conversación llena de risas y lágrimas. Tirso de Molina relató sus experiencias en el convento, sus aprendizajes y las pruebas que había superado en América. Juana, por su parte, habló de los años difíciles sin su hijo, de cómo se había aferrado a la esperanza de volver a verlo algún día.

Catalina, siempre risueña, contó sobre su vida en el convento de la Magdalena, donde había encontrado su vocación. La monja, con su fe inquebrantable, era un rayo de luz para su hermano, recordándole la belleza de la entrega y el sacrificio.

Aquella noche, en la tranquilidad de su antiguo cuarto, Tirso se arrodilló para rezar. Agradeció a Dios por la oportunidad de reencontrarse con su familia y por la fuerza para continuar su misión con renovado espíritu. Sintió que, aunque su camino como fraile aún estaba lleno de desafíos, la presencia de su madre y su hermana sería una fuente constante de inspiración y fortaleza.

Y así, en el corazón de Madrid, el fraile errante encontró no solo su hogar, sino también la reafirmación de su fe y propósito. No solo traía consigo un informe detallado para el General de su Orden, sino también un caudal de experiencias y reflexiones que se verían reflejadas en sus futuras obras.

En su celda del convento de la Merced, Tirso volvió a su escritorio, la pluma en la mano y la mente llena de recuerdos de tierras lejanas. Su misión en América había dejado una huella imborrable en su alma, y su legado literario continuaría inspirando a generaciones venideras, uniendo en sus páginas el viejo y el nuevo mundo en un abrazo de palabras y sueños compartidos.

En Madrid, se sumergió en la vida de la ciudad, explorando sus calles animadas y sus plazas bulliciosas. Encontró refugio en la comunidad religiosa de la capital, donde pudo compartir su sabiduría y su consuelo con aquellos que buscaban orientación espiritual.



Monumento a Tirso de Molina, Madrid

4

La etapa madrileña (1618—1626)

En Madrid, encontró la felicidad en la pluma. En el cielo, las nubes se revolvían y rodaban. El fraile se encontraba inmerso en un mar de gente y emociones. El aire fresco del otoño soplaba entre los edificios mientras las hojas caían lentamente de los árboles, creando una atmósfera melancólica y nostálgica.

En cada rostro que pasaba, veía una historia, un sueño, una lucha. En cada rincón de la ciudad, encontraba inspiración para su poesía, capturando la esencia misma de la vida en sus versos. Noviembre, con su mezcla de melancolía y esperanza, se convirtió en su musa, alimentando su creatividad y avivando su espíritu. En Madrid comenzó a escribir obras teatrales en las que encontramos alusiones y referencias a Hispanoamérica, pero ensalzando la conquista espiritual más que a la material, gracias a la labor de sus compañeros de Orden en los que encontró una simpatía que no esperaba. Una alegría verdadera que con frecuencia se desahogaba en salidas por Madrid o hacia poblaciones cercanas con el único objetivo de propagar la religión cristiana. El fraile se sentía vivo, conectado con el latido de la ciudad y con el pulso eterno de la humanidad. En medio de la confusión, encontraba un lugar para sí mismo, un espacio donde podía ser testigo del milagro de la vida en todas sus formas y colores.

A medida que pasaban los días, el fraile se involucró en las actividades de la comunidad, ofreciendo sermones y brindando apoyo a quienes lo necesitaban. Su presencia calmada y reconfortante dejó una huella en aquellos que lo conocieron, y su partida de Toledo se convirtió en el inicio de una nueva etapa en su vida religiosa y personal. El fraile encontró consuelo en su fe y en el servicio a los demás. Con cada paso que daba en Madrid, se acercaba un poco más a encontrar la paz interior que tanto anhelaba.

Habían transcurrido varios meses desde su llegada a España cuando Tirso partió hacia Segovia una mañana de noviembre del año 1618 para impartir clases de Teología en el convento mercedario. Partió en las primeras horas, cuando al despertar de un sueño intranquilo escuchaba los sonidos de las campanas de su convento mercedario de los Remedios que se confundían con el repique de las campanas de las iglesias cercanas. Diecinueve leguas le quedaban por recorrer en su viaje hacia Segovia. Se encontró con frondosos bosques con sus infinitos y verdes árboles, amenazando riesgos al que los halla y evidencias al que los descubra. En estos años, Tirso se convirtió en un perpetuo trajinador de los caminos. Pero, en su viaje, también pasó por valles llenos de ríos y lagos, sentándose a descansar con gran frecuencia en los juncos, al discurso de los arroyos. Sendas que seguían el curso de los arroyos que cruzaban los valles.

Cerca de Cercedilla, en el puerto de La Fuentefría, comenzó a anochecer, y la luz del crepúsculo daba al paraje entonaciones anacoréticas. Descansó una noche en una venta. Tenía los frisos azules y amarillos la fachada, ya borrosos por la abundante lluvia que había caído. Empezaban a caer gruesas gotas de lluvia.

A la mañana siguiente, se levantó muy temprano para continuar su camino. Ya se habían retirado las nubes borrascosas, aunque a Tirso esa tristeza monótona del tiempo gris no le molestaba. A lo lejos se columbraba la sierra de Guadarrama. La niebla se iba desgarrando entre los árboles. De hora en hora cambiaba la coloración del paisaje, contrastes de luz y de sombra.

Por la tarde, Tirso llegó a su destino. La tarde iba ya decaída, y era necesario dejar aquellos sitios, consagrados y santificados por el recuerdo. Atrás quedó la espesa vegetación para adentrarse en Segovia por las callejuelas empinadas y tortuosas, casas de recios sillares, nobles y antiguas. Ya, en la cruz de entrada, pudo descubrir una ciudad medieval con un pasado romano que encerraba en su viejo cascarón la actividad febril de una ciudad renacentista y un conglomerado de edificios que se extendían delante del Alcázar. Iglesias, conventos y ermitas pobladas de Santos y de Vírgenes en sus capillas, todo un mundo religioso se iba a encontrar Tirso en Segovia. Sus ojos y el alma buena de Tirso contemplaron durante días aquellos lugares, y acaso con inefable arrobó en crepúsculos estivales.

El centro comercial se encontraba en las calles de las Pescaderías y de la Correonería. A Tirso le llamó poderosamente la atención los numerosos mesones que había en la ciudad, con sus rótulos que pendían ante las puertas. Cuando la mirada acaba de contemplarlos, se detiene en el impresionante acueducto romano, construido en el siglo II d. C. No pudo resistir la tentación de conocer esa impresionante obra de ingeniería romana de la que tanto había oído hablar en Madrid. Una obra que servía para conducir las aguas del manantial de la Fuenfría, situado en la sierra cercana a 17 kilómetros de la ciudad, en un paraje denominado “La Acebeda”. Recorre más de 15 kilómetros antes de llegar a la ciudad. Quedó admirado por su construcción con sillares de granito asentados sin argamasa entre ellos.

Pasaron varios minutos, al final de una calle ancha, fangosa, con viejos y ceñudos edificios, llegó a su destino. En el convento de Nuestra Señora de la Merced se sentía una profunda soledad, quietud de un dormir indefinido. Allí iba a residir Tirso de Molina un año y tres meses. Este cenobio había sido fundado en la segunda mitad del siglo XIV, cuando el obispo de Segovia Martín de Cande aprobó la fundación de esta comunidad, destinada a la redención de cautivos, en 1365.

En el convento de Madrid, el fraile fue recibido con los brazos abiertos por la comunidad religiosa. Su reputación

como hombre de fe y sabiduría había llegado antes que él, y los hermanos del convento estaban ansiosos por recibir sus enseñanzas y compartir su compañía. Allí, en el convento de Segovia, recordaría, con gran tristeza emparejada siempre a todos los recuerdos, los felices días de su niñez lejana, de su hogar en la ilustre villa de Madrid. Y con gran amor hablaría a sus hermanos de su familia, el cristiano y honrado padre fallecido, y de su santa madre. Recordaría aquellos dulces e inocentes juegos infantiles, y la felicidad suprema de que entonces gozaba al verse todos juntos en el pobre nido.

El convento de la Merced había surgido gracias a las donaciones de la noble segoviana doña Elvira Martínez, ilustre segoviana, casada en Guadalajara con don Fernán Rodríguez Pecha, camarero mayor del rey don Alonso, con el que tuvo dos hijos: don Pedro Fernández Pecha, primer fundador de la orden de los Jerónimos en España, y don Alonso Fernández Pecha, que llegó a obispo de Jaén. En 1367 es cuando se produce la donación fundacional con frailes de Guadalajara. El convento de la Merced en Segovia recibiría otra importante cesión en 1412, cuando el rey don Juan I concedió a los frailes mercedarios la Sinagoga Vieja judía, a cambio de unos solares, a la espalda de su convento.

Una de las actividades principales de los religiosos de este convento fue la actividad docente y ahí es donde destacó Tirso de Molina. El convento de la Merced de Segovia era el colegio de pasantía de la provincia de Castilla, en él se admitían únicamente doctores, es decir, personas que ya hubiesen terminado la carrera. Recibía a alumnos de habían concluido sus estudios en Salamanca y Alcalá, pero tras la ocupación francesa esta actividad casi desaparece por la falta de religiosos. Durante el siglo XVII fue una comunidad religiosa muy destacada. Allí le conocieron a Tirso como padre “definidor”. En aquella tanda de ejercicios y clases de Teología sumamente heterogénea en una ciudad presidida por el icónico acueducto romano, pasó Tirso más de un año.

Tirso comenzó a impartir clases y predicar la fe tanto a los miembros del convento como a aquellos que acudían en busca

de orientación espiritual. Aceptando con humildad y gratitud, el fraile se entregó a su nueva tarea con devoción y entusiasmo. Compartió sus conocimientos sobre las Escrituras y la tradición religiosa, inspirando a sus alumnos con sus palabras y su ejemplo de vida. Sus sermones en la capilla resonaban con la profundidad de su fe y la pasión de su compromiso con Dios.

Además de impartir clases, el fraile se convirtió en un guía espiritual para muchos, dentro y fuera del convento. Su puerta siempre estaba abierta para aquellos que buscaban consejo o consuelo, y su presencia serena y compasiva brindaba esperanza y fortaleza a quienes lo necesitaban. Su dedicación a la enseñanza y su ejemplo de vida piadosa dejaron una marca indeleble en aquellos que tuvieron el privilegio de conocerlo y aprender de él.

Una noche estrellada del mes de mayo de 1619, salió Tirso a pasear por aquellas callejuelas de Segovia. Escuchó pasos sonoros que le seguían. Era un joven que llevaba un sombrero blando, se trataba de Francisco Dávila que estaba estudiando Filosofía en Segovia. Dos figuras emergen de la penumbra de la historia, tejidas por el destino en un lazo de amistad y creatividad: Tirso de Molina y Francisco Dávila. La trama de sus vidas se entrelaza en las callejuelas empedradas de Segovia, bajo el zumbido perpetuo de los mercados y el susurro de las intrigas cortesanas.

Era una época en la que el espíritu de Tirso ardía con el fervor de la fe y la pasión por el teatro. Algunas de sus obras habían sido representadas, y sus versos comenzaban a resonar en los círculos literarios. Francisco Dávila, un noble de mirada aguda y porte distinguido, era conocido por su generosidad y amor por las artes.

Francisco Dávila, más conocido por su título de Conde de Puñonrostro, no tardó en reconocer el talento innato de Tirso. Admiraba la forma en que el fraile transformaba las palabras en vívidas imágenes y complejas emociones. Dávila, aunque miembro de la nobleza, se sentía más atraído por el intelecto y la creatividad que por las rígidas ceremonias de la corte.

Encontró en Tirso un alma gemela, un espíritu libre con quien compartir sus sueños y debates sobre la condición humana, la moral y el arte.

Sus encuentros eran frecuentes, ya sea en la tranquila celda del convento de la Merced, donde Tirso residía, o en la vasta biblioteca de la residencia de Dávila. Allí, entre estantes repletos de manuscritos y pergaminos, discutían apasionadamente sobre el papel del teatro en la sociedad. Tirso veía en el drama una herramienta para moralizar y educar al pueblo, mientras que Dávila disfrutaba del entretenimiento y la profundidad filosófica que el teatro ofrecía.

Juntos, presenciaron el florecimiento del teatro español. Dávila se convirtió en su mecenas y protector, asegurando que las obras del fraile mercedario encontrarán un lugar en los más prestigiosos escenarios. Su amistad permitió a Tirso tener la libertad creativa necesaria para explorar temas atrevidos y controversiales, como la hipocresía religiosa y la injusticia social, siempre bajo la sombra protectora de Dávila.

La relación entre Tirso y Dávila no solo fue de mutua admiración profesional, sino también de profundo respeto personal. Compartieron confidencias y apoyos en momentos difíciles. Cuando Tirso enfrentó la censura de sus obras por parte de la Inquisición, fue Dávila quien utilizó su influencia para defender a su amigo, argumentando que las intenciones de Tirso eran moralizantes y no heréticas.

Los meses pasaron, y mientras España seguía su curso, la amistad entre el fraile dramaturgo y el noble protector se fortalecía. Tirso continuó escribiendo, dejando un legado inmortal, mientras que Dávila, a pesar de sus propias responsabilidades y obligaciones, siempre encontró tiempo para apoyar y disfrutar de la compañía de su amigo.

Tras la muerte de su madre, el 20 de febrero de 1620, Tirso regresó a Madrid. A pesar de su vida dedicada a la fe y su consuelo en la comunidad del convento, el lazo con su madre era profundo y especial, una conexión que trascendía la distancia y el tiempo. Su madre recibió cristiana sepultura en la Magdalena de Madrid. Una santa anciana que comulgaba diariamente. Su vida se deslizaba entre la misa y los rezos diarios.

La noticia de su fallecimiento lo dejó aturrido y abrumado por una tristeza abrumadora. Aunque había esperado este momento inevitable, nada podía prepararlo para la realidad de su pérdida. Recordó los momentos compartidos, las risas y las lágrimas, las enseñanzas y el amor incondicional que su madre le había brindado a lo largo de los años. El fraile buscó refugio en sus escritos y en la fe, encontrando consuelo en la creencia de que su madre había encontrado paz en la presencia de Dios. Oró por su alma y por su propio corazón afligido, pidiendo fuerzas para sobrellevar su partida y encontrar consuelo en los recuerdos compartidos. A partir de entonces y hasta 1625, transcurrió su etapa madrileña entre creaciones dramática y relaciones literarias. Solicitó y obtuvo de su Orden el título de “presentado”, por lo que Lope de Vega le dedicó *Lo fingido verdadero* y elogió su “fertilísimo ingenio”. El desencanto de los ideales humanistas, la percepción de la vida como una ilusión, la apelación a la religión, todo esto lo utilizó el monje Tirso de Molina en sus obras, siguiendo la tradición del teatro renacentista de Lope de Vega.

Tirso vendía sus comedias a los comediantes, con los que mantenía un ineludible trato, el que se requería para la representación de las obras. Para Tirso la comedia se configura como un espectáculo global capaz de atraer y seducir a todos y cada uno de los espectadores de los corrales. La tarea del escritor de comedias será, pues, la entretener, divertir, provocar la admiración de ese público heterogéneo y exigente que asistía a las representaciones teatrales. Para lograr su propósito se sirvió de una amplia gama de recursos dramáticos y de una variada temática, que va desde los elementos populares hasta los cortesanos, que mezcló en buena armonía en su producción teatral.

El aposento de Tirso tenía una media cama de nogal, y sobre ella cuatro colchones y cuatro almohadas, colchas y cobertores. Austero mobiliario y un armario repleto de libros, entre los que se podían encontrar *Las Vidas de Plutarco*, un *Lexicon*, *Relazione Universale*, de Juan Botero; y su predilección por la

lectura de la poesía: Homero, la Biblia, las obras de San Basilio y San Crisóstomo. Así como varios libros moralizantes: *Oraciones Éticas*, de San Basilio; *La Moral*, de Plutarco; *La Política y la Física*, de Aristóteles.

Durante su estancia en Toledo, El Greco le había hablado de un buen amigo que residía en Madrid, fray Hortensio Félix Paravicino y Arteaga, un fraile de la orden de la Santísima Trinidad y con el que tendría una excelente relación por su amor a la poesía.

Había estudiado gramática, retórica y letras en el colegio de los jesuitas de Ocaña. Realizó los estudios superiores en Alcalá de Henares y después se trasladó a Salamanca para estudiar Cánones. Una muestra de su ingenio y agudeza es que a los 17 años ya defendió las *Conclusiones públicas*. Desde 1606 fray Hortensio era ya Definidor Provincial, y desde entonces vivía en la Casa de la Trinidad de Madrid, adonde se había desplazado desde Salamanca.

Allí le conoció Tirso y tuvo conocimiento de las principales piezas cuaresmales que compuso el fraile trinitario, pero también hay oraciones fúnebres y sermones de santos. Destacan los de *San Francisco Javier*, el del *Niño perdido*, el de *La soledad de la Virgen*, el de *Santa Isabel de Portugal*, el de *Santa Teresa*, etc. dos frailes cuyas almas estaban imbuidas de poesía y devoción. Hortensio Félix, un hombre de estatura modesta pero con ojos que parecían contener el universo en su mirada, pero con una voz que podría embelesar a los ángeles mismos. Ambos compartían una pasión inquebrantable por las palabras, y fue esta pasión la que los llevó a encontrarse en un destino común.

Hortensio, desde su más tierna infancia, había encontrado consuelo y alegría en las letras. Creció entre libros y pergaminos, alimentando su mente con las historias y los versos de los grandes poetas de tiempos pasados. Tirso, por otro lado, descubrió su amor por la poesía en la quietud de la naturaleza, donde las palabras fluían como ríos cristalinos de su corazón hacia su pluma. Se sentaba delante del papel luchando con la

dificultad de concentrarse y sintiendo que algo le martirizaba, luchando por liberarse de alguna forma. En medio del torbellino de emociones que lo aturdí, el fraile encontró refugio en la poesía. Las palabras se convirtieron en su escape, en el medio a través del cual podía expresar y procesar el tumulto de sentimientos que lo invadía.

En las noches tranquilas del convento, se sentaba frente a su escritorio con pluma y papel en mano, dejando que las palabras fluyeran libremente. En cada verso, vertía su dolor, su amor y su esperanza, creando obras de belleza y profundidad que reflejaban las complejidades de su alma.

La poesía se convirtió en su compañera silenciosa, en su confidente más fiel. A través de ella, pudo dar voz a sus pensamientos más íntimos y encontrar consuelo en la creación artística. Cada poema era un acto de catarsis, una forma de sanar las heridas del corazón y encontrar sentido en medio de la pérdida y el sufrimiento.

El destino quiso que Hortensio Félix Paravicino también residiera en Madrid, donde rápidamente sus almas afines se encontraron. Tirso, con su sensibilidad y sutileza, encontró en Hortensio un contrapunto perfecto, cuya fuerza y pasión equilibraban su propio temperamento. Juntos, compartieron no solo la vida monástica, sino también la búsqueda constante de la belleza en las palabras. Entre cantos y oraciones, ambos compartían versos y reflexiones, tejiendo una complicidad que trascendía los muros de sus conventos. Sus conversaciones se convirtieron en un refugio donde las palabras cobraban vida, danzando en el aire como mariposas de colores. La rigidez de las reglas monásticas a menudo los obligaba a ocultar su pasión por la poesía, temerosos de la desaprobación de sus superiores. Sin embargo, en la intimidad de sus celdas, continuaron alimentando el fuego de su creatividad, escribiendo versos clandestinos que expresaban los más profundos anhelos de sus corazones.

Y así, entre versos y plegarias, los dos frailes poetas forjaron una amistad que trascendió los límites de lo mundano, convirtiéndose en una fuente de inspiración y consuelo mutuo en su búsqueda eterna de la belleza y la verdad.

A medida que escribía, Tirso de Molina descubría una nueva dimensión de sí mismo, una profundidad de sentimiento y una claridad de pensamiento que solo la poesía podía ofrecer. Sus versos resonaban con una honestidad cruda y una belleza conmovedora, tocando el corazón de quienes los leían y encontrando eco en las almas de aquellos que compartían su dolor. A través de la poesía, el fraile encontró la salida de su laberinto emocional, transformando el dolor en arte y la tristeza en belleza. En cada palabra escrita, encontraba un rayo de luz que lo guiaba a través de la oscuridad, recordándole que, incluso en los momentos más oscuros, el poder de la creatividad y la expresión puede traer consuelo y esperanza. Ardía en deseos de encerrarse en su celda. La pluma corría por el papel como una máquina de precisión incansable.

En estos momentos de su vida, llegó a componer y a publicar varias comedias: *La celosa de sí misma* (1620), dedicada a doña Leonor de Pimentel; *La villana de Vallecas* (1620) y *Celos con celos se curan* (1621). En esta última comedia, nos presenta una historia en la que los celos juegan un papel central en el desarrollo de la trama. Aunque no hay una dedicatoria específica conocida para esta obra, es importante destacar que la misma explora las complicaciones y enredos amorosos causados por los celos, utilizando el humor y la ironía característicos del autor.

La trama de *Celos con celos se curan* sigue a varios personajes que se ven atrapados en una red de malentendidos y sospechas, donde los celos son tanto el problema como la solución. Tirso de Molina emplea su maestría para mostrar cómo los celos pueden llevar a situaciones absurdas y cómicas, pero también cómo, a veces, los celos pueden ser curados mediante una dosis de sus propios efectos.

La obra refleja la habilidad de Tirso para combinar la comedia con una aguda observación de la naturaleza humana, un rasgo que le permitió crear personajes y situaciones que resonaban con su público. Aunque las dedicatorias específicas para algunas obras no siempre han sido preservadas o docu-

mentadas, el talento de Tirso para capturar las complejidades del amor y los celos sigue siendo evidente en sus comedias, incluyendo *Celos con celos se curan*.

Utilizaba sus comedias para explorar temas como los celos, el honor y las complejidades de las relaciones humanas, todo ello enmarcado en un estilo humorístico y dinámico que caracterizaba sus obras.

La celosa de sí misma es un ejemplo representativo de su habilidad para combinar la sátira con la aguda observación de la naturaleza humana, y la dedicación a una figura noble de la época subraya la importancia social y cultural que tenían sus obras. Mientras que en *La villana de Vallecas*, el autor explora temas de honor, amor y la diferencia de clases sociales a través de una trama ingeniosa y entretenida. La historia gira en torno a Inés, una joven y humilde villana de Vallecas, quien, a través de su ingenio y valentía, logra superar los obstáculos impuestos por su origen humilde.

En la dedicación de *La villana de Vallecas*, Tirso se dirige a doña Ana de Mendoza, Marquesa de Velada, a quien le dedica la obra. Esta dedicatoria refleja la práctica común de la época de ofrecer obras literarias a personajes nobles y de alto rango, tanto como un gesto de respeto como una estrategia para ganar el mecenazgo y el favor de las élites sociales. En sus palabras de dedicación, Tirso alaba las virtudes y el linaje de doña Ana de Mendoza, estableciendo un vínculo entre la nobleza de su patrocinadora y las cualidades heroicas y virtuosas que se encuentran en sus personajes, independientemente de su origen social.

Mientras tanto, en el devenir histórico de España, el 31 de marzo de 1621, el joven Felipe, de diez y seis años, sucedía en el trono a su padre Felipe III. El pueblo celebró su advenimiento con regocijo, sin otra causa ni razón y sin saber de él otra cosa sino que queda otro monarca del que antes tenía; pues como dice un ingenioso escritor de aquellos días, “ninguna cosa despierta tanto el bullicio del pueblo como la novedad, y la mejor fiesta que hace la fortuna y con que entretiene a los vasallos es remudarlos el dominio”.

Mientras tanto, Tirso de Molina convivió en el convento de Madrid con el fraile conquense Alonso Remón y otros ilustres escritores de la Merced. Con fray Alonso Remón compartía pasión por la prosa, la comedia histórica y los tratados morales y costumbristas. Participó en el gobierno de su Orden a la vez de proseguir su creación literaria (*Privar contra su gusto*) y de representarse obras suyas como *Cautela contra cautela*, *San Bruno*, *La milagrosa elección de Pío V*, *La romera de Santiago*, *Por el sótano y el torno* y *La fingida Arcadia*.

En 1621 escribe una de sus comedias más célebres en prosa: *Los cigarrales de Toledo*, aunque no se llegaría a estrenar hasta el año 1637. La comedia presenta una serie de enredos y malentendidos que giran en torno a los personajes principales. Tirso de Molina utiliza situaciones cómicas y confusiones para crear una narrativa entretenida y mantener el interés del público. Los personajes se ven envueltos en una red de engaños y equívocos, que se resuelven de manera ingeniosa al final de la obra.

A través de la trama y los personajes, Tirso ofrece una crítica a las normas y convenciones sociales de su tiempo. La obra explora temas como el honor, la vanidad y la moralidad, revelando las tensiones y contradicciones dentro de la sociedad española del Siglo de Oro.

Los cigarrales es el título de la obra hace referencia a los cigarrales, que eran jardines o propiedades de recreo en las afueras de Toledo. Estos espacios eran frecuentados por la nobleza y la alta sociedad para escapar de las tensiones de la vida urbana. El contexto de los cigarrales proporciona un escenario pintoresco y elegante para las intrigas y los enredos que se desarrollan en la obra. Los personajes de la comedia utilizan su ingenio y astucia para navegar por las complicaciones y alcanzar sus objetivos. Tirso de Molina destaca la importancia del ingenio en la resolución de conflictos y la superación de obstáculos, mostrando cómo los personajes emplean estrategias inteligentes para manejar sus situaciones.

Al igual que en muchas de sus comedias, Tirso de Molina explora el tema del amor y las relaciones románticas. La obra

presenta diferentes formas de amor, desde el romántico hasta el interesado, y examina cómo estos afectan las acciones y decisiones de los personajes.

Tirso emplea un estilo humorístico y dinámico para mantener el entretenimiento y la diversión a lo largo de la obra. La comedia está llena de situaciones cómicas, diálogos ingeniosos y personajes caricaturescos que enriquecen la narrativa y la hacen accesible al público. La trama gira en torno a las intrigas y enredos que ocurren en los cigarrales de Toledo, donde se encuentran varios personajes que buscan alcanzar sus objetivos personales. A medida que la historia avanza, los personajes se ven envueltos en una serie de malentendidos y engaños, que finalmente se resuelven de manera cómica y satisfactoria. Es una comedia de enredos que explora temas sociales y amorosos a través de situaciones cómicas y personajes ingeniosos. La obra ofrece una crítica a las convenciones sociales de su tiempo y presenta un entretenimiento dinámico y humorístico en el contexto de los elegantes cigarrales toledanos.

Una mañana, cuando salía del convento, Tirso se encontró con una gran comitiva de 60 alguaciles de corte, pregoneros y campanillas, un hombre montado una mula, vestido con un capuz y una caperuza de mayoría negra, el cabello largo, cuello escalonado, en las manos un crucifijo al que miraba. Tirso se fijó en aquel personaje. Era el jueves 21 de octubre de 1621, cuando marchaba por las calles de Madrid don Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, conde de la Oliva, camino del suplicio. Fue uno de los sucesos más ruidosos que señalaron el principio del reinado de Felipe IV. Este hombre era muy poderoso. Según decía el pregón, *que manda hacer el rey Nuestro Señor a este hombre, porque mató a otro alevosa y clandestinamente, y por otra muerte y otros delitos que del proceso resultan, por lo cual le mandó degollar, quien tal hizo que tal pague.* El pueblo a quien tanto se había hablado y aterrado, indicándole con enormes y atroces los delitos de don Rodrigo Calderón, al oír los términos del pregón, y considerando los crímenes porque se le condenaba, pequeños en comparación de los que

se le habían atribuido, se compareció de hizo tales demostraciones de mirar aquella sentencia como cruel y tiránica, que si sus ruegos valieran, don Rodrigo no fuera ya ajusticiado. Se olvidó la antigua soberbia del hombre y sólo se veía el infortunio; el odio se convirtió en piedad, y en el suplicio no miraba la pena del reo, sino la envidia y venganza del acusador

Tirso de Molina estuvo presente muy cerca del patíbulo. Se sentó con cierta majestad en el fatal banquillo, hecho sobre el respaldo una parte del capuz, volvió reposadamente el rostro al público, dijo que la ataron de pies y manos, inclinó su cabeza a la del verdugo, como para darle el ósculo de paz, el ejecutor de la justicia le puso delante de los ojos un tafetán negro, levantó don Rodrigo Calderón la cabeza, pronunció una breve oración como frente del filme, y un instante después en la cabeza que antes había sido objeto de envidias, de murmuraciones y de odios, lo fue ya sólo de lástima y de respeto del pueblo. Murió con brío, con gala, de donde vino un refrán castellano que circuló por las calles de Madrid: *“Andar más honrado que don Rodrigo en la horca”*. Fue llevado a enterrar al claustro de las Carmelitas, sin que nadie le acompañara. Lloraron y elogiaron su muerte los mismos que en vida le habían zaherido.

Allí comprendió Tirso la estrategia que el conde Olivares estaba llevando a cabo, ir haciendo desaparecer con la muerte, la presión o el destierro, todos los personajes que eran sus enemigos.

En 1622, Tirso de Molina participó en el certamen poético con motivo de la canonización de San Isidro. La capital del imperio español vibraba con una efervescencia cultural y religiosa sin precedentes. Las estrechas calles de la ciudad, custodiadas por imponentes edificios de piedra, eran testigos de fervorosos debates, ingeniosas tertulias y grandiosas celebraciones. Fue en este ambiente que se anunció un evento sin igual: un certamen poético con motivo de la canonización de San Isidro, el patrón de los labradores, cuyo nombre resonaba con fuerza entre el pueblo madrileño.

Entre los ilustres participantes del certamen, se encontraba el brillante dramaturgo y poeta Tirso de Molina. Con su sotana

de fraile mercedario y su porte sereno, Tirso destacaba no solo por su ingenio y talento, sino también por su inquebrantable devoción y amor por las letras.

El certamen tuvo lugar en la majestuosa iglesia de San Andrés, donde la atmósfera se llenaba de un aire solemne y expectante. Los muros del templo, adornados con delicados tapices y flores frescas, parecían susurrar las glorias de los santos y las plegarias de los fieles. Las bancas se encontraban repletas de nobles, eclesiásticos y ciudadanos deseosos de escuchar los versos que ensalzarían la vida y los milagros de San Isidro.

Cuando fue el turno de Tirso de Molina, un murmullo de anticipación recorrió la nave central. Con paso decidido, subió al púlpito y, tras un breve instante de recogimiento, comenzó a recitar su composición. Su voz, clara y firme, llenó el espacio con una poesía que entrelazaba la sencillez de la vida campesina con la profundidad de la fe cristiana. Los versos de Tirso no solo narraban los milagros de San Isidro, sino que también capturaban la esencia de la devoción popular, reflejando el amor y la esperanza del pueblo madrileño.

A medida que avanzaba en su recitación, la audiencia se dejaba envolver por las imágenes vívidas y el ritmo armonioso de sus palabras. Los corazones se inflamaban de admiración y gratitud hacia el santo, y los ojos se humedecían ante la belleza de la poesía. Al finalizar, un fervoroso aplauso resonó en la iglesia, como un trueno de aprobación y reverencia.

Tirso de Molina, con una modesta inclinación de cabeza, agradeció el reconocimiento y se retiró, dejando tras de sí una estela de inspiración y devoción. Aquel certamen poético no solo honró a San Isidro, sino que también consolidó la reputación de Tirso como uno de los más grandes poetas de su tiempo, un verdadero maestro de las letras que supo capturar en sus versos el alma y el espíritu de su nación.

Así, en los anales de la historia, quedó registrado aquel día memorable, cuando la poesía y la fe se entrelazaron en un homenaje sublime, elevando a San Isidro al altar de los santos y a Tirso de Molina al Olimpo de los poetas.

Llevaba años en el convento cuando le llegó una triste noticia. Su amigo, fray Domingo de Ávila estaba agonizando en el convento mercedario de Toledo. Junto con fray Remón marcharon prestos a Toledo. Ambos querían despedirse de su amigo. Cuando llegaron a la celda le vieron postrado en la cama, moribundo. Tirso le levantó uno de los párpados, hundidos en cuencas plomizas y observó aquella pupila vidriosa, que no veía.

Colocando el vaso de los santos óleos sobre una mesita donde había una vela encendida y un crucifijo, recitó con solemnidad las oraciones que preceden a la Extremaunción, sacramento con que la Madre Iglesia despide a sus moribundos, y los fortifica para el viaje eterno. Le ungió con el aceite bendito, símbolo de la incorruptibilidad celestial.

El fraile moribundo hundió aún más el rostro en las almohadas. Tirso puso su mano izquierda sobre la frente de su amigo y la otra mano en el corazón, los latidos parecían resonar cada vez más sordos, más profundos.....

Los presentes rodearon el lecho. Aquella tarde del mes de marzo de 1624 fallecía fray Domingo de Ávila en el convento mercedario de Toledo junto a sus frailes y amigos Remón y Tirso de Molina. El mismo que le había acompañado por primera vez hacía veinte años a ese mismo convento toledano. A los pocos días, terminó de escribir su comedia religiosa y filosófica *Quien no cae, no se levanta*, en la que busca transmitir que los errores y los fracasos son inevitables y necesarios para el crecimiento y la redención. A través de una crítica social y una exploración de la naturaleza humana, utiliza la comedia para ofrecer una reflexión profunda sobre la importancia de la experiencia, el perdón y la comprensión en el desarrollo personal y las relaciones humanas.

Tirso utiliza una combinación de humor, enredos y crítica social para explorar diversos temas relacionados con la condición humana, la moralidad y las convenciones sociales de su época. El título de la obra sugiere que cometer errores es una parte esencial del aprendizaje y el crecimiento personal.

Tirso destaca la idea de que sólo a través de la experiencia del fracaso y el error, las personas pueden aprender, mejorar y alcanzar una verdadera comprensión de sí mismas y del mundo que las rodea.

Tirso retrata a sus personajes como seres imperfectos que, a pesar de sus defectos y errores, tienen la capacidad de redimirse. Esto refleja una visión humanista en la que la imperfección y la falibilidad son aceptadas como características intrínsecas de la naturaleza humana. Como en muchas de sus otras obras, Tirso de Molina utiliza la comedia para criticar las normas y convenciones sociales de su tiempo. A través de situaciones cómicas y personajes que a menudo se encuentran en situaciones comprometedoras, pone de relieve la rigidez y la hipocresía de las normas sociales que a menudo impiden la autenticidad y el crecimiento personal.

La obra enfatiza la importancia del perdón y la comprensión en las relaciones humanas. Los personajes que cometen errores son capaces de buscar el perdón y, a su vez, son perdonados por otros, lo que permite la restauración de las relaciones y el crecimiento personal. A través del humor y el enredo, Tirso invita a su audiencia a reflexionar sobre sus propias vidas y acciones. La risa generada por las situaciones cómicas y los malentendidos no sólo entretiene, sino que también lleva a una consideración más profunda de los temas tratados en la obra.

Pasaron los días, cuando le llegó la triste noticia de la violenta muerte de su amigo Baltasar Elisio, que murió asesinado por Jerónimo de Andrada y Rivadeneira, señor de Olías, quien era amigo de Medinilla, pero, indispuerto don Jerónimo con una hermana suya que le había arrebatado el mayorazgo, y queriendo asesinarla, se interpuso Medinilla para evitar que la acuchillara, con el resultado de que fue asesinado él en lugar de la dama, noble comportamiento que cuadra con la figura del poeta toledano.

Contrario a sus hermanos frailes, Tirso no proclamaba los males del pecado ni el rigor de los tormentos eternos. Sus sermones quedaban muy lejos del tipo de religiosidad emocional que marcaría con honda huella la sociedad hispana.

Pasaron los días. Una mañana del 17 de abril de 1624 le llegó a Tirso la noticia del fallecimiento de Mariana de Jesús, a sus cincuenta y nueve años, en el convento mercedario de Santa Bárbara de la capital madrileña, a consecuencia de una afección pulmonar.

Entre los años 1623 y 1625 escribió tres comedias, *Por el sótano y el torno* (1623), *Los balcones de Madrid* (1624) y *Amar por razón de estado* (1625). En ellas, Tirso de Molina aborda varios temas y motivos típicos de su dramaturgia, tales como el amor, el honor, los enredos y las astucias necesarias para superar obstáculos sociales y morales. A través de estas obras, Tirso pretende poner en claro varios aspectos, tales como la crítica social y moral. Tirso utiliza la trama para criticar ciertos aspectos de la sociedad de su tiempo, especialmente la rigidez de las normas sociales y morales que muchas veces conducen a situaciones absurdas o injustas. La obra muestra cómo las barreras sociales pueden ser superadas mediante el ingenio y la determinación.

Uno de los temas recurrentes en las obras de Tirso es la inteligencia y la astucia de sus personajes femeninos. En *Por el sótano y el torno*, las protagonistas recurren a estratagemas ingeniosas para lograr sus objetivos, subrayando la capacidad de las mujeres para manejar situaciones difíciles y superar las restricciones impuestas por una sociedad patriarcal. La obra explora el uso de disfraces, engaños y malentendidos, un recurso común en las comedias del Siglo de Oro. Tirso pone en claro cómo los personajes emplean estos medios para enfrentar y resolver los conflictos a los que se enfrentan, revelando así las diversas facetas de la condición humana.

Al igual que en muchas de sus otras obras, Tirso analiza los conceptos de amor y honor, mostrando cómo estos pueden estar en conflicto o armonía dependiendo de las circunstancias. A través de la resolución de los enredos amorosos, Tirso sugiere que el verdadero amor y el honor pueden prevalecer sobre las convenciones sociales. El título *Por el sótano y el torno* hace referencia a los métodos empleados para sortear

las restricciones de los conventos, una institución que desempeña un papel importante en la sociedad española de la época. Tirso explora la interacción entre el amor romántico y las barreras impuestas por la vida religiosa, a menudo mostrando la tensión entre los deseos personales y las expectativas religiosas. A través de *Por el sótano y el torno*, pone en claro la capacidad humana para adaptarse y superar los obstáculos mediante el ingenio y la determinación, mientras critica y satiriza las normas sociales y morales de su tiempo.

Mientras que en la comedia *Amar por razón de estado*, aborda una serie de temas complejos y críticos, que reflejan su aguda observación de la sociedad y la política de su tiempo. A través de esta obra, Tirso pretende poner en claro varios aspectos fundamentales, como el conflicto entre amor y deber político. La obra se centra en la tensión entre los sentimientos personales y las obligaciones políticas. Tirso explora cómo los personajes se ven obligados a tomar decisiones difíciles cuando sus intereses amorosos entran en conflicto con las necesidades del Estado. Esta dicotomía pone de relieve la difícil situación de aquellos que deben equilibrar sus deseos personales con su responsabilidad pública.

Tirso critica la práctica común de las alianzas matrimoniales por razones de estado, donde el amor verdadero a menudo es sacrificado en aras de beneficios políticos o sociales. A través de sus personajes y sus dilemas, Tirso pone en claro las consecuencias emocionales y morales de tales matrimonios, destacando la falta de autenticidad y el sufrimiento que pueden conllevar. La obra también examina cómo los individuos en posiciones de poder manipulan las emociones y relaciones personales de otros para lograr objetivos políticos. Tirso de Molina muestra cómo la política puede corromper y distorsionar las relaciones humanas, llevando a decisiones y acciones que pueden ser perjudiciales tanto para los individuos como para la sociedad en general.

A pesar de las presiones y manipulaciones políticas, Tirso subraya la importancia y el valor del amor verdadero. A través

de los conflictos y las resoluciones de la trama, Tirso sugiere que el amor genuino debe ser protegido y valorado, incluso en un mundo dominado por intereses políticos y sociales.

Amar por razón de estado ofrece una reflexión sobre la naturaleza del poder y su impacto en las relaciones humanas. Tirso de Molina muestra cómo el poder puede ser utilizado tanto para el bien como para el mal, y cómo aquellos que lo detentan tienen una responsabilidad moral hacia los demás. Tirso pone en claro la compleja intersección entre el amor y la política, criticando las prácticas que subordinan los sentimientos personales a las necesidades del Estado y explorando las consecuencias emocionales y morales de tales decisiones. La obra es una crítica a las alianzas matrimoniales por conveniencia y una defensa del amor verdadero en un contexto dominado por la manipulación y el poder político.

En Madrid, aparecieron las cinco *Partes* de sus comedias; comedias consideradas “profanas” y que causarían un gran escándalo. Se le denunció porque siendo fraile escribiera teatro y se relacionase con cómicos.

El 6 de marzo de 1625 se reunió una de las Juntas con que el Conde-Duque de Olivares pretendía reformar las costumbres con el siguiente orden del día:

El escándalo que causa un frayle mercenario que se llama el Maestro Téllez, por otro nombre Tirso, con Comedias que hace profanas y de malos incentivos y exemplos. Y por ser caso notorio se acordó que se consulte a S. M. de que el Confessor diga al Nuncio le eche de aquí a uno de los monasterios más remotos de su Religión y le imponga excomunión mayor latae sententiae para que no haga comedias ni otro género de versos profanos. Y esto se haga luego.

La Junta de reformación de costumbres propuso a Felipe IV que por un tiempo se alejase de la Corte y dejara de escribir comedias. El Rey —que admiraba sus obras— dejó a un lado la denuncia, aunque sí pasó Tirso de Molina ese año en Sevilla. Aunque la Junta quería un castigo ejemplar con reclusión en el monasterio de Cuenca por escribir comedias profanas y de malos incentivos y ejemplos, y pidió su destierro y excomunión mayor si reincidiese.

Fue destarrado a Sevilla, donde residió en el Convento de la Merced. En la dedicatoria de la *Tercera parte* alude a esta persecución, que no logró desalentar su vocación poética:

Gusano es su autor de seda: de su misma sustancia ha labrado las numerosas telas con que cuatrocientas y más comedias vistieron por veinte años a sus profesores, sin desnudar, corneja, ajenos asuntos, ni disfrazar pensamientos adoptivos. Tempestades y persecuciones invidiosas procuraron malograr los honestos recreos de sus ocios...

Antes había publicado la “primerísima” parte de sus comedias. Se puede afirmar que publicó cinco partes de éstas, si bien de la segunda, al decir del propio Tirso, “sólo 4 son mías”. Las comedias no estaban muy bien vistas por los reformistas.

Penetró en el mundo fascinante de la picaresca que reinaba en Sevilla. Sus calles eran un rebullir de gentes de vida oscura, pillastres y ladronzuelos que despojaban de su cartera a los incautos en menos tiempo del que se tarda en decirlo. También vivían allí sujetos procedentes de Italia, florentinos y genoveses, atraídos por las riquezas que traían las galeras de Indias, y cuyo centro de operaciones estaba en la calle de Génova, paraíso de ladrones sin escrúpulos. En la plaza de la catedral se montaban tenderetes de madera, donde se vendían frutas, hortalizas, bagatelas.

Allí, viéndolo todo, se encontraba Tirso de Molina, empapándose de aquella picaresca que siempre ha resultado curiosa. Allí observó la miseria humana, los enfermos, los reos de la justicia a quienes la gente vejaba, y junto a las grandes galeras cargadas de oro y plata, los pobres que se morían de hambre en las calles, sin encontrar refugio en los hospitales de la ciudad, por encontrarse llenos.

Pronto regresaría a Madrid.

Tras su retorno a Madrid, continuó paseando por las calles buscando temas para sus comedias y no perdiendo tino de lo que conoció aquellos meses que vivió en Sevilla, lugar de duelos, escaramuzas y batallas. Un escenario ideal para que fuertes brazos ejerciten su valor y su destreza limpiamente.

Tirso siguió escribiendo y no se tomaron medidas mayores contra él al desinflarse las disposiciones moralizadoras del Conde-Duque.

Las riquezas que se acumulaban en la villa madrileña atraían a gran número de mendigos y vagabundos. A la vez suscitaban la caridad y los celos de los ciudadanos. Estos bajos fondos de la villa de Madrid inspiró a los autores de novelas y comedias. De hecho, Tirso recorría con fray Alonso Remón las calles de Madrid ofreciendo alimento a los pobres en una situación social en la España de esta época donde las masas populares vivían en la calle y donde los niños eran víctimas de la picaresca.

La miseria socavaba las bases del imperio español en absoluta decadencia. Tal y como recrearon algunos pintores en sus cuadros y Mateo Alemán en su *Guzmán de Alfarache* (1599—1604): “*Vime con ganas de cenar y sin qué poder llevar a la boca. Salvo agua fresca de una fuente que allí estaba. Entonces eché de ver cuánto se siente más el bien perdido y la gran diferencia que hace del hambriento el harto. No supe qué hacer ni a qué puerto echar. Hallábame entre miedos y esperanzas, el despeñadero a los ojos y a los lobos las espaldas. Anduve vacilando; quise ponello en manos de Dios. Entré en la Iglesia, dice mi oración breve, pero no sé si devota: no me dieron lugar para más por ser hora de cerrarla y hora de recogerse. Cerróse la noche y con ella todas mis imaginaciones; mas no los manantiales del llanto. Quedéme con él dormido sobre un poyo del portal, acá fuera*”.

En el invierno y primavera de 1626 cayó en tanta abundancia el agua y la nieve, que saliendo casi todos los ríos de madre inundaron y estragaron campiñas y poblaciones, derribando casas, y ahogando y arrebatando gentes y ganados. La subida del Tormes llegó a destruir más de quinientas casas y doce Iglesias; y el Guadalquivir, cuya crecida duró cuarenta días, arruinó tres mil casas, y llevó tras sí multitud de ganados y personas; a lo cual siguió el hambre, y las enfermedades ocasionadas por la infección del aire y de las aguas corrompidas de los pantanos.

A estas desgracias hemos de sumar también los frecuentes autos de fe que tenía lugar en Madrid y otras ciudades españolas como en Córdoba o Sevilla. Pero, además de la causa particular inquisitorial a que se vio sometido en Madrid don Rodrigo Calderón, hubo en ese tiempo una causa de Inquisición más ruidosa y célebre, por la clase de personas que como actores y reos fueron en ella comprendidas, por la naturaleza de los delitos, y por el escándalo que durante mucho tiempo produjo en la corte y en toda España. Fue el famoso proceso de las monjas de San Plácido de Madrid.

Era confesor y director de este recién fundado convento de la orden de San Benito, el monje fray Francisco García Calderón, natural de Barcial, en la Tierra de Campos, obispado de León, hombre reputado por docto y santo entre los religiosos de su orden; el cual hacía años dirigía el espíritu de doña Teresa de Silva, primera priora, a la edad de veintiséis años, de aquella comunidad, compuesta de treinta monjas, todas al parecer virtuosas, y que habían procesado por videograbación. Mas luego se observaron en una de ellas tales acciones, gestos y palabras, que fray Francisco la declaró energúmena, y como tal —con el correr de los años— la conjuró el 8 de septiembre de 1628. A los pocos días sucedió lo mismo a otra, a poco tiempo aparece igualmente poseída la priora madre Teresa, y al fin de aquel mismo año se tuvo por endemoniada a veinticinco monjas. Una comunidad de treinta religiosas consagradas a Dios y poseídas casi todas del demonio era un suceso demasiado extraordinario, amas de los casos extraños que se contaban para que dejaran de llamar la atención general y excitar el asombro del público, y producir consultas con los hombres más sabios y respetables. El padre Francisco exorcizaba todos los días el convento, y llegó a tener la custodia interrogativa en la sala de labor de la comunidad. Más no por eso dejan a los malos espíritus de seguir apoderado de las monjas. Había uno que llamaban Peregrino, el cual decían que era el jefe de los otros demonios, el que todos obedecían. Tuvo que tomar mano en el asunto el tribunal de la Inquisición, comenzando por llevar a las cárceles del Santo

Oficial al director, a la priora y a otras monjas, instruyéndose el correspondiente proceso. Fray Alonso había hecho escribir las declaraciones de las monjas a su manera, y aquellas por aturdimiento y por miedo habían firmado cosas muy diferentes de las que habían dicho.

A la madre superiora le llegaron noticias que siendo confesor de una mujer seglar reputada por doncella, no sólo la había solicitado en el acto de la confesión, sino que después y por mucho tiempo había hecho con ella una vida obscena, cuyos pormenores que en la sentencia se expresan, no permite el pudor reproducir; siendo lo más criminal que entretanto aquella mujer comulgaba todos los días, y su confesor la hacía pasar a los ojos del público por Santa. Al morir aquella mujer, el padre Francisco la hizo enterrar honoríficamente, atavíos su cadáver con ropajes era y como otros adornos, dejó el sepulcro un lugar que había de servir para su cuerpo cuando él muriese, y traía la llave del ataúd colgada al cuello. De cuando en cuando visitaba y abría la sepultura, le ponía epitafios latinos en que la llamaba “amada de Dios”, le daba el mismo epíteto en los sermones, exponía su cuerpo a la veneración, repartió sus vestiduras por reliquia, daba algunas de las reliquias a personas nobles como remedio para recobrar la salud y, por último, la expuso al culto público y escribió un libro dedicado a ella. Con esta misma doctrina el tribunal de la Inquisición observó que había ido persuadiendo a las monjas que espiritualmente dirigía a que ejecutaran todo género de liviandades, lo cual, no era perder la gracia, sino tratarse amigablemente como los santos en el cielo. Y como les persuadiría que cuanto más poseídas estuvieron del demonio habían de ser después más estimadas de Dios, blasonaba cada cual de más energúmena con la esperanza de alcanzar más gracia. Éstas y otras muchas no menos absurdas profecías las apoyaba en revelaciones que decía haber tenido la misa y en otros actos de su sagrado ministerio.

Todas estas revelaciones se las confesó la madre Teresa en su convento de San Plácido a nuestro fraile Tirso de Molina,

porque observaba en él una conducta ejemplarmente virtuosa, por ese motivo Tirso la aconsejó a que entablara recurso al Consejo de la Suprema viviendo se dieran nuevamente la causa, a fin de reivindicar, no sólo su honra, sino la de todas las monjas y la de la orden de San Benito.

Lo cierto es que abierto de nuevo el juicio y examinadas con más detención escrupulosidad las pruebas, resultó de esta segunda vista que ni las monjas habían sido tales energúmenas ni alumbradas. Después de muchas informaciones, actuaciones y recursos, recayó sentencia que pronunció don Diego Serrano de Silva, condenado al padre Francisco a reclusión perpetua, privación de celebrar y de ejercer ningún cargo, ayuno forzoso a pan y agua tres días a la semana, y dos disciplinas circulares, una de ellas en el convento que se designaría para la reclusión. Se le habían dado tres tormentos muy crueles. Esta sentencia y las penas que en ellas se impusieron, fueron a no dudar su ambicionas respecto a los enormes delitos de que se acusó y que le fueron robados al director espiritual de las monjas. Durante muchos años el famoso proceso de las monjas de San Plácido de Madrid no pudo dejar de ser el escándalo y la murmuración de la corte y de todo el reino.

Entre estos sucesos, los autos de fe y los espectáculos y las fiestas profanas, a que tan dados eran el rey y su valido, traían alternativamente entretenida y alimentada la curiosidad de la corte, así como los galanteos y las aventuras amorosas del rey y su valido.

El 29 de mayo de 1626 asistió al capítulo general de Guadalajara, siendo elegido Comendador del Convento de Trujillo (Cáceres) para el período 1626—1629. Era el primer cargo oficial que ejercía en la provincia de Castilla.

Iniciaría los preparativos para Trujillo desde Guadalajara, tras un breve descanso de dos días en Madrid. La noche que llegó a Madrid, en el convento mercedario escuchó el sonido del órgano de la iglesia que parecía tocar música celestial. Se encontraba satisfecho con el nuevo cargo, estaba deseoso de marcharse lejos de Madrid al considerar que ese nuevo cargo era más bien un destierro.



Tirso de Molina, de Enrique Orejudo, 1986
(Pl. de Santa Teresa, Salamanca).

5 Trujillo (1626—1630)

El día 2 de junio del año 1626, Tirso de Molina salió de Madrid en una carreta en dirección a Trujillo. En pleno apogeo de su obra, fue objeto de una severa censura por parte de la Junta Reformadora para el teatro, por entender que no parecía bien que un fraile escribiese para el teatro, frecuentaba los corrales de comedias y tenía trato cotidiano con cómicos y representantes. A consecuencia de diversas denuncias, Tirso tuvo que salir de Madrid y abandonar momentáneamente su actividad teatral, aunque siguió escribiendo comedias.

En 1625 anotó el secretario de la Junta de Reformación de las Costumbres, organismo preocupado por las comedias de este religioso, las cuales entendían “profanas y de malos incentivos” y en cuyo atajo requirieron a su confesor para que “diga al Nuncio le eche de aquí”, de Madrid villa y corte, rompeolas teatral de las Españas, enviándolo “a uno de los monasterios más remotos de su religión y le imponga excomuni3n mayor *latae sententiae* para que no haga comedias ni otro ning3n g3nero de versos profanos”.

Adem3s, como sacerdote hab3a alcanzado una envidiable forma por la sensata prudencia y serena discreci3n. Virtudes que le merecieron ser elegido comendador del convento de Trujillo. Tal vez afectado por el episodio de la Junta de Reformaci3n y por las presiones recibidas dentro de la Orden, abandona lentamente la producci3n de comedias y textos profanos.

Aquellos motivos desagradables y molestos que tuvo que sufrir por injurias, no agotaron la fecundidad de su mente serena, culta e inagotable. Los sucios recursos que incluso algunos frailes que convivían con Tirso de Molina en el convento de Madrid no enlodaron su fama ni su obra.

Al destierro que ennoblece y eso fue lo que le ocurrió al buen fraile durante su estancia en Trujillo. Lejos de convertirse en castigo, dio paso a un trienio de logros literarios, cuajada en dicha sazón su trilogía sobre los Pizarros (*Todo es dar en una cosa*, *Amazonas en las Indias* y *La lealtad contra la envidia*), fruto de la relación con la familia Pizarro y en Trujillo donde abundaban damas y galanes.

La rabia de los enemigos que pretendieron sepultarlo en el fango de la calumnia, se vio derrotada por los dignos y honrados elogios y amistades que encontraría en la ciudad de los Pizarro, así como los amigos contemporáneos que defendieron su honor y la gloria del virtuoso mercenario, tales como Solórzano en *Cigarrales de Toledo*, Lope de Vega en *Laurel de Apolo*, o Juan Pérez de Montalbán en *Orfeo en la lengua castellana*.

Camino de Trujillo, senderos y caminos polvorientos. El temporal que había pasado días atrás había derribado algunos arbolillos. Todo el paisaje se cierra en un mismo recinto y en un mismo silencio. Tirso, camino de Trujillo, iba aspirando el aire que le llegaba de los campos embebidos.

Vaho de gente de camino, sonaban las colleras de las tartanas. De momento cayó una lluvia crujidora que levantaba el polvo del camino. Le alcanzó la noche. Descansó en una posada cerca de la villa rural de Makhada Albalat, cuyos restos guardaban un interesante pasado histórico. En el portal, a la sombra del alero, dormía un hombre, con las manos colgando por los hinojos y los pies saliéndosele de las sandalias. Las argollas de los muros crujían de ronzales de las cabalgaduras. A un lado, un agua clara movía un molino, donde los bancales se precipitan gozosos por la quebrada de un torrente donde repica la sonaja de ese viejo artefacto. Un ciprés acostaba su sombra olorosa en la parva.

Entraron en la posada junto a un jornalero con la boca llena de rescoldo de su cigarro, un leñador con las manos recogidas en la faja y los hijos del posadero corrían silbando con las manos en los bolsillos del pantalón. Los vecinos vivían del campo, una economía basada fundamentalmente en el cultivo de la tierra y en la explotación ganadera. Cereales, vino, aceite eran las producciones básicas del campo. Aunque la producción agrícola conoció las limitaciones que imponían la falta de abonos para mejorar el rendimiento de la tierra. La ganadería estaba ligada a la agricultura. Los ganados suministraban a los campesinos los alimentos, estiércol para el abono de las tierras cultivadas y cueros, que se podían vender en ferias como la de Trujillo, dando lugar a actividades artesanales.

Tirso compartió mesa con Gaspar Hernández, un párroco con antiparras de mendigo, que iba camino de Jaraicejo para hacerse cargo de la parroquia.

—De ese pueblo era aquella poetisa que murió en Londres hace algunos años. Era considerada una agitadora religiosa, le dijo Tirso.

Los interrumpió un mozo rollizo.

—Qué desean los señores.

—Pan, vino y un caldo de verduras, contestó Gaspar.

Lo mismo pidió Tirso, aunque en vez del caldo de verduras pidió una sopa de ajo, prosiguiendo su conversación.

—Me refería a Luisa Carvajal, yo he visitado su tumba en el monasterio de la Encarnación, en Madrid, interrumpió Tirso.

—Sí, tengo entendido que sufrió enfermedades y encarcelamiento. Se dedicaba a recoger los miembros amputados de los católicos, ejecutados por descuartizamiento. Bienaventuradas osamentas. Ella misma los adecentaba y guardaba en cajas de plomo como reliquias. Era una mujer peculiar, repuso Gaspar.

Humeaba la cena encima de una mesa de madera.

—Algunas de las anécdotas que se cuentan sobre ella, tuvo lugar

hace algunos años, organizó un banquete en la prisión de Newgate para veinte condenados católicos, entre los que se

encontraba el monje benedictino católico John Roberts. En el agasajo ella presidió la mesa y John Roberts fue el invitado de honor. Al día siguiente él fue colgado y descuartizado en Tyburn. Luisa Carvajal pudo recuperar un dedo que se conserva en una abadía, dijo Tirso.

—Sí, realmente, era una mujer admirable, apostilló Gaspar. Una vez terminada la cena, se marcharon a descansar.

Por la mañana, todo el cielo había salido revuelto por la tormenta. Tirso continuó su camino, se ahonda en una soledad de lejanía, pasando el blancor del polvo en la foscura agrada el desamparo de lo desconocido. Cerros pelados que son el refugio de mendigos trashumantes. El revoloteo de los cuervos anunciaba la llegada a la ciudad. Se asoman, tienen las alas, graznan como si se asustasen. Estaban tan cerca que se les veía el buche gordo de alimento blando y dulce de viejos.

Muchos días de camino, de polvo. Tirso contempló sus manos y el paisaje.

Tirso de Molina entró en Trujillo por el camino real el día 8 de junio. La carreta llegaba, humilde y sobrecogida. Las urracas saltaban en medio del camino, movían nerviosas y petulantes sus largas colas. El cochero tendió la fusta señalando Trujillo. La mirada de Tirso saltó en seguida. Junto a una cruz de término desde la que se divisaba el castillo, sentados en las escalinatas de la cruz, había dos ancianos. El camino estaba orlado de olivos, cenicientos, contrastando con las manchas amarillentas de los rastros. Comprendió que llegaba a una ciudad de abolengo, donde escribiría bellos poemas. Llegando a Trujillo comenzó a escuchar el retumbar de los carros, era día de mercado en la ciudad.

En Trujillo residía un amplio abanico de actividades artesanales libres, que se dedicaban a suministrar a los campesinos artículos corrientes. La artesanía estaba sometida a una estructura gremial que vigilaba todos los aspectos de la fabricación y comercialización de un producto. Los curtidores de pieles, tejedores de paños, ollereros o alfareros eran vigilados en sus talleres para comprobar que la obra realizada era conforme a los preceptos de las ordenanzas del gremio.

El mercado de Trujillo permitía el intercambio entre el campo y la ciudad, allí se vendían y se compraban los frutos agrícolas o la artesanía necesaria a la vida cotidiana. Los cereales era la base alimenticia y se alternaban con viñedos, huertas, leguminosas, frutales.

Las casas de Trujillo que encontraba a su paso eran grandes, anchas, nobles; venerables muros de sillerías, junto a vetustas y redondas portaladas rellenas de toscas piedras, entre paredes terrosas. Tirso sentía su corazón y sus pulsos en cada piedra. El convento de Nuestra Señora de la Piedad de Trujillo se encontraba en la calle Vivancos. Durante unos minutos permaneció inmóvil, absorto, contemplando la majestuosa fachada del cenobio trujillano. El padre San Román abrió aquel portalón, con dificultad, Tirso entró en el convento que iba a ser su casa durante tres años. El pasillo estaba empedrado de menudos guijos. Ante él, un grandioso claustro en que se yerguen cipreses y, en su centro, un brocal de pozo donde cogían agua los frailes. Tirso se marchó a su celda a descansar tras el azaroso viaje. Allí encontró una intimidad de viejas memorias con las vigas del techo, un reposo de principio de tiempo que le iba a durar hasta su regreso a Madrid.

Su cuarto era pequeño; un camastro, una butaca de roble y dos sillas, de olmo con asiento y respaldo de esparto. Una mesa pequeña, un crucifijo de marfil y una imagen de la Virgen, completaban el mobiliario. Eso sí, todo limpio y ordenado. En el huerto conventual encontraría el deleite a la soledad; junto con su amor a todo lo divino, su amor al prójimo, su evangélica caridad con todos, sin medida ni límites.

Tirso se encontró en Trujillo con una comunidad de doce frailes. Suficientemente amplia para la vida religiosa y redentora. Este convento había sido fundado en 1594 por doña Francisca Pizarro, marquesa de Charcas, hija de don Francisco Pizarro y viuda de su hermano Hernando. Aquella distinguida dama que Tirso había conocido en Madrid. No obstante, hasta el 3 de mayo de 1602 no estuvieron posesionados los frailes en el convento.

En la fundación intervino también doña Catalina de la Cueva que había creado una obra pía, por lo que doña Francisca intervino como patrona de la obra, por la devoción que tuvo su padre, el conquistador del imperio inca a la orden mercedaria, llevando consigo la pacificación y conversión de los reinos del Perú, fundando casas y conventos. El afecto que tuvo Francisca hacia los mercedarios venía de América, lo había heredado de su padre. Desde niña se había ido formando su espíritu cristiano en Perú. Incluso, cuando los almagristas asesinaron a Francisco Pizarro, su hija se esconde en el convento de la Merced de Lima.

Llevaba pocos días en Trujillo. Ese día ofició la misa Tirso. El viejo órgano que tocaba fray Anselmo se esforzaba en exclamaciones claras, que parecía que pasase el sol por todos sus caños como si de una vidriera de colores se tratase. Los ojos y los corazones de los frailes se alzaban como si vieses la asunción de aquel fraile que había llegado a Trujillo, con reposo de plenitud y empujando hasta lo alto de la gloria de aquellas bóvedas la plática del esforzado Tirso.

Acabó la misa, y Tirso comenzó a caminar subiendo una empinada cuesta. Era la primera vez que subía a la Plaza, el cielo estaba claro. Según avanzaba escuchada el canto de los pájaros desde algunas ramas. Sonaba como una nota distante dulce y clara, como un suspiro en el aire. Por el camino se encontró con varias mozas con los cántaros acostados o rectos sobre su frente nazarena, mujeres de luto con el cántaro en los ijares, mulos con el arado en el lomo y caballeros, varios hidalgos montados a caballo de buen porte y estampa.

Allí se respiraba elegancia, señorío en el decir y en el obrar, una profunda espiritualidad flotaba en el ambiente, creada por una larga tradición de historia y arte. La vida se deslizaba sin sentir en aquella plaza, en un momento en el que todo callaba, se pasó un buen rato mirando, de un lado a otro, allá en lo alto revoloteaban los cuervos. El sol se proyectaba en la plaza tras el campanario de la iglesia. Pensó que una vez allí estuvo un chico, soñando con aventuras, con el mar, con el embrujo de países extraños, con barcos. Muchos de aquellos aventureros

que desde Trujillo marcharon el Nuevo Mundo. Aquí surgiría algún trabajo literario, circunstancias, emociones, aventuras.

De pronto, oyó el golpe de una puerta al cerrarse. Observó a un caballero que salía por la puerta de cuarterones de un palacio acostado en un lateral de la plaza. Tirso se aproximó a él.

Se llamaba Juan Fernando Pizarro (nieto de Hernando y Francisca Pizarro), hijo de Francisco Pizarro y Francisca Sarmiento, tenía ojos relampagueantes de inteligencia. Durante su estancia en Santo Domingo, Tirso había tomado contacto con algunos conquistadores y colonizadores naturales de Trujillo. Este caballero será el que solicite y consiga el título de *Marqués de la Conquista*.

Tirso de Molina llegó a esta ciudad extremeña con la ilusión de encontrar algún viejo amigo que había conocido en América.

Tirso se acercó a Juan Fernando. Tenía el cráneo calzado de pelo duro, y la espalda recta; cara bronca, ojos menudos y una sonrisa mansa. Tirso le empezó a hablar de América, de aquellas tierras en las que habían estado sus antepasados.

Juan Fernando se rascó la cara huesuda, que le sonaba como una quijada de res. Estaba gozoso.

Al pronto, comenzaron a sonar las campanas.

—Tocan a muerto, tengo que marcharme, dijo Juan Fernando.

Algunos sones se quedan balbucientes en los labios de las campanas.

Al despedirse le dio Fernando unos viejos papeles que llevaba arrugados en la mano, para que pensase en aquel encuentro.

En Trujillo conoció de primera mano la fundación de su convento en la cual también intervino decisivamente el fraile mercedario Blasco Núñez Vela que envió a doña Francisca Pizarro para que fuese la espléndida fundadora del convento. Cuando pisó el inmortal genio esta región de firmes berrocales, constató que aquellos conquistadores que había conocido en América no le habían defraudado.

Se guardaron, por lo tanto, las apariencias: ni destierro, ni tampoco residencia en Madrid. Llegó al abismado roquedal de la gloriosa ciudad de Trujillo.

A los pocos días de su llegada, comenzó a contemplar la huella que dejaron los siglos en la ciudad, percibiendo los fantasmas del glorioso pasado y el diálogo con aquellos hombres que habían partido allende los mares en el siglo anterior. Centró sus objetivos literarios en los Pizarro, comenzando a escribir desde su celda viendo pasar como flechas sobre los tejados del cenobio mercedario a los vencejos y a los panzudos gorriones posarse en ellos.

En el ocaso de una tarde de abril, las sombras alargadas se deslizaban sobre las antiguas calles de Trujillo, una ciudad envuelta en una atmósfera de historia y leyendas. El sol descendía lentamente, bañando las piedras centenarias con una luz dorada, mientras un carruaje avanzaba con determinación por el camino polvoriento que conducía al convento de la Merced.

Dentro del carruaje, Francisco Dávila, conde de Puñonrostro, observaba el paisaje con una mezcla de expectación y nostalgia. Habían pasado varios años desde que vio a su viejo amigo, Tirso de Molina, cuya vida ahora transcurría en la tranquila austeridad de aquel remoto lugar. Dávila, habiendo recibido noticias sobre la salud y el ánimo decaído del fraile, decidió emprender el viaje desde Madrid, con la esperanza de animar y reconfortar a su amigo.

El conde, que tenía casa en Trujillo, descendió del carruaje al llegar al convento, ajustando su capa contra la brisa vespertina. Un fraile joven, sorprendido por la llegada inesperada de tan ilustre visitante, se apresuró a guiarlo a través del claustro silencioso hacia la celda de Tirso.

Tirso de Molina, se encontraba sentado junto a una mesa, rodeado de manuscritos y libros. Sus cabellos, ahora blanqueados por los años, caían sobre sus ojos concentrados. Al escuchar el suave toque en la puerta, levantó la vista, y sus ojos se iluminaron con una chispa de alegría al reconocer a su amigo.

—Francisco, exclamó Tirso, poniéndose de pie con esfuerzo. “¡Qué grata sorpresa!”

—Gabriel, es un placer verte, respondió Dávila, abriendo los brazos para abrazar a su viejo amigo. Pensé que una visita inesperada podría alegrar tu día.

Se sentaron juntos, y el conde observó con atención a Tirso. Aunque su cuerpo mostraba signos de desgaste, la mirada en sus ojos aún reflejaba el espíritu indomable del dramaturgo que había revolucionado el teatro español.

—Las noticias de tu salud me preocupaban, dijo Dávila con suavidad. Vine a asegurarme de que estás bien y para recordarte que no estás solo.

Tirso suspiró, una sonrisa melancólica curvando sus labios.

—La vida en Trujillo es tranquila, pero a veces la soledad pesa. Tu visita es un bálsamo para el alma.

Hablaron largo rato, recordando los días que pasaron en Segovia, las noches en el teatro en Madrid, los debates apasionados sobre moral y arte. Dávila le contó las novedades de la capital, los cambios en la corte, y cómo sus obras seguían siendo representadas con éxito, pero los malos ratos que había pasado con la severa censura.

—El teatro no sería lo mismo sin tus palabras, Gabriel. Tu legado vive, y muchos en Madrid aún recitan tus versos con admiración,” comentó Dávila, con una sonrisa orgullosa.

—Es un consuelo saberlo, respondió Tirso, sus ojos brillando con gratitud. Pero he aprendido que el verdadero valor de nuestra labor radica en los corazones que tocamos y en las amistades que cultivamos.

La noche cayó suavemente sobre Trujillo, y las estrellas comenzaron a brillar en el cielo despejado. Francisco Dávila, aunque tenía casa en Trujillo, decidió pasar la noche en el convento, acompañó a Tirso a la capilla, donde ambos se arrodillaron en oración, agradeciendo por la amistad que les unía.

A la mañana siguiente, antes de partir, Dávila tomó las manos de Tirso entre las suyas.

—Prométeme que te cuidarás, Gabriel. España aún necesita tu ingenio y sabiduría.

Tirso asintió, sus ojos llenos de emoción. Lo prometo, Francisco. Y prometo también seguir escribiendo, mientras me quede aliento.”

El conde subió al carruaje, con una última mirada hacia el amigo que tanto admiraba. Mientras se alejaba, sabía que su visita había infundido nueva vida en el espíritu de Tirso, y sentía la certeza de que su amistad, forjada en los fuegos de la creatividad y el respeto mutuo, perduraría más allá del tiempo y la distancia.

En el silencio del convento, Tirso volvió a su mesa, inspirado por las palabras y la presencia de Dávila. Con renovado vigor, tomó la pluma y comenzó a escribir, sabiendo que, en la vastedad de sus escritos, vivían las voces de sus amigos y las historias de su tiempo.

El comendador Téllez, en función de su cargo, visitaba las iglesias para recibir el canon, obligatorio en los testamentos, destinado a la obra redención de cautivos.

Una mañana descubrió una grata sensación de bienestar, de sedancia y de voluptuosidad que le producía pasear por las calles de Trujillo. Seguidamente, entró en la iglesia de San Martín de Tours, le costó trabajo subir la rampa que separaba la Plaza de la iglesia. Allí, en una capilla, había un Crucificado, varias mujeres oraban ante él arrodilladas en reclinatorios de nogal, con un olor tan penetrante que nunca había olido Tirso, era un perfume de jazmines de las flores que llevaban aquellas mujeres.

Durante varios días, Tirso de Molina y fray Custodio de San José, montados en un mulo y a pie por los atajos, recorrían los caseríos y pueblos del término de Trujillo llevando el evangelio. Teología sencilla, divinidad familiarizada. Pueblos que se ponen morenos de tiempo como la carne al sol, donde los hondos campanarios seguían dando la solución culminadora de cada lugar. Raso del ejido azulado del cielo. Tierras lacadas de lumbre; los árboles con su aro inmóvil de sombra. Los pordioseros que iban por los caminos recibían la ayuda de los buenos frailes. Algunas familias les ofrecían un plato de comida caliente.

Los vecinos de Trujillo se sintieron gozosamente satisfechos por los buenos consejos, limpia doctrina del santo contagio de los buenos ejemplos y virtudes que manifestó Tirso de Molina en la ciudad. Trujillo le acogió con la alegría de tener de verdad ese pueblo en que siempre se piensa cuando contamos un cuento. El hecho de haber ingresado en una orden tan exigente como La Merced, suponía una vocación heroica, porque implicaba compromisos de redimir hermanos cautivos en una época en la que el precio del rescate podría elevarse a vida por vida. De hecho, consiguió liberar del cautiverio en la capital argelina a dos jóvenes trujillanos. Alonso Martín y Francisco Fernández, pagando cinco mil reales por cada uno.

Tirso tenía curiosidad por conocer la lignaria biblioteca conventual. Desde su llegada al convento, había hecho más de un ademán en subir las angostas escaleras que comunicaban la galería con la puerta que daba a la biblioteca.

A últimos de abril hacía ya un calor insoportable, súbito y prematuro. Los árboles verdearon repletos de vida. Una de esas tardes del mes de abril, no lo dudó, entró en aquella enorme sala repleta de libros, legajos, documentos. Iba encorvado, con los ojos fieros y agudos, destellaron con una mezcla de curiosidad y amabilidad, pensando qué se iba a encontrar.

Nada más entrar, oyó una voz que parecía venir de ultratumba.

—Bienvenido, —dijo el padre Anselmo con voz suave—. ¿En qué puedo ayudarte?

El padre Anselmo era el bibliotecario, un singular personaje que tenía el rostro hundido, flaco, de pelo blanco; tenía la nariz ganchuda y llevaba el sello infalible de avanzada edad. La biblioteca olía a papel viejo y a incienso, y las estanterías, repletas de volúmenes encuadernados en cuero, se extendían hasta el techo abovedado. Tirso se acercó al fraile y le explicó que era la primera vez que entraba en la estancia, que no buscaba un libro en particular.

El fraile asintió lentamente, su expresión tornándose pensativa.

—Ah, voy a buscarte unas cartas que llegaron de América... —murmuró—. Sí, aquí las tengo, pero debo advertirte que estas cartas no las ha leído nadie.

Se levantó con esfuerzo, y le hizo una señal para que lo siguiera. Caminaron por los estrechos pasillos, pasando junto a libros que parecían susurrar entre ellos. Finalmente, llegamos a una sección oculta tras una cortina pesada y polvorienta. Con cuidado, el fraile apartó la cortina para revelar una puerta de madera oscura, reforzada con hierro.

—Aquí guardamos los volúmenes más antiguos y valiosos —explicó mientras buscaba una llave entre su hábito—. Cuando encontró las cartas, atadas a unas cuerdas, exclamó:

—Aquí está lo que busco.

La puerta se abrió con un crujido, revelando una pequeña sala circular iluminada por una única lámpara de aceite. En el centro, sobre una mesa descansaban las cartas.

—Ten mucho cuidado —advirtió—. Estas cartas no solo contienen conocimientos, sino también poder. Léelo con sabiduría.

Tirso cogió esas cartas con reverencia y se retiró a una mesa cercana, listo para sumergirse en sus misterios, bajo la atenta mirada del fraile que, silencioso, regresó a su escritorio.

Aquellas cartas de la conquista, eran “relaciones” que procedían de varios marinos de América que las habían enviado a España y contenían datos fascinantes sobre el Nuevo Mundo. Las palabras de los marinos reflejaban tanto el asombro como las dificultades que enfrentaron al explorar tierras desconocidas. Tirso de Molina cogió las cartas con manos temblorosas, consciente de la importancia histórica que tenía aquel material. Eran de un papel grueso y amarillento, mostrando claramente su antigüedad. Rompió con cuidado el lacre de una de ellas y extrajo la carta. La caligrafía, aunque elegante, mostraba signos de apresuramiento y emoción.

La primera carta que leyó pertenecía a un marino llamado Juan Sánchez. Narraba su encuentro con una tribu indígena en lo que hoy conocemos como Perú. Describía con detalle las costumbres, la vestimenta y la lengua de los nativos, así como

las maravillas naturales que había encontrado: ríos caudalosos, montañas imponentes y una fauna nunca antes vista en Europa. Según avanzaba en la lectura, le recordaba su estancia en América, aquellos paisajes, los indígenas. Todo lo que Tirso había vivido años atrás.

El fraile me observaba mientras leía, con una expresión que mezclaba orgullo y melancolía. Estas cartas eran más que simples documentos; eran ventanas al pasado, a un mundo que los europeos apenas comenzaban a comprender.

Fray Anselmo, estaba leyendo en su escritorio y mirando de reojo a Tirso, riendo de cuando en cuando entre dientes. Los dos se miraron. Y en los negros ojos del otro, sin desviarse, hubo un destello de astucia y de comprensión. Durante un rato reinó el silencio en la biblioteca. Pasados unos minutos, fray Anselmo rompió el silencio y le interrumpió. Cada carta es una pieza del rompecabezas —dijo el fraile—

Tirso sacó otra carta. Era de Pedro de Zúñiga, que describe sus impresiones de la región del Amazonas y sus intentos por cartografiar la vasta selva. Y otra de Martín Orellana, relatando su encuentro con piratas en el Caribe y las dificultades de navegar por esos mares traicioneros.

Alisando los papeles arrugados, procedió a leerlos con aplomo. A medida que leía más cartas, me sumergía en las aventuras y descubrimientos de aquellos marinos. Tirso no salía de su asombro. Sentía su emoción y sus miedos, comprendía las dificultades de sus travesías y las maravillas que habían presenciado antes de su llegada a América. No solo eran relatos de viajes, sino también registros de intercambio cultural. Los marinos aprendieron de los pueblos que encontraron, y a su vez, llevaron consigo conocimientos y experiencias que transformaron a Europa. Estas cartas le acercaron más a su interés por los Pizarro.

Finalmente, terminó de leer la última carta y las devolvió con sumo cuidado a fray Anselmo. Se sentía abrumado por la riqueza de la información y la profundidad de las experiencias narradas.

Cuando se despidió de fray Anselmo, este le dijo:

—Es un honor compartir este tesoro contigo. Recuerda, cada palabra escrita en estas cartas es un testimonio de la valentía y la curiosidad humana—

Y, con una sonrisa, le entregó varias “relaciones” a Tirso de Molina.

—Que su legado inspire tu propio viaje de descubrimiento.

Sin vacilar un momento, se puso a seguir las huellas de aquellos esforzados marinos, conquistadores. Esos abundantes datos, más los conocimientos que le ofreció Juan Fernando Pizarro, fueron el caldo suficiente para elaborar su *Trilogía de los Pizarro*, y darla a conocer tres años después, en tres comedias históricas dedicadas a dramatizar hechos vinculados con los hermanos Pizarro, quienes participaron en la conquista del Perú.

Desde Trujillo se trasladó a Madrid para estar presente en la apertura de la sepultura de una buena mujer, monja terciaria, Mariana de Jesús, que había conocido años atrás. El cielo era de un azul radiante, limpio. Esa mañana del 31 de agosto de 1626 se abrió su sepultura, y ante el asombro general, se encontró el cuerpo intacto, con la carne fresca y los miembros flexibles, y exhalando una agradable fragancia. Aquella mujer que había alcanzado gran renombre por su piedad y los prodigios de todo género que se atribuían a su persona.

Al caer la tarde de aquel hermoso día de finales del verano, retomó aquellos largos paseos que daba por Madrid. La calle de la Magdalena, cogiendo un camino entre cañizales y un olivar cercano a la ermita del Cristo de la Oliva, pasando por delante del convento de religiosas agustinas, allí terminaba un calvario que partía del convento de San Francisco.

Se sentó en las gradas de una cruz. Estaba anocheciendo, y aunque era verano, la brisa suave de la tarde acariciaba su rostro mientras cerraba los ojos, buscando un momento de paz y reflexión. Las sombras alargadas del crepúsculo cubrían el suelo de la iglesia, creando un ambiente de serenidad y recogimiento.

En su mente, el monje repensaba las enseñanzas que había aprendido a lo largo de los años. La cruz, símbolo de sacrificio y redención, le recordaba la importancia de la humildad y la entrega desinteresada. Con cada respiración profunda, se sentía más conectado con su fe y su propósito. El tiempo parecía detenerse. Los sonidos del mundo exterior se desvanecían, dejándolo solo con sus pensamientos y oraciones. Las gradas de la cruz eran frías, pero su espíritu se sentía cálido y lleno de gratitud. Era un momento de comunión íntima con lo divino, una pausa en su camino de servicio y devoción.

Finalmente, al abrir los ojos, el monje se levantó con una renovada sensación de calma y fortaleza. Había encontrado en esas gradas la tranquilidad que buscaba, un recordatorio de que, incluso en medio de su viaje, siempre había un lugar donde podía detenerse, reflexionar y hallar la paz interior.

Pasada media hora, el monje decidió regresar al convento, ese cenobio que le había brindado tanta paz en los años que pasó en Madrid. Mientras caminaba por el sendero que conducía al convento, la luna bañaba el paisaje con su luz blanca. El aire estaba fresco y lleno del aroma de las flores silvestres.

Al día siguiente regresó a Trujillo. En su viaje, el monje meditaba sobre las experiencias del día anterior. Sentía que la conexión que había encontrado no era un mero momento pasajero, sino un llamado a profundizar aún más en su fe y en su misión de servicio. En su mente resonaban las palabras de antiguos textos sagrados, recordándole la importancia de la constancia y la devoción diaria.

Por el camino real hacia Trujillo, el viaje le ofrecía pequeñas revelaciones. Observó cómo los rayos del sol atravesaban las hojas de los árboles, creando un juego de luces y sombras en el suelo. Estos detalles le parecían mensajes silenciosos del universo, pequeños milagros que reforzaban su fe y gratitud. En la quietud, sintió una presencia reconfortante, como si una mano invisible le guiara y le sostuviera. Sus pensamientos se volvieron hacia las personas que buscaban consuelo y guía, y oró por ellas con todo su corazón.

Tras varios días de viaje, Tirso de Molina llegó a Trujillo. Se levantó una mañana del mes de septiembre con una sensación de renovación y propósito. La paz que había encontrado en su Madrid natal le acompañará de por vida, listo para enfrentar los desafíos del día con el mismo espíritu de calma y devoción. Sabía que, aunque el viaje de la vida estuviera lleno de altibajos, siempre tendría un refugio en su fe y en esos momentos de silenciosa reflexión.

En Trujillo, este fraile genial le gustaba tratar con los comediantes que iban a la feria de Trujillo, donde se inspiraba para escribir obras con maestría y profundidad que merecieron singulares elogios tales como *La huerta de Juan Fernández*, que se representó en 1626.

Tirso de Molina utiliza *La Huerta de Juan Fernández* para criticar las convenciones sociales de su época, especialmente en lo que respecta a las relaciones amorosas y el matrimonio. A través de personajes que se disfrazan y engañan, Tirso muestra cómo el amor verdadero puede superar las barreras impuestas por la sociedad. La trama involucra a personajes que deben enfrentar obstáculos y malentendidos antes de alcanzar la felicidad, lo que subraya la idea de que las emociones auténticas son más importantes que las apariencias o las normas sociales.

En *La Huerta de Juan Fernández*, Tirso también toca el tema del papel de la mujer en la sociedad. Los personajes femeninos, a menudo más astutos y valientes que sus contrapartes masculinas, desafían las expectativas tradicionales y demuestran ingenio y autonomía. Esto resalta la capacidad de las mujeres para influir en sus destinos a pesar de las limitaciones impuestas por la sociedad patriarcal. El escenario de la huerta (un jardín o pequeña finca) es significativo porque proporciona un espacio donde las normas sociales pueden ser suspendidas y los personajes tienen la libertad de actuar de manera más auténtica. Este entorno permite que los enredos se desarrollen en un contexto más relajado y natural, contrastando con la rigidez de la vida urbana o cortesana.

La disposición amable de Tirso de Molina y su naturaleza alegre lo hacía una figura querida entre todos, y encontraba en la compañía de los comediantes una fuente de risa y humanidad que complementaba su vida de devoción y servicio. Serenidad sobre una sorda angustia frenada. Y, sobre todo, una gran fe y la pervivencia. Fácilmente podemos soportar la gran congoja del tránsito, si los ojos se recrean de antemano en jubilosos paisajes ulteriores. Este escritor ha merecido el inapreciable don de la fe. Se le ha otorgado a manos llenas.

Los comediantes, con su agudo ingenio y sus actuaciones vibrantes, aportaban una chispa de alegría a la vida del fraile y contenidos para su pluma. A menudo, después de una larga jornada dedicada a sus deberes, el fraile se encontraba con ellos en la plaza del pueblo, donde compartían historias y risas. Su risa era contagiosa y sincera, y los comediantes apreciaban su capacidad para disfrutar de sus bromas y actuaciones sin perder su esencia espiritual.

Uno de los comediantes, un hombre llamado Pedro, tenía un cariño especial por el fraile. Pedro era un joven que representaba tener unos veinticinco años; su rostro, imberbe, de óvalo alargado, estaba curtido por la brisa del mar, lo que le daba un aspecto rudo. Procedía del sur, tenía los ojos expresivos y reflejaban viva luz. Pedro era conocido por sus imitaciones y sus historias hilarantes sobre la vida cotidiana. Sin embargo, también tenía un gran respeto por la profundidad y la compasión del fraile. En más de una ocasión, Pedro había buscado el consejo del fraile en momentos de duda o preocupación, y siempre encontraba en él una guía comprensiva y paciente. La amistad entre el fraile y los comediantes se convirtió en una fuente de inspiración mutua. Para los comediantes, la perspectiva del fraile sobre la vida, su capacidad para encontrar lo divino en lo cotidiano, enriquecía sus actuaciones y sus vidas personales. Para el fraile, la alegría y la creatividad de los comediantes le recordaban la importancia de la risa y el placer sencillo, aspectos esenciales de la experiencia humana que también forman parte del camino espiritual.

Así, en sus visitas constantes a las plazuelas donde los comediantes actuaban, el fraile llevaba consigo no solo la paz y la reflexión, sino también las risas y las memorias compartidas con los comediantes, quienes, sin saberlo, iluminaban su camino tanto como él iluminaba el de ellos.

En el mes de marzo del año 1627 salió hacia Sevilla a reunirse con sus hermanos frailes en el convento de Santa María de la Merced de Sevilla, allí publicó la primera parte de sus comedias; poco después, se imprimió *El burlador*, y allí también, en 1629, escribió al menos las dos primeras partes de *La Trilogía de los Pizarro*, elogiando a la familia Pizarro, a través de sus miembros más comprometidos, obviando las sombras habidas en la conquista y gobernación del Perú. Consagra a los Pizarro la Trilogía, en tres comedias: *Todo es dar en una cosa*, donde hace referencias a la niñez y adolescencia de Francisco Pizarro, enalteciendo la nobleza de su progenitor; *Amazonas en las Indias*, dedicada a Gonzalo Pizarro; y, finalmente, *La lealtad contra la envidia*, glorificando a Hernando Pizarro, como el único superviviente que regresó a Trujillo, ensalzando así las hazañas de los Pizarro en Perú aunque con matices, dándonos a conocer también el lado oscuro de la conquista: violencias y avaricias. El tiempo, inflexible, va posando los vinos y los espíritus. Los más turbios bajan al fondo, otros –más densos— se quedan en el estrato de los clásicos olvidados; la espuma de los mejores como nuestro Tirso hace cantar la superficie.

Tirso es conocido por su habilidad para combinar elementos históricos con el drama y la comedia, ofreciendo una crítica social y reflexiones profundas sobre la naturaleza humana. Asuntos relacionados con la familia y la época de los conquistadores muestran su interés por los temas de poder, honor y ambición.

Podemos decir que Tirso exploró temas relacionados con los conquistadores y la nobleza en sus obras, abordando cuestiones de amor, poder y honor en el contexto histórico y social de su tiempo.

El amor más grande que el poder, obra que escribiría Tirso de Molina años después, en 1634, centrándose en la figura de

Gonzalo Pizarro, un importante conquistador y hermano de Francisco Pizarro. La obra examina la vida y las hazañas de Gonzalo, y refleja las tensiones y conflictos asociados con su figura histórica.

El mejor amigo, el mayor enemigo, aunque no se centra directamente en la familia Pizarro, esta comedia explora temas de honor y rivalidad que están en consonancia con las preocupaciones de la época y el contexto histórico de los conquistadores.

Francisco Pizarro, el nieto del conquistador, estaba en la corte de Madrid y era conocido por su interés en las artes y la literatura. Tirso, buscando apoyo y protección para su obra, escribió en un contexto donde el patronazgo era crucial para el éxito de los escritores. La relación con la familia Pizarro proporcionó a Tirso una plataforma para desarrollar y presentar sus obras.

La conexión de Tirso de Molina con la familia Pizarro no solo influyó su trabajo y su acceso a recursos y apoyo, sino que también reflejó su interés en la historia y los temas relacionados con la conquista de América. Tirso utilizó figuras históricas como Francisco Pizarro y su familia para explorar temas más amplios de poder, honor, y ambición en sus obras teatrales.

Tirso tuvo mucho contacto con la familia Pizarro, especialmente con Francisco Pizarro, el nieto del conquistador. Esta relación le permitió explorar temas históricos y de honor en sus obras, y también proporcionó apoyo y patronazgo que fue crucial para su carrera como dramaturgo.

Fueron muchos los datos aportados por Juan Fernando Pizarro y, también, por Fernando Pizarro de Orellana, primo hermano de Juan Fernando Pizarro, hijo de Fernando de Orellana y de Francisca Pizarro Mercado, al que conoció por mediación de fray Jerónimo Valderas, padre mercedario, que era su confesor. Tenían un abuelo común, Hernando Pizarro. Este Pizarro Orellana fue profesor de derecho en Salamanca, también escribió una obra esclarecedora titulada *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, que publicaría en 1639, inspirándose en la tercera trilogía de Tirso de Molina, enalteciendo a los

Pizarro, eximiéndolos de los cargos vertidos contra Hernando y elogiando a Francisco Pizarro. Su madre era Francisca Pizarro Mercado, hija de Hernando Pizarro e Isabel Mercado, la criada que tuvo Hernando durante su estancia en la prisión del castillo de la Mota, en Medina del Campo. La residencia en esta ciudad extremeña de aquel genio de la poesía teológica, plasmada en profundos autos sacramentales y en obras dramáticas, fue un honor para el convento trujillano, así como para cuantos, por diversos modos de circunstancias, se sentían orgullosos de haber vivido en Trujillo.

En las pocas semanas que pasó Tirso de Molina en Sevilla, estudió bien al personaje sevillano, con un buen estudio psicológico, y con una gran habilidad para mezclar dos acciones paralelas. *El burlador de Sevilla* fue matriz del eterno Don Juan.

Bien es cierto que también escribió piezas teatrales serias, entre la que destacan *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*, la pieza que más fama le ha dado al llevar a las tablas al mítico don Juan Tenorio.

Hemos de tener en cuenta que el pueblo español se defendió muchas veces de la sociedad porque le era hostil, o del mismo individuo arrojándole coplas, romances, empapados en vinagre. Destacaron los romances satíricos. El tiempo se burló de aquellos hijos que no han contado con él. El terreno del arte en todos los sectores de la vida humana. Tirso nunca se quedó al margen de los hechos. Se sumergió en ellos, procuró solícitamente no reformarlos, puesto que su misión era iluminador de tal modo que también llegase la luz al frente opuesto.

Por entonces, Sebastián de Medrano incluye a *Tirso de Molina* (como le llama) en la primera reunión poética de la Academia de Madrid, que tendría lugar en la casa de Castillo Solórzano; pero, por su condición de mercedario —que le exigía no salir de noche— no pudo ser muy asiduo a tales sesiones.

Desde Sevilla se traslada a Trujillo. Fue importante la labor pastoral y redentorista de Tirso en Trujillo. En esa actividad mercedaria consiguió redimir a varios cautivos en Argel, tal fue el caso de Francisco Fernández, del Puerto de Santa Cruz

y de Pablos Martín, vecino de Jaraicejo. Gran ayuda tuvo el bueno de Tirso con el fraile Martín Correa de Sousa, que había llegado a Trujillo, procedente de Portugal, que colaboró decididamente con Tirso en el sostenimiento de la comunidad. Esta orden, dedicada a la redención de los cautivos y a la asistencia de los necesitados, encontraba en él a un devoto servidor comprometido con sus ideales. La Orden de la Merced, fundada en el siglo XIII por San Pedro Nolasco, tenía como misión principal liberar a los cristianos cautivos y ayudar a los pobres y desamparados. El fraile abrazaba esta misión con todo su ser, dedicando sus días a trabajar por la libertad y el bienestar de los más vulnerables.

Su labor redentorista lo llevaba a los lugares más desesperados, donde la miseria y el sufrimiento eran palpables. Con una paciencia inquebrantable y una compasión profunda, el fraile ofrecía su ayuda sin reservas. Organizaba campañas para recolectar fondos destinados a pagar el rescate de prisioneros, y gestionaba la distribución de alimentos y medicinas entre las comunidades más necesitadas.

En Trujillo, el fraile era conocido y respetado por su incansable dedicación. Su figura firme era una presencia constante en los barrios más humildes, donde escuchaba las preocupaciones de la gente y ofrecía consuelo espiritual y práctico. Sus sermones no solo hablaban de la fe y la salvación, sino también de la importancia de la justicia social y la solidaridad. Sabía que su labor redentorista era un camino de servicio que no solo liberaba a otros, sino que también lo acercaba más a la esencia de su fe. Cada día, con cada acción y cada gesto de bondad, buscaba seguir los pasos de los fundadores de su orden, llevando luz a los lugares más oscuros y esperanza a los corazones más abatidos.

Así, el fraile de la Orden de la Merced se convirtió en un faro de redención y compasión, un verdadero siervo de la humanidad que, con humildad y amor, dejaba una huella imborrable en todos aquellos a quienes tocaba.

Era primavera, entre febrero y abril del año 1628, las aves empezaban a mostrar comportamientos ligados a la reproduc-

ción, el lugar de nidificación en los muros de los caserones y muralla de Trujillo. Volvieron los pájaros, se asomaron las salamandras al sol verdoso de las piedras y las golondrinas se pusieron a espulgarse en los cipreses del claustro del convento mercedario. Tirso se recostaba en uno de los troncos de aquellos cipreses en hilera y escribía. Árboles que se habían criado libres, puros y bellos. A veces, le gustaba a Tirso abrazar los troncos, necesitaba tocarlos para sentir el tiempo.

Una mañana del mes de agosto, Tirso subió a la Plaza. Estaba vallada. Cada esquina era una talanquera de coso. En los porches, arcos de los portales y en un cadalso de troncos, se amontonaban los vecinos, expectantes a la espera de ver la lidia del toro al día siguiente.

Tirso preguntó a un labrador:

—Por qué han cerrado la plaza con troncos?

—Mañana se corren los toros, respondió.

En el siglo XVII era frecuente encontrarte en las fiestas reales con los juegos de cañas, juego de la sortija, que eran del agrado popular. Pero, sobre todo, con los festejos taurinos junto al toreo popular en las fiestas votivas o señaladas de santos o advocaciones marianas y aquel día se iba a celebrar en la ciudad las fiestas en honor a Santa María, en su Asunción a los cielos. Una de las fiestas marianas más antiguas que se celebraban en Trujillo desde el Medievo.

Tirso, que era muy curioso, subió al día siguiente a mezclarse entre el público a ver aquella función. Era el 15 de agosto de 1629.

Se arrinconó en un vallado y se asomó de puntillas. El toro embistió con fuerza, mordiendo la corteza de los maderos. Le vibró el espinazo, dio un brinco y consiguió saltar la valla escapándose por las callejas que bajaban desde la Plaza. Las gentes despavoridas corrieron a refugiarse. Tirso se refugió en un portalillo. Una cosa le quedó clara al buen fraile, no volver a presenciar otra corrida de toros.

En los últimos días de septiembre del año 1630 partió hacia Madrid. Desde lejos volvía los ojos a Trujillo lleno de sol po-

niente. Parecía buscar aquellos linajudos que había conocido, ese pasado que ya no le pertenecía. Se alejaba para sentirse extraviado y sobrecogido en las soledades del camino.



Fachada del convento de la Merced, Trujillo



Fachada de la iglesia conventual



Claustro del convento de la Merced



Ntra. Sra. de la Merced

6

El regreso a Madrid. Sus últimos años (1630—1648)

Tirso llegó a Madrid. Atrás quedó la quietud y la calma de Trujillo. El silencio que había experimentado en Trujillo fue tan grande que no se atrevió a gozarlo por si se rompía como un vidrio precioso.

En el umbral del otoño de 1630, cuando las hojas doradas comenzaban a caer sobre las calles adoquinadas de Madrid, una figura familiar se abrió paso entre la multitud. Tirso de Molina, había regresado a la capital tras un largo exilio como comendador en el convento de Trujillo.

El viaje había sido arduo. Los caminos polvorientos y las noches frías habían marcado su rostro con líneas de cansancio, pero sus ojos conservaban la chispa inquebrantable de la creatividad y la determinación. A medida que se acercaba a las puertas de Madrid, una mezcla de anticipación y nostalgia llenaba su corazón.

Al cruzar el umbral de la ciudad, los recuerdos de su juventud en Madrid volvieron con fuerza. Aquí había escrito sus primeras obras, aquí había debatido apasionadamente sobre el arte y la moralidad con amigos y colegas, y aquí iba a encontrarse con Francisco Dávila, su fiel amigo y protector.

Madrid había cambiado en su ausencia, pero el bullicio de la vida cotidiana seguía siendo el mismo. Las voces de los ven-

dedores ambulantes, el tintineo de las campanas de las iglesias y el constante ir y venir de carruajes y peatones creaban una sinfonía familiar que resonaba en sus oídos.

Tirso caminó por las calles estrechas y sinuosas, respirando el aire fresco del otoño madrileño. Pronto llegó a la residencia de Francisco Dávila, cuyo hogar era un refugio para los artistas y pensadores de la época. El conde de Puñonrostro había sido su constante apoyo, y Tirso sabía que su regreso no estaría completo sin reencontrarse con su amigo.

Al tocar la puerta, un criado lo recibió con una sonrisa de reconocimiento y lo condujo a través del vestíbulo hacia la biblioteca, donde Dávila estaba inmerso en la lectura de un manuscrito. Al levantar la vista y ver a Tirso, el rostro del conde se iluminó con una mezcla de sorpresa y alegría.

—Gabriel, ¡qué alegría verte de nuevo en Madrid! exclamó Dávila, dejando el manuscrito y abriendo los brazos para abrazar a su amigo.

—Francisco, es bueno estar de vuelta, respondió Tirso, sintiendo un alivio en su corazón al ser recibido con tanto afecto. El tiempo en Trujillo me ha dado paz y reflexión, pero he extrañado la vitalidad de esta ciudad y, sobre todo, nuestra amistad.

Se sentaron juntos, y la conversación fluyó naturalmente, como si el tiempo no hubiera pasado. Tirso relató sus experiencias en Trujillo, las responsabilidades como comendador y la tranquilidad del convento, que le habían permitido escribir y reflexionar profundamente. Dávila, a su vez, le puso al día sobre los eventos en Madrid, las nuevas obras de teatro, los cambios en la corte y la situación política.

—El teatro ha cambiado, Gabriel, pero tus obras siguen siendo aclamadas. *El burlador de Sevilla* se representa con frecuencia, y la gente aún habla de la profundidad de tus personajes y la agudeza de tu crítica social, comentó Dávila con orgullo.

—Es un consuelo saber que mi trabajo sigue vivo, respondió Tirso, sus ojos brillando con gratitud. Pero también siento que aún tengo mucho por decir, mucho por escribir.

La conversación se extendió hasta bien entrada la noche, iluminada por la luz cálida de las lámparas de aceite. Tirso compartió sus nuevos proyectos y las ideas que había estado desarrollando en Trujillo. Dávila, como siempre, ofreció su apoyo incondicional, prometiendo ayudar a llevar esas obras a los teatros de Madrid.

En los días siguientes, Tirso se sumergió en la vibrante vida cultural de la capital. Asistió a representaciones teatrales, participó en tertulias literarias y se reunió con viejos amigos y colegas. Su regreso no pasó desapercibido, y pronto Madrid se llenó de rumores y expectativas sobre las nuevas obras del gran dramaturgo.

La amistad entre Tirso y Dávila floreció una vez más, y el conde se convirtió en el mecenas y protector que siempre había sido, asegurándose de que Tirso tuviera todo lo necesario para continuar su labor creativa. Bajo la sombra de su amistad y el bullicio de Madrid, Tirso de Molina volvió a encontrar la inspiración y el propósito que lo habían llevado a escribir sus más grandes obras.

Y así, en el corazón de Madrid, en una época de esplendor y transformación, Gabriel Téllez, el fraile dramaturgo, retomó su pluma, dispuesto a dejar una huella aún más profunda en la historia del teatro español. Su regreso marcó un nuevo capítulo en su vida y en la vida cultural de la ciudad, donde su legado continuaría iluminando las mentes y corazones de generaciones futuras.

Pasaron los meses. El día 7 de julio de 1631 sucedió un gran incendio en la plaza mayor de Madrid que duró más de tres días, y que redujo a cenizas la manzana de casas que correspondía a la calle de Toledo y a la Imperial. El espectáculo fue tan horroroso, que se hizo llevar el Santísimo de las tres parroquias contiguas, Santa Cruz, San Ginés y San Miguel, a esta profesión que asistieron frailes de distintos conventos, entre ellos Tirso de Molina.

En los balcones de las casas que se habían quemado se construyeron altares, en los cuales se celebraron muchas misas.

Esto no impidió para que el 25 de agosto de aquel año, a presencia de las ruinas casi humeantes todavía aquella lastimosa catástrofe, se corrieron toros y caña en la misma plaza, asistiendo al rey con toda la corte. Y lo que fue peor, que estando la fiesta se prendió fuego en una casa, con lo cual las gentes, que antes asustadas ya, se atropellaron porque de salir, originándose muchas desgracias. El rey continuó desde su asiento presenciando la diversión como si nada hubiera ocurrido.

Fueron pasando los años. Tirso ya no escribía con tanta asiduidad. Entre 1630 y 1632 solamente escribió dos comedias: *Amar por arte mayor* (1630) y *Privar contra su gusto* (1632).

Había utilizado sus comedias para explorar y criticar diversas facetas de la sociedad y la naturaleza humana. Estas dos comedias no son la excepción, presentando temáticas que cuestionan y reflejan las dinámicas sociales de su tiempo. A continuación, se describe lo que Tirso de Molina quiso representar en cada una de estas comedias.

En *Amar por arte mayor*, Tirso de Molina explora temas de amor, ingenio y la complejidad de las relaciones humanas a través de una trama que involucra disfraces, engaños y malentendidos. La obra se centra en los enredos amorosos y las estrategias empleadas por los personajes para alcanzar sus objetivos románticos.

La obra muestra cómo los personajes utilizan el ingenio y la astucia para superar los obstáculos en sus relaciones amorosas. Tirso de Molina celebra la inteligencia y la creatividad humana, sugiriendo que el amor no solo es una cuestión de emociones, sino también de habilidad y estrategia. Tirso utiliza el humor y la sátira para criticar las rígidas normas sociales y las convenciones del cortejo en su tiempo. Los personajes a menudo desafían las expectativas tradicionales de género y comportamiento, mostrando una flexibilidad y adaptabilidad que cuestiona las estructuras sociales. A través del uso de disfraces y malentendidos, Tirso explora la cuestión de la identidad y cómo las apariencias pueden engañar. Este recurso permite a los personajes transgredir las barreras sociales y

descubrir verdades sobre sí mismos y los demás, sugiriendo que el verdadero amor va más allá de las superficialidades.

En 1632, cuando tenía cincuenta y tres años, escribió *Privar contra su gusto*, Tirso de Molina nos presenta una comedia de enredos que gira en torno al poder, la autoridad y la lucha interna entre el deber y el deseo personal. La obra sigue a personajes que se ven obligados a actuar en contra de sus propios deseos debido a las presiones sociales y las expectativas de su estatus.

La obra examina el conflicto entre las obligaciones impuestas por la sociedad y los deseos personales. Los personajes se enfrentan a decisiones difíciles, donde deben elegir entre seguir sus propios gustos o cumplir con las expectativas sociales, resaltando la tensión entre la libertad individual y las responsabilidades colectivas.

Tirso de Molina cuestiona las estructuras de poder y autoridad, mostrando cómo estas pueden ser opresivas y restrictivas. A través de la trama, se pone en evidencia cómo el poder puede corromper y cómo las personas en posiciones de autoridad a menudo actúan en contra de sus propios deseos, sugiriendo una crítica velada a las dinámicas políticas de su tiempo. La comedia utiliza la ironía y la sátira para subvertir las expectativas y resaltar las incongruencias en el comportamiento humano. Tirso se burla de las pretensiones y las falsas apariencias, ofreciendo una visión crítica y humorística de la sociedad y sus valores.

Ambas obras reflejan su aguda observación de la naturaleza humana y su habilidad para combinar el entretenimiento con una profunda crítica social.

En una fría mañana de invierno, bajo el resplandor dorado del sol que apenas lograba atravesar las nubes grises, Tirso recibió una misiva sellada con el escudo de su Orden, la Merced Calzada. El prior, con solemne tono, le comunicó que había sido nombrado Definidor General y Cronista de la Orden. Este cargo, una distinción de gran honor, requería una dedicación

absoluta y lo llamaba a trasladarse a tierras catalanas, donde su presencia y trabajo serían imprescindibles.

El viaje a Cataluña no era solo un cambio de residencia, sino una transición significativa en la vida de Tirso. Hasta entonces, sus días transcurrían entre los vibrantes escenarios madrileños y las tranquilas paredes del convento, donde la paz y el recogimiento le permitían dar rienda suelta a su creatividad literaria. Ahora, le esperaba una misión de mayor responsabilidad, un desafío que pondría a prueba su dedicación y le ofrecería una nueva perspectiva sobre la vida y la historia de su Orden.

Montado en una carreta tirada por robustos caballos, Tirso de Molina partió hacia su nuevo destino. El camino hacia Cataluña serpenteaba a través de paisajes variados, desde las áridas tierras de Castilla hasta los frondosos bosques catalanes. A medida que se adentraba en aquellas tierras, reflexionaba sobre los cambios que el destino le deparaba y sobre la historia que estaba destinado a escribir, no solo con su pluma, sino con sus actos y su fe.

Al llegar a Cataluña, se estableció en un monasterio mercedario que se erigía majestuoso sobre una colina, dominando la vista de verdes valles y campos de cultivo. Desde allí, Tirso comenzó su labor como cronista, registrando con minuciosidad los acontecimientos de su Orden, los actos heroicos de sus hermanos y las tradiciones que habían forjado su identidad a lo largo de los siglos.

La vida en Cataluña no carecía de desafíos. La tensión política y las revueltas que azotaban la región exigían una prudencia constante y una fe inquebrantable. Sin embargo, en medio de la agitación, Tirso encontró inspiración y consuelo en su labor, entregándose a la escritura con renovado fervor. Sus días se llenaron de estudio y reflexión, de largas jornadas en la biblioteca del monasterio y de encuentros con otros eruditos y clérigos que compartían su pasión por el conocimiento y la historia.

A través de sus escritos, Tirso de Molina no solo dejó un legado literario sino también un testimonio histórico que sería valorado por generaciones venideras. En aquellos años en Ca-

taluña, su pluma se convirtió en una herramienta de preservación de la memoria, capturando la esencia de su Orden y el espíritu de una época convulsa y fascinante.

Así, fray Gabriel Téllez, conocido en el mundo como Tirso de Molina, vivió sus días en Cataluña, navegando entre la devoción y la creación literaria, cumpliendo con su deber sagrado mientras seguía tejiendo las historias que lo inmortalizarían en la historia de la literatura española.

Tirso residió entre 1632 y 1636 en Cataluña donde compuso la *Historia general de la Orden de la Merced*. Habiéndosele encargado un capítulo general para completar la historia de Alonso Remón, que había fallecido en Madrid el 23 de junio de 1632. En 1639 el pontífice Urbano VIII le concedió el grado de maestro; sin embargo, los enfrentamientos con miembros de su propia Orden lo llevaron otra vez al destierro en Cuenca en 1640.

El de 1635 fue, para él, un año fecundo. Se imprimieron la segunda y cuarta partes de sus *Comedias y Deleitar aprovechando*. También escribió las comedias *Los balcones de Madrid* y *Amor no tiene peligro*. Tirso de Molina era el alma inquieta, el poeta que salía errabundo por las calles de Madrid y las plazas de la ciudad, recorriendo todos los caminos, buscando argumentos para sus comedias. Salía a diario, en demanda y en requerimiento de la ilusión suprema, del supremo encanto de su vida. En *Los balcones de Madrid*, buscó representar una sátira social y una crítica a las costumbres y valores de su tiempo. La obra se enmarca en el contexto del Siglo de Oro español, una época de florecimiento cultural pero también de profundas desigualdades y convenciones sociales rígidas. La obra expone las tensiones y diferencias entre las diversas clases sociales de la época. A través de los personajes, se refleja cómo las apariencias y el estatus social influyen en las relaciones y en la percepción de las personas. Tirso critica la hipocresía de la sociedad madrileña, donde la fachada y el qué dirán tienen un peso significativo. Los personajes a menudo actúan de manera contraria a lo que predicán o lo que se espera de ellos.

Al igual que en otras de sus obras, Tirso aborda el papel de la mujer en la sociedad. Aunque con frecuencia están relega-

das a roles secundarios o decorativos, los personajes femeninos en *Los balcones de Madrid* también muestran inteligencia y agencia, desafiando las expectativas tradicionales. Temas recurrentes en la literatura del Siglo de Oro, el amor y el honor son centrales en esta comedia. Tirso de Molina explora cómo estos conceptos son manipulados y reinterpretados por los personajes para servir a sus propios intereses.

La comedia se desarrolla en un espacio público y familiar como es el balcón, que simboliza la interacción entre lo privado y lo público, entre la intimidad del hogar y las normas sociales. Este escenario permite a Tirso desplegar una serie de situaciones cómicas y malentendidos que sirven para criticar las costumbres de su tiempo. Es una obra que, a través de la comedia, ofrece una visión crítica y satírica de la sociedad española del Siglo de Oro, abordando temas como las clases sociales, la hipocresía, el papel de la mujer, y las nociones de amor y honor.

Pasaron los años. España seguía involucrada en la Guerra de los Treinta Años (1618—1648), un conflicto europeo que afectó profundamente la política y la economía del país. Aunque la guerra se desarrollaba principalmente en el Sacro Imperio Romano Germánico, sus efectos repercutían en Madrid, donde la Corte española tomaba decisiones estratégicas y diplomáticas cruciales.

Felipe IV estaba en el trono. Su reinado se caracterizó por la intensa actividad artística y cultural, apoyada por el Conde—Duque de Olivares, su valido y ministro principal. Olivares impulsaba reformas para consolidar el poder central y fortalecer el imperio, aunque enfrentaba resistencias y dificultades financieras.

La economía española atravesaba una crisis debido a los costos de las guerras y la mala administración. Aumentaban los impuestos y la inflación, lo que generaba descontento entre la población. Madrid, como centro neurálgico del imperio, no era ajena a estas tensiones. 1637 fue un año en el que el Siglo de Oro español seguía brillando intensamente. Madrid era el epicentro de una explosión cultural sin precedentes. Drama-

turgos como Pedro Calderón de la Barca, poetas como Francisco de Quevedo y pintores como Diego Velázquez estaban activos y producían algunas de sus obras más importantes.

El teatro seguía siendo una forma de entretenimiento popular y una plataforma para la crítica social y política. Las obras de autores como Tirso de Molina y Lope de Vega seguían siendo representadas y admiradas. Los corrales de comedias de Madrid eran centros vibrantes de la vida cultural.

En 1637, se estaban gestando las tensiones que llevarían a la Rebelión de Cataluña en 1640. El Conde—Duque de Olivares había implementado políticas impopulares para financiar las guerras del imperio, provocando descontento en varias regiones, incluida Cataluña.

En el ámbito militar, uno de los eventos más significativos fue el Asedio de Fuenterrabía (1638), que estaba en sus fases de preparación en 1637. Fuenterrabía era una plaza fuerte en la frontera con Francia, y su defensa era crucial para España.

La vida en la corte de Felipe IV estaba marcada por el lujo y la ostentación, aunque también por las intrigas y las luchas de poder. La aristocracia jugaba un papel crucial en la administración del imperio y en el patrocinio de las artes.

Mientras la élite disfrutaba de privilegios, la población común enfrentaba desafíos diarios debido a la crisis económica. Las clases bajas y medias luchaban por mantener su sustento en un entorno cada vez más difícil.

El año 1637 fue un año de contrastes, donde el esplendor cultural del Siglo de Oro coexistía con las dificultades económicas y las tensiones políticas. Este contexto proporcionaba un rico tapiz sobre el cual se desarrollaban la vida y las obras de figuras tan destacadas como Tirso de Molina y otros gigantes de la literatura y el arte español.

Con el tiempo, Tirso de Molina llegaría a ser nombrado para el obispado de Badajoz, tras rechazar el nombramiento del Consejo de Indias como obispo de Santo Domingo.

Posiblemente, por la publicación de la obra histórica mencionada, el 11 de julio de 1636 se le otorgó el grado de maestro

de la Orden, que, por un breve del pontífice Urbano VIII, se confirmaba un año después, pero Tirso no dio clases en ninguna universidad, sino en conventos de la Merced.

Tras su tiempo en Cataluña, donde había cumplido con la honorable labor de Definidor General y Cronista de su Orden, Tirso había regresado a la ciudad que le había visto alcanzar la cúspide de su carrera teatral. Su llegada fue discreta, envuelta en la austeridad propia de su hábito mercedario, pero su presencia no pasó inadvertida entre aquellos que admiraban sus ingeniosas obras y la agudeza de su pluma.

Al cruzar el umbral del convento de la Merced en Madrid, Tirso fue recibido con respeto y admiración por sus hermanos de fe. Aunque su regreso marcaba el fin de sus deberes en tierras catalanas, no significaba un retiro, sino un renacimiento de su pasión por la escritura. Su celda, austera y silenciosa, se convirtió en un santuario de creatividad, donde las velas titilantes iluminaban pergaminos y manuscritos esparcidos sobre una mesa de madera desgastada.

Madrid, con su bullicio y efervescencia, era una fuente inagotable de inspiración. Los corredores del Teatro del Corral de la Cruz y el Corral del Príncipe se llenaban de risas y aplausos, y Tirso, entre bastidores y balcones, observaba la vida con un ojo agudo, capturando las esencias de la comedia humana. Las experiencias vividas en Cataluña habían enriquecido su perspectiva, y con renovado fervor, comenzó a trazar nuevas historias que exploraban la condición humana, el honor, la justicia y la picaresca.

Las noches madrileñas, a menudo frías y estrelladas, eran testigos de sus incansables jornadas de escritura. En el sosiego de su celda, Tirso plasmaba en papel los diálogos chispeantes y los personajes complejos que le habían ganado un lugar en el corazón del público. La voz de Don Juan Tenorio, su creación más famosa, resonaba una vez más en sus pensamientos, desafiando las convenciones morales y las normas sociales de la época.

En 1637 escribió *Historia general de la Orden de Nuestra Señora de la Merced*. Esta obra es una crónica histórica que

detalla la fundación, el desarrollo y las actividades de la Orden de la Merced, una orden religiosa dedicada a la redención de cautivos cristianos. Tirso narra la fundación de la Orden de la Merced en el año 1218 por San Pedro Nolasco, junto con la ayuda del rey Jaime I de Aragón y San Raimundo de Peñafort. La obra destaca el objetivo principal de la orden, que era la liberación de los cristianos cautivos en manos de los musulmanes.

La crónica detalla el crecimiento y expansión de la orden a lo largo de los siglos, describiendo cómo se establecieron diversas casas y conventos en España y otros territorios, y cómo la orden se organizó y estructuró para llevar a cabo su misión.

Tirso de Molina documenta las actividades y logros de la orden, incluyendo las misiones de redención, las negociaciones para la liberación de cautivos y las hazañas de algunos de sus miembros más destacados. La obra resalta el sacrificio y la dedicación de los mercedarios en su labor humanitaria y religiosa.

A través de su narrativa, Tirso subraya los valores y principios de la orden, tales como la caridad, la misericordia y el compromiso con la redención de los cautivos. La obra refleja el espíritu de servicio y la devoción religiosa que caracterizan a los miembros de la orden. No solo es una crónica histórica, sino también una obra que destaca la importancia de la orden en la historia de la Iglesia y en la sociedad de su tiempo. Tirso de Molina busca poner en valor el papel de la orden en la liberación de los cautivos y su contribución a la fe cristiana. Es una obra que documenta la fundación, desarrollo y actividades de la Orden de la Merced, resaltando sus logros y su importancia tanto en la historia religiosa como en la sociedad. Tirso ofrece una crónica detallada y apasionada que celebra la misión y los valores de los mercedarios, subrayando su dedicación a la redención de cautivos y su servicio a la humanidad.

El 25 de enero de 1638 el padre Téllez declaraba su edad —cincuenta y siete años— ante el Tribunal de la Inquisición de Madrid para testificar que conocía a los parientes del jesuita dominicano padre Valdecillo, dato que viene a confirmar la fecha —antes indicada— de su nacimiento; el 8 de marzo firmó en Madrid *Las quinas de Portugal*.

Dos de sus últimas obras en prosa: *Deleitar aprovechando* (1635) y *Genealogía del conde de Sástago* (1640). En la primera, aborda varios temas y emplea una estructura dramática que permite reflexionar sobre aspectos de la vida y la sociedad de su tiempo. Esta obra es una comedia que mezcla elementos de humor, ingenio y reflexión social.

La obra sigue la estructura típica de las comedias de enredos, con situaciones cómicas y malentendidos que se resuelven de manera ingeniosa. Tirso utiliza el humor para abordar temas serios y ofrecer una reflexión sobre las costumbres y comportamientos sociales. Tirso a menudo utiliza sus comedias para criticar las normas sociales y las apariencias engañosas. En *Deleitar aprovechando*, examina cómo las personas pueden ser engañadas por las apariencias y cómo las convenciones sociales pueden afectar el comportamiento y las decisiones de los personajes.

La obra pone en valor la astucia y el ingenio como herramientas para superar obstáculos y resolver problemas. Los personajes recurren a estrategias inteligentes para alcanzar sus objetivos, mostrando la importancia del ingenio en la vida cotidiana. A través de la trama y los personajes, Tirso invita a la reflexión sobre cuestiones morales y éticas. La obra explora temas como el honor, la fidelidad y la integridad, presentando situaciones que ponen a prueba los valores de los personajes. La estructura de la obra es dinámica y rápida, con una serie de eventos que se desarrollan a un ritmo ágil. Tirso de Molina mantiene el interés del público mediante un ritmo vivaz y una serie de giros argumentales que mantienen la tensión y el entretenimiento. La comedia examina las relaciones entre los personajes, incluyendo el amor, la amistad y la rivalidad. Tirso de Molina utiliza estas relaciones para explorar la naturaleza humana y las dinámicas sociales, revelando tanto las virtudes como los defectos de los personajes.

La historia gira en torno a un grupo de personajes que se ven envueltos en una serie de enredos y situaciones cómicas. La trama se centra en cómo los personajes utilizan su ingenio y astucia para superar desafíos y alcanzar sus objetivos, mien-

tras enfrentan y resuelven malentendidos y conflictos. Tirso explora las apariencias engañosas, la astucia y las convenciones sociales, ofreciendo una reflexión sobre la moralidad y la naturaleza humana. La obra destaca por su ritmo dinámico y su capacidad para entretener mientras aborda temas profundos y relevantes.

En *Genealogía del conde Sástago*, noble aragonés, es una obra encargada por el propio conde de Sástago, don Juan Fernández de Heredia, para resaltar el linaje y la historia de su familia. Tirso de Molina, conocido por su habilidad en la literatura y su conocimiento de la historia, escribió este texto con el propósito de glorificar la genealogía del conde y la importancia de su estirpe. La obra se centra en proporcionar un relato detallado de la genealogía de la familia del conde de Sástago, así como los logros y hechos relevantes de sus antepasados. Tirso realiza una investigación exhaustiva sobre la historia de la familia y presenta los méritos y la relevancia de sus miembros en el contexto histórico de la época.

El propósito principal de la obra es elevar el prestigio de la familia del conde de Sástago, destacando sus contribuciones y el honor que han traído a su linaje. Tirso utiliza su talento como escritor para ofrecer una narrativa que enaltece a la familia y subraya su importancia dentro de la nobleza aragonesa.

Aunque la obra es fundamentalmente genealógica, Tirso emplea un estilo narrativo que refleja su habilidad literaria. La obra combina elementos de historia y literatura para presentar un relato atractivo y persuasivo sobre la familia del conde. Esta obra es un ejemplo de cómo Tirso también se dedicó a escribir obras de carácter histórico y genealógico, además de sus conocidas comedias y dramas. Este trabajo muestra su versatilidad como escritor y su capacidad para abordar diferentes géneros y temas.

La *Genealogía del conde de Sástago* es un texto que documenta la ascendencia y la historia de la familia del conde, resaltando sus logros y contribuciones a lo largo de los años. Tirso presenta una narrativa que combina hechos históricos con elementos laudatorios para glorificar el linaje del conde

y enfatizar su relevancia en la sociedad noble de su tiempo. Es una que se dedica a la exaltación de la familia del conde de Sástago mediante una detallada presentación de su historia y logros. Esta obra refleja la capacidad de Tirso para abordar temas históricos y genealógicos, además de sus conocidas contribuciones al teatro y la literatura.

En el año de nuestro Señor de 1639, en la España de los Austrias, una nación poderosa que se extendía desde el Nuevo Mundo hasta las tierras lejanas de Filipinas, el renombrado dramaturgo y clérigo Tirso de Molina se hallaba en el apogeo de su carrera literaria. Conocido por sus ingeniosas comedias y su maestría en la creación de personajes inolvidables, Tirso había dejado una huella imborrable en los corazones y mentes de aquellos que disfrutaban de sus obras en los teatros de Madrid y más allá.

En la vigorosa primavera de 1639, la capital de España, Madrid, estaba inmersa en una vibrante mezcla de actividad política y cultural. Los ecos de las campanas de las iglesias resonaban por las estrechas calles empedradas, mientras la vida bullía en mercados y plazas. En este escenario palpitante, regresaba uno de sus hijos más ilustres: fray Gabriel Téllez, conocido en el ámbito literario como Tirso de Molina.

A medida que el tiempo transcurría, Tirso de Molina no solo continuó enriqueciendo el panorama teatral español con sus obras, sino que también dejó una impronta duradera en la cultura madrileña. Sus comedias eran un reflejo de la sociedad, un espejo que mostraba tanto sus virtudes como sus vicios, con una maestría que pocos podían igualar.

Entre los aplausos de los espectadores y las críticas elogiosas de sus contemporáneos, Tirso vivió sus días en Madrid con una mezcla de serenidad y pasión. Su retorno a la capital no fue solo un regreso físico, sino una reafirmación de su compromiso con la palabra escrita, un renovado juramento de fidelidad a las musas que le habían acompañado a lo largo de su vida.

Una noche, mientras se encontraba en la biblioteca del convento, Tirso recibió una visita inesperada. Un joven mensajero, con el rostro iluminado por la luz de una vela temblorosa,

le entregó una carta sellada con el escudo de una familia noble. La misiva, escrita con letra firme y elegante, provenía de doña Beatriz de Silva, una mujer de noble cuna cuya familia había sido arruinada por la bancarrota y cuya fe se había tambaleado durante la peste.

Doña Beatriz solicitaba la ayuda de Tirso para mediar en un conflicto familiar que amenazaba con destruir lo poco que quedaba de su linaje. Sus hermanos, enfrentados por las tierras y el honor de la familia, no encontraban manera de reconciliarse, y ella temía que este rencor se perpetuara, llevando a la ruina total a su casa.

Movido por su sentido del deber y su compasión, Tirso aceptó intervenir. Al llegar a la mansión de los Silva, fue recibido con una mezcla de esperanza y escepticismo. La opulencia de antaño había dado paso a la decadencia, y los retratos de los ancestros parecían observar con tristeza desde las paredes.

Tirso reunió a los hermanos en el salón principal, donde las sombras danzaban bajo la luz de los candelabros. Con su voz serena pero firme, comenzó a hablarles de la importancia de la unidad y del perdón. Les recordó las enseñanzas de Cristo y la necesidad de superar el rencor para reconstruir no solo su familia, sino también su fe y su futuro.

Sus palabras, cargadas de sabiduría y empatía, lograron tocar los corazones endurecidos de los hermanos. Poco a poco, las tensiones se disiparon y las lágrimas de reconciliación comenzaron a fluir. Doña Beatriz, agradecida, vio cómo la esperanza renacía en su hogar, y Tirso, una vez más, demostró que su talento no solo residía en la pluma, sino también en su capacidad para sanar almas y unir voluntades.

El verano de 1639 fue testigo de este acto de reconciliación, una pequeña pero significativa victoria en medio de los desafíos de la época. Tirso de Molina, con su inquebrantable fe y su profunda humanidad, continuó dejando una huella imborrable en la vida de aquellos que tuvieron la fortuna de cruzarse en su camino. Y así, en una España marcada por la peste, la bancarrota y las recientes paces, Tirso siguió tejiendo historias de esperanza y redención, inmortalizando en su vida y en

su obra la esencia de una nación que, pese a sus tribulaciones, jamás dejaba de buscar la luz.

Así, fray Gabriel Téllez, bajo el nombre inmortal de Tirso de Molina, continuó tejiendo sus historias, inmortalizando en el papel la vida y el espíritu de una España vibrante y compleja, asegurando que su legado perdurara más allá de las fronteras del tiempo.

En una época en la que la Corte estaba repleta de afamados artistas, en Madrid iba buscando las mismas gentes, las mismas casas, los mismos motivos y rasgos de devoción, de ardor y de juventud. Pero no recordaba ni hallaba nada ni a nadie. Madrid había cambiado, era un excelente mercado de arte: iglesias, conventos, la construcción del palacio del Retiro, dieron trabajo a artistas como Carducho, Maíno, Zurbarán, Antonio Pereda y Leonardo. Hacía trece años que el genial Diego de Silva y Velázquez, pintor sevillano, había llegado a Madrid. En 1621 había fallecido en Madrid Felipe III y el nuevo monarca, Felipe IV, favoreció a un noble de familia sevillana, Gaspar de Guzmán, luego conde—duque de Olivares, que se convirtió en poco tiempo en el todopoderoso valido del rey. Olivares abogó por que la Corte estuviera integrada mayoritariamente por andaluces. El suegro de Velázquez, Pacheco debió entenderlo como una gran oportunidad para su yerno, procurándose los contactos oportunos para que Velázquez fuese presentado en la Corte, a donde iba a viajar so pretexto de conocer las colecciones de pintura de El Escorial. Uno de los valedores de Velázquez en la corte fue Luis de Góngora, que era capellán del rey a quien retrataría Velázquez por encargo de Pacheco, que preparaba un *Libro de retratos*.

En Madrid conoce a Calderón de la Barca que fue formado al igual que Lope por los jesuitas. Era una tarde de primavera, en la bulliciosa Madrid, cuando el destino entrelazó las vidas de Tirso de Molina y Pedro Calderón de la Barca.

Tirso, el venerado fraile mercedario, caminaba por las calles adoquinadas de la capital. Su figura, revestida en el austero hábito de su Orden, contrastaba con la riqueza de sus pensamientos y la profundidad de sus escritos. Aquel día, el

rumor de una representación teatral en el corral de comedias del Príncipe había atraído su atención. Se decía que la obra era una creación del joven y talentoso Calderón de la Barca, cuya fama comenzaba a resonar por todo el reino.

El teatro estaba lleno, con la expectación palpable en el aire. Nobles, burgueses y gentes del pueblo se reunían, unidos por el deseo común de ser transportados a través de la magia del escenario. Tirso, encontrando un lugar entre la multitud, observaba con ojos críticos pero también con la admiración de un maestro que reconoce el genio en la juventud.

La obra comenzó y, desde los primeros versos, Tirso se vio atrapado por la maestría de Calderón. La profundidad filosófica, el intrincado desarrollo de los personajes y la elegancia del lenguaje lo conmovieron profundamente. Al final de la representación, los aplausos estallaron como una tormenta de primavera, y Tirso supo que debía conocer al autor de tan magnífica obra.

En los pasillos del teatro, donde los murmullos y las risas llenaban el aire, Tirso vio a un joven de porte noble y mirada aguda, rodeado de admiradores y amigos. Era Pedro Calderón de la Barca, cuyos ojos brillaban con la satisfacción de haber cautivado a su audiencia. Armado con la humildad y la sabiduría de sus años, Tirso se acercó.

—Señor Calderón —dijo con voz firme pero amable—, permitidme felicitaros por vuestra obra. Soy fray Gabriel Téllez, aunque quizás me conozcáis por mi nombre de pluma, Tirso de Molina.

Calderón, sorprendido y honrado a la vez, inclinó ligeramente la cabeza en señal de respeto. —Maestro Tirso, es un honor recibir vuestras palabras. Vuestras comedias y dramas han sido para mí una fuente de inspiración inagotable.

Así comenzó una conversación que se prolongó durante horas. Los dos dramaturgos, separados por una generación pero unidos por el amor al teatro y la exploración de la condición humana, compartieron ideas y reflexiones. Tirso habló de su icónico Don Juan, de cómo había intentado capturar la esencia del libre albedrío y la redención. Calderón, por su

parte, reveló sus pensamientos sobre la vida como un gran teatro, un escenario donde cada hombre interpreta su papel, como había expresado en su obra *La vida es sueño*.

A medida que avanzaba la noche y las estrellas brillaban en el cielo madrileño, una amistad profunda y sincera floreció entre ellos. Tirso vio en Calderón un heredero digno de la rica tradición literaria que él mismo había ayudado a construir. Calderón, en Tirso, encontró a un mentor y a un compañero de espíritu, alguien que comprendía las complejidades de la creatividad y el peso de la responsabilidad moral.

Desde aquel encuentro, sus caminos se cruzaron en múltiples ocasiones, en tertulias literarias y debates teológicos, en los pasillos de los monasterios y en los patios de los teatros. Cada encuentro se convertía en un intercambio fructífero, un crisol donde las ideas se forjaban y las obras maestras tomaban forma.

En ese cruce de destinos, Tirso y Calderón dejaron una huella imborrable en la literatura española, una marca de genio y pasión que perduraría a lo largo de los siglos. Su amistad se convirtió en un testimonio del poder de las palabras, capaces de unir a los hombres más allá del tiempo y el espacio, en la eterna búsqueda de la verdad y la belleza.

Tirso de Molina frecuentaba los corrales de comedias para inspirarse en sus obras. El dominio que poseía Tirso del lenguaje le permitía insuflar vida y espontaneidad a los personajes. Además, era un personaje gracioso, de agudo ingenio, que, con sus ocurrencias, conseguía acentuar el chispeante humor de sus comedias. El género teatral se convirtió en espectáculo obligado en Madrid y en otras ciudades. Algunos comediantes como Lope de Rueda, se presentaba en los corrales con unas tablas y unos cuantos disfraces, con los que conseguía una atrevida y divertida acción. Estos corrales eran explotados por cofradías piadosas con fines benéficos. Eran patios o corrales de casas descubiertas, con un tablado para los actores. Los asistentes solían permanecer en pie.

Desde la Edad Media, en la procesión del Corpus se representaban obras con temas religiosos muy diversos. Poco a poco, se fue imponiendo, como tema más adecuado la fiesta del día, la exaltación de la Eucaristía. Las obras que lo desarrollan se llamaron *autos sacramentales*. En estos tiempos las ciudades rivalizaban brindar mayor esplendor de la fiesta, contrataban las mejores compañías, y encargaban *autos* a los mejores autores de comedias, que se representaban en tabladros o carros al paso de la procesión. Uno de estos autores a los que frecuentemente acudieron Madrid o Toledo fue a Lope que compuso muchas de esas obras, pero quien alcanzó la mayor perfección en el género fue Calderón, que se consagró exclusivamente al teatro.

Uno de los espectáculos de recreo que más en boga se puso cuando Tirso de Molina vivía en Madrid, además de las cañas y toros, y de los bailes y mascaradas, fueron las comedias, que casi proscritas en los reinados anteriores, se hicieron en éste la diversión favorita del rey, de la corte del pueblo. Así es que prosperó el arte de una manera maravillosa, dedicándose a la composición dramática los principales caballeros del momento. Se representaban comedias, no sólo en los corrales, en los palacios y en mansiones de los grandes, sino en las calles y en las plazas, bajo la forma de autos sacramentales. Los caballeros cortesanos, solían encontrarse en los aposentos de los cómicos y en amistosa familiaridad con ellos. Ésa era la fisonomía de Madrid en aquel momento.

El 4 de febrero de 1640, Tirso de Molina asiste a la inauguración del Coliseo del Buen Retiro, lugar donde se celebrarían magníficos espectáculos, convirtiéndose rápidamente en el principal lugar para las representaciones cortesanas, pues con su construcción se satisfacía un deseo largamente acariciado por los reyes contar con su propio teatro que permitiese distraerse ellos y el público madrileño.

Tras su apertura, a Calderón de la Barca le permitía muchas complicaciones estéticas y artísticas en sus representaciones, a las que asistía un variopinto público, tanto alto cortesanos

como público en general. Allí representó *El médico de su honra* y el *alcalde de Zalamea*.

En 1642 asistió al capítulo de Guadalajara. En el crepúsculo del siglo XVII, esta figura eminente se encontraba en la Castilla de la Mancha, entre las colinas ondulantes y los campos dorados. El fraile mercedario Tirso de Molina, conocido por su pluma afilada y su capacidad de reflejar la condición humana en sus obras, se preparaba para un viaje de gran importancia. Corría el año 1642, y el Capítulo General de la Orden de la Merced se convocaba en la ciudad de Guadalajara.

Tirso había visto muchas estaciones cambiar a lo largo de su vida de devoción y creación literaria. Ahora, a sus sesenta y tantos años, se dirigía a una reunión que prometía ser tanto una obligación religiosa como una oportunidad para la introspección y el debate.

El camino a Guadalajara estaba lleno de paisajes pintorescos y aldeas acogedoras, donde el bullicio del mercado y el aroma del pan recién horneado llenaban el aire. A lomos de un manso caballo, Tirso recorría los senderos polvorientos, acompañado por el susurro del viento que parecía llevar consigo fragmentos de sus propias obras: la seducción de don Juan Tenorio y los consejos sagaces de sus personajes femeninos.

Al llegar a Guadalajara, la ciudad lo recibió con el repique de campanas y el bullicio de preparativos. Monjes y frailes de toda España se reunían, intercambiando saludos y noticias, algunos con rostros conocidos, otros con la frescura de la juventud en sus ojos. Las calles empedradas resonaban bajo los pasos de la comunidad religiosa, mientras se dirigían al convento que albergaría el capítulo.

En el gran salón, los murales de santos y mártires parecían observar con severidad y sabiduría. Bajo esos ojos inquebrantables, Tirso se unió a sus hermanos en la oración y la reflexión. Las discusiones se centraron en la dirección de la Orden, la observancia de los votos y las respuestas a los desafíos de la época, en un mundo en constante cambio.

Las noches en Guadalajara ofrecían a Tirso momentos de soledad y contemplación. En la celda asignada, iluminada por la tenue luz de una vela, su mente viajaba entre recuerdos y reflexiones. Pensaba en las muchas veces que había explorado la dualidad del ser humano a través de sus escritos, y cómo, en cada historia, había buscado una verdad universal.

El capítulo llegó a su fin con la solemnidad de la misa de clausura. Los frailes se despidieron con abrazos y promesas de oración, llevando consigo las resoluciones tomadas y el espíritu de fraternidad renovado. Tirso, al salir de la ciudad, sintió una mezcla de melancolía y satisfacción. Sabía que su camino seguiría siendo el de la creación y la devoción, cada uno alimentando al otro en un ciclo sin fin.

A medida que se alejaba de Guadalajara, el paisaje castellano lo envolvía una vez más, y con cada paso, Tirso se sumergía de nuevo en la infinita novela de su propia vida, donde la historia, la fe y la imaginación se entrelazaban en un tapiz de eternidad.

Tras pasar unos meses en Guadalajara, regresó en el año 1643 a Toledo.

Al final de sus días, Tirso, contemplaba con serenidad el horizonte. Su vida había sido un testimonio vivo de la misericordia y la redención, y su legado perduraría en los corazones de aquellos a quienes había servido.

En el año de nuestro Señor de 1644, Toledo, la ciudad imperial de España, se hallaba envuelta en una atmósfera de tensión y expectación. Sus muros antiguos, testigos de innumerables eventos históricos, ahora resonaban con los ecos de una sociedad en cambio. Tirso de Molina se encontraba nuevamente en esta ciudad cargada de historia y misticismo.

Para entonces, Tirso era un hombre maduro, venerado tanto por su obra literaria como por su devoción religiosa. Había sido llamado a Toledo para asistir a un Capítulo de su Orden de la Merced, donde se discutirían asuntos de gran importancia para la comunidad mercedaria. A pesar de su avanzada edad, su mente seguía siendo aguda y su espíritu incansable.

Una tarde de verano, mientras la luz dorada del sol se filtraba por las altas ventanas góticas del convento, Tirso se encontraba en la biblioteca, rodeado de pergaminos y manuscritos. La tranquilidad de aquel refugio se vio interrumpida por la llegada apresurada de uno de los novicios. Con el rostro pálido y la voz temblorosa, el joven le informó de un extraño suceso ocurrido en las inmediaciones del convento: un anciano mendigo había sido encontrado inconsciente y gravemente herido en una callejuela cercana.

Tirso, movido por su compasión y su sentido del deber, decidió acudir al lugar acompañado por el novicio. Al llegar, encontraron al mendigo en un estado deplorable, apenas consciente. Tirso, conmovido por su sufrimiento, ordenó que lo trasladaran al convento para recibir cuidados.

Durante los días siguientes, Tirso visitó al anciano regularmente. A medida que su salud mejoraba, el mendigo comenzó a hablar, revelando una historia que dejó a Tirso profundamente impresionado. Se trataba de don Fernando de la Torre, un antiguo caballero caído en desgracia tras perder su fortuna y su familia en una serie de desdichas y traiciones. Su vida había sido un descenso a los infiernos de la pobreza y el abandono, pero su espíritu aún conservaba fragmentos de nobleza y dignidad.

Intrigado y conmovido por la historia de don Fernando, Tirso decidió ayudarlo. Utilizando sus contactos y su influencia, comenzó a investigar las circunstancias que habían llevado al caballero a tal estado. Pronto descubrió que la desgracia de don Fernando había sido causada por la avaricia y la malicia de un poderoso noble toledano, don Rodrigo de Guzmán, quien había conspirado para despojarlo de sus bienes y arruinar su vida.

Con una determinación férrea, Tirso se propuso restaurar la justicia. A través de cartas y audiencias, apeló a las autoridades y utilizó su habilidad para la persuasión y la retórica. Sus esfuerzos finalmente dieron fruto cuando se ordenó una investigación oficial que exoneró a don Fernando y reveló la verdadera naturaleza de don Rodrigo. La justicia, aunque

tardía, prevaleció, y don Fernando fue restaurado en su honor y dignidad.

Este acto de justicia resonó profundamente en la comunidad toledana, reafirmando la reputación de Tirso como un defensor de los oprimidos y un hombre de gran integridad. Sin embargo, para Tirso, el verdadero logro no estaba en el reconocimiento público, sino en el alivio y la restauración de un alma atormentada.

El verano de 1644 en Toledo fue testigo de un capítulo más en la vida de Tirso de Molina, donde la combinación de su fe y su talento literario se unieron para enfrentar la injusticia y restaurar el equilibrio moral. Y así, entre las sombras de los edificios centenarios y las luces del atardecer, Tirso de Molina continuó su misión, dejando una huella indeleble en la historia y en los corazones de aquellos que tuvieron la fortuna de cruzarse en su camino.

En el otoño de 1645, cuando las hojas de los robles y los castaños se tornaban de un dorado cobrizo y el aire fresco traía consigo el aroma de la tierra húmeda, un hombre cargado de años y sabiduría se dirigía hacia un nuevo capítulo de su vida. Tirso de Molina, el venerado fraile mercedario y maestro de la literatura, se encontraba en una encrucijada personal y profesional. Con su paso medido y su mirada introspectiva, se encaminaba hacia el Capítulo de Castilla.

El destino le llevaba al corazón de la meseta castellana, donde se reunían los más ilustres miembros de la Orden de la Merced. La ciudad de Valladolid, con su bullicio y sus calles adoquinadas, era el epicentro de esta magna asamblea. Allí, en la solemnidad de sus monasterios y el esplendor de sus iglesias, se deliberaría el futuro de la orden y el lugar que cada miembro ocuparía en ella.

Al llegar a Valladolid, Tirso fue recibido con la deferencia que su reputación merecía. Sus contemporáneos lo saludaban con respeto, conscientes de estar en presencia no sólo de un hombre de fe, sino también de un narrador que había sabido plasmar la esencia del alma humana en sus escritos. Entre los ecos de rezos y las sombras de los claustros, las conversacio-

nes se entrelazaban con el fervor de los debates teológicos y las decisiones administrativas.

El 2 de octubre, un día que comenzaba con la bruma del amanecer disipándose bajo el sol otoñal, fue crucial para Tirso. En la gran sala capitular, donde los techos altos y los muros de piedra reflejaban la historia y la tradición, se llevó a cabo la elección de nuevos cargos dentro de la orden. Las antorchas parpadeaban en los candelabros, proyectando sombras danzantes que parecían susurrar secretos del pasado.

En medio de una atmósfera cargada de expectación, se anunció el nombramiento de Tirso de Molina como comendador del Convento de Soria. El aplauso contenido de sus hermanos frailes resonó en el recinto sagrado, un reconocimiento silencioso a su dedicación y sabiduría. Tirso, con una humilde inclinación de cabeza, aceptó el honor que se le otorgaba, sintiendo el peso y la responsabilidad de su nuevo rol.

La jornada concluyó con una solemne misa de acción de gracias, donde los cantos gregorianos llenaron la iglesia y las oraciones ascendieron como humo de incienso hacia los cielos. Al finalizar, Tirso se retiró a sus aposentos, donde, a la luz vacilante de una vela, meditó sobre el camino que tenía por delante. Soria, con sus montañas y ríos, sería su nuevo hogar, un lugar donde podría continuar su labor espiritual y creativa.

Con el amanecer de un nuevo día, Tirso se preparó para partir hacia Soria. El viaje, a través de campos y colinas, le ofrecía tiempo para reflexionar sobre su vida y su misión. Sabía que, en su nuevo cargo, tendría la oportunidad de guiar a otros, de infundir en ellos la misma pasión por la fe y el conocimiento que siempre había cultivado.

Así, con la determinación de un hombre cuya vida había sido una constante búsqueda de verdad y significado, Tirso de Molina emprendió el camino hacia su nuevo destino. En cada paso, en cada pensamiento, se entrelazaban la historia y la esperanza, la dedicación y la inspiración, en una narrativa que trascendía el tiempo y se inscribía en la eternidad.

En el año 1646 residía en Soria. En esa última etapa de su vida soñaba todas las noches. Sueños de ancianidad y niñez,

combinados juntos. El pasado se nos estampa con sol de poniente, de sombras tendidas en el horizonte del amanecer.

En un principio, cuando llegó a Soria, se encontró en una población fría, había helado, las masas de hielo crujían. Era como si Tirso se hubiese lanzado contra un enorme lienzo, como una mancha gris y blanca, el frío otoñal había desplegado sus fuerzas con desprecio absoluto ante los transeúntes. El viento gélido soplaba entre las casas, enviando escalofríos por las espaldas de aquellos que se aventuraban por las calles abarrotadas. A pesar del clima implacable, la energía de la ciudad persistía, palpable en cada paso apresurado y en cada conversación susurrada entre los transeúntes. Para el fraile, el frío de octubre era un recordatorio de la fugacidad de la vida, una llamada a apreciar cada momento y cada encuentro como un regalo precioso. A medida que caminaba entre la multitud, compartía sonrisas y palabras de aliento con aquellos que se cruzaban en su camino, ofreciendo un rayo de calor humano en medio del otoño.

Aunque el frío penetraba hasta los huesos, el fraile encontraba consuelo en el calor de su fe y en la compañía de aquellos que lo rodeaban. Cuando comenzó a deshelar, el agua corría por las calles y empezó a caer de los tejados como una fina lluvia. Nuestro buen fraile observaba extraño luces que se reflejaban en los charcos.

A los pocos días de su llegada, se metió de lleno en la vida soriana, la gente le había hecho pensar de otra manera. Soria, ciudad rica en historia y cultura, le brindó a Tirso una perspectiva diferente gracias a su patrimonio, sus costumbres o su estilo de vida. Se había convertido en un centro de comercio y prosperidad. La historia de Soria ofrece múltiples ángulos desde los cuales una persona podría haber sido influenciada profundamente, cambiando su manera de pensar al sumergirse en la rica herencia y las experiencias de la ciudad.

Cuando caía la tarde, paseaba por Soria. El cielo se había nublado ligeramente, pero no hacía frío. Tirso de Molina se dio cuenta de que nunca podría olvidar aquella noche, ni los grupos de gentes que pululaban por los barrios o que paseaban por aquella plaza de San Pedro donde se celebraba el mercado

o las corridas de toros, ni el revuelo del viento que venía por todas partes en la calle Real o en la plaza del Trigo. Frecuentemente visitaba la ermita de San Saturio con el padre Nicolás de Fuenterrabia, compañero vasco con el que se granjeó una buena amistad.

Allí en medio del gran recuesto de una enorme peña estaba la cueva del santo ermitaño Saturio, anacoreta visigodo del siglo VI, que era tenida en mucha veneración, por haber sido morada de los dos santos. En la cumbre de Santa Ana estaba la ermita de San Miguel, llamada de la peña, donde reposaba el cuerpo de San Saturio en capilla particular, cavada en la peña. San Saturio había sido nombrado patrón de Soria en 1628. Cuando llegaron a lo más alto, desde la ermita, se quedaron sin decir palabra. Los dos frailes podían contemplar un bello paisaje bañado por las aguas del río Duero. Aquella sensación fue maravillosa. Tirso tenía la impresión de que se habían quedado cristalizados con la sonrisa de felicidad inmovilizada en sus labios, como estatuas de un cuadro inmutable, ya que la belleza que contemplaban se quedó impresionada en su alma. Se sentaron en una roca, olvidados del mundo, para grabar mejor el recuerdo de aquel espectáculo.

Al rato, Nicolás hizo un gesto como diciéndole a Tirso que ya lo habían visto bastante y entraron en la ermita. Tirso y Nicolás, se postraron de rodillas ante un Crucificado, una talla gótica del siglo XIV.

Después de una larga temporada, en 1648, Tirso tuvo que realizar un viaje a Madrid. Le acompañó el padre Melchor de Santa Cruz. Tirso y Melchor se precipitaban sobre los pueblos como una tempestad, las agrias laderas, los filos de las montañas, el hondo horizonte.

Pero, en el camino, Tirso comenzó a encontrarse mal. Soltó un gemido, débil, lleno de todo el horror que el alma humana puede dar a un sonido inarticulado, pasando a un estremecimiento por su débil cuerpo. Tenía sesenta y nueve años de edad. Intentó reanudar el camino, pero fracasó, con los ojos desorbitados y silenciosos, miraba al padre Melchor lleno de angustia, estremeciéndose de dolor. Logró sostenerse un ins-

tante, incluso esbozó una leve sonrisa, pero al intentar pronunciar una palabra, débilmente, se desmayó.

Su compañero, el padre Melchor de Santa Cruz le llevó al convento de Almazán (Soria). Tirso recobró el conocimiento, gracias al agua fresca con que le bañaron el rostro. En la cena no quiso comer nada más que sopas de ajo y puchero de enfermo. Después le pasaron a una celda. Las pulsaciones de su corazón iban cesando poco a poco. El espíritu desceñido de su frágil cuerpo, libre de las cadenas de la materia, sin la sombra de los sentidos, llegaba a su fin, llegaba a la eternidad y comenzaba a aletear cual la alondra inmóvil a la luz del sol ante el centro que por su único de las almas.

En estos últimos momentos de su vida, con la sombra de la muerte asomándose, aún recordaba con gratitud los días de intensa colaboración y camaradería con Dávila. Y Francisco, en sus momentos de reflexión, sabía que había contribuido a la posteridad del teatro español, no solo con su apoyo, sino con su amistad inquebrantable. Así, en el gran tapiz de la historia, la amistad entre Tirso de Molina y Francisco Dávila brilla con una luz especial, un testimonio del poder del arte y la lealtad en una era de esplendor y transformación.

Al día siguiente, comenzaron a sonar graves, tristes y despaciosas las doce en el convento, y luego el toque de maitines en la torre. Moribundo, Tirso alzó la vista y dándoles el postrer a los presentes, besó los pies de un Cristo que tenía el padre Melchor en las manos, diciendo: *"In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum"*, y expiró.

Falleció en el convento de Almazán, escuálido de calentura, era el 20 de febrero de 1648. A la débil luz de una vela, el padre Melchor en la celda, le invadió la quietud de la muerte y un temor extraño, creciente, penetró en el alma del fraile mientras rezaba junto al lecho de Tirso de Molina, que estaba echado sobre un camastro, los brazos unidos en el pecho, unidos por los huesudos dedos y un rostro blanco, como la cera. El silencio se imponía. Aún sonaba el toque de maitines en la torre. Murió, olvidado de casi todos, y tan sólo se dijeron unas misas en sufragio suyo en los conventos mercedarios de Castilla.

Recibió sepultura en la capilla de enterramiento de los frailes. Allí, en la iglesia del abandonado convento de Almazán reposan sus restos. El poeta, el escritor que cansado y humilde había visto dormirse los años al amor de aquellos cipreses trujillanos, que supo armonizar a la perfección su condición de fraile mercedario y de comediógrafo, tanto de piezas de asunto profano como de materia sagrada.

Tirso no murió en el olvido, nos quedan sus obras, que reflejan su conocimiento bíblico y filosófico, aunque también nos sorprende con comedias satíricas, mujeres disfrazadas de hombres, chistes escatológicos. Aunque tendrían que pasar hasta casi dos siglos después de su muerte para en que comenzara a restablecer su enorme importancia como dramaturgo, narrador, poeta y como testimonio de su consagración a Dios y al servicio de los hermanos, Hartzenbusch y algunos eruditos. A nosotros nos ha llegado el legado de sus comedias más conocidas, pedestales de una fama reconocida mundialmente: *El burlador de Sevilla* y *Convidado de piedra*, *El condenado por desconfiado*, *La prudencia en la mujer*, *Don Gil de las calzas verdes*, *La villana de Vallecas*, *Los balcones de Madrid*, *La Dama del Olivar*. Y, autos sacramentales como *El colmenero divino* y *Los hermanos parecidos*.



Convento de Nuestra Señora de Almazán (Soria)



Tirso de Molina, por Juan Vancell (Gerona, 1881)

7

Bibliografía consultada y obras de Tirso de Molina

1.— Bibliografía consultada

- Arellano, I y B. Oteiza, M.^a del C. Pinillos y M. Zugasti (eds.): *Tirso de Molina: del Siglo de Oro al siglo xx* (Actas del Coloquio Internacional, Pamplona, Universidad de Navarra, 15—17 de diciembre de 1994), Madrid, Revista Estudios, 1995 (especialmente L. Vázquez: “Tirso de Molina: del ‘enigma biográfico a la biografía documentada””, pp. 345—365).
- Arellano, I y B. Oteiza y M. Zugasti (eds.): *El ingenio cómico de Tirso de Molina. Actas del II Congreso Internacional* (Pamplona, Universidad de Navarra, 27—29 de abril de 1998), Pamplona— Madrid, IET, 1998.
- Bushee, A. H: “Tirso de Molina, 1648—1848”, en *Revue Hispanique*, LXXXI, 2.^a parte (1933), pp. 338—362.
- Cabrera, J. de: Relación de autos de fe. Colección de Cisneros, manuscritos.
- Calvo, M: “*Tirso de Molina. Ruta del siglo de Oro*”, en *Rutas literarias de Toledo*. Toledo: Cuarto Centenario, 1992, pp. 159—161.
- Casalduero, J: “Sentido y forma de *El vergonzoso en palacio*”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XV (1961), pp. 198—216.

- Cáseda Teresa, J. F: “El Maestro Tirso de Molina y “don Juan Tarsis de Malinas” (conde de Villamediana). Una lectura “en clave” de El burlador de Sevilla”, *Hipogrifo*, 2019, 7(1), Enero—Junio.
- Cotarelo y Mori, E: *Tirso de Molina. Investigaciones bio—bibliográficas*, Madrid, Enrique Rubiños, 1893.
- Cotarelo y Mori, E: “Últimos estudios acerca de *El burlador de Sevilla*”, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XVIII (1908), pp. 75—86.
- Dellapiane, A. B: “Ficción e historia en la *Trilogía de los Pizarros*, de Tirso”, en *Filología* IV (1952—1953), números 1—3, Buenos Aires.
- Dolfi. L y E. Galar (eds.): *Tirso de Molina. Textos e intertextos. Actas del Congreso Internacional organizado por el GFISO y la Universidad de Parma* (Parma, 7—8 de mayo de 2001), Madrid, Revista Estudios— Pamplona, GRISO, 2002.
- Dotras Bravo, A: “Portugal, lo portugués y el portugués en el teatro de Tirso de Molina”, *Colóquio Letras*, 178, 2011 (número monográfico: Siglo de Oro. Relações hispanoportuguesas no século XVII), pp. 99—108.
- Hesse, E. W: “Bibliografía de Tirso de Molina”, en *BH*, LI (1949), pp. 317— 333.
- Florit Durán, F: *Tirso de Molina ante la comedia nueva. Aproximación a una poética*, Madrid, *Revista Estudios*, 1986.
- Florit Durán, F: “El teatro de Tirso de Molina tras el episodio de la Junta de reformación”, en *La década de oro de la comedia española, 1630—1640. Actas de las XIX Jornadas de Teatro Clásico*, ed. Felipe B. Pedraza Jiménez y Rafael González Cañal, Almagro, Ediciones de la Universidad de Castilla—La Mancha/ Festival de Almagro, 1997, pp. 85—102.
- Florit Durán, F: “Ad devotionem excitandam: doña Beatriz de Silva de Tirso de Molina”, *Estudios Románicos*, Volumen 16—17, 2007—2008, pp. 441—450.
- Gamarra, P: *Aguafuertes toledanos*, Toledo. 1977.
- García Blanco, M: “Tirso de Molina y América”, *Cuadernos hispanoamericanos*, número 17, sep—octubre— Madrid, 1950.
- Gonzalez Castro, E: “La *Historia General*, de Gabnel Téllez, en el conjunto de la historiografía mercedaria del siglo XVII”, *Homenaje a Tirso de Molina* (Madrid: *Revista Estudios*, 1981). pp. 537—574.

- Krauss, W: "El concepto de Don Juan en la obra de Tirso", en *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, V (1923), pp. 348—360.
- Lee Kennedy, R: "Sobre la relación de Tirso con Cervantes", *Boletín de la Real Academia Española*, Madrid, 1979.
- Lee Kennedy, R: "Studies for the Chronology of Tirso's Theatre",. HR, XI, *Boletín de la Real Academia Española*, 1943.
- López de Mesa, P: *Relación verdadera del auto de fe que se celebró en Madrid a 4 de julio de 1626*.
- McClelland, I: *Tirso de Molina. Studies in Dramatic Realism*, Liverpool, Institute of Hispanic Studies, 1948.
- Menéndez Pelayo, M: "Investigaciones biográficas y bibliográficas sobre Tirso de Molina", en *La España Moderna*, LXIV (1894), pp. 117—157.
- Menéndez Pidal, R: "*El condenado por desconfiado*" de Tirso de Molina (discurso de recepción en la Real Academia Española), Madrid, Est. Tipográfico de la Viuda e Hijos de M. Tello, 1902.
- Menéndez Pidal, R: "Más sobre las fuentes del *Condenado por desconfiado*" en *BH*, VI (1904), pp. 38—43.
- Menéndez Pidal, R: "Sobre los orígenes del convidado de piedra", en *Estudios Literarios*, Madrid, Espasa Calpe, 1968 (9.^a ed.), pp. 67—88.
- Menéndez Pidal, R: "Sobre los orígenes de 'El convidado de piedra'", en *Cultura Española*, II (mayo de 1906), pp. 449— 456.
- Miró Quesada Sosa, A: *El Perú en la obra de Tirso de Molina*. Discurso de incorporación a la Academia Peruana de la Lengua, correspondiente a la Real Española, pronunciado el 22 de marzo de 1948.
- Morel—Fatio, A: "Études sur le théâtre de Tirso de Molina: *La prudence en la mujer*", en *Bulletin Hispanique (BH)*, II (1900), pp. 85—109 y 178—203.
- Muñoz Peña, P: *El teatro del Maestro Tirso de Molina (estudio crítico—literario)*, Madrid, 1889.
- Naranjo Alonso, C: *Trujillo y sus monumentos*, Publicado por Fical-Book, Madrid, 1983.
- Naranjo Alonso, C: *Trujillo, sus hijos y monumentos*, 1929.
- Nolasco Pérez, P: *Religiosos de la Merced que pasaron a la América Española (1514—1777)*, con documentos del Archivo General de Indias, Sevilla, 1924.

- Nougué, A: “La obra en prosa de Tirso de Molina”, en *ayer y hoy*, revista de Arte y Letras, 79, abril—septiembre.
- Oteiza, B: “Portugal, lo portugués y el portugués en el teatro de Tirso de Molina”, *Colóquio Letras*, 178, 2011 (número monográfico: Siglo de Oro. Relações hispanoportuguesas no século XVII), 2011, pp. 99—108.
- Pallarés, B y J. K. Madsen (ed.): *Tirsiana. Actas del Coloquio sobre Tirso de Molina* (Copenhague, 22—24 de noviembre de 1984), Madrid—Copenhague, Castalia—Instituto de Lenguas Románicas, 1990.
- Pallares Garzón, M. B: *Acercamiento a Tirso de Molina: contribución al estudio de dos temas en su obra: matrimonio, melancolía*, Roma, Editiones Fratrum Editorum Ordinis de Merced, 2010.
- Paterson, A. K. G: “Tirso de Molina como invento literario. Reflexiones sobre el seudónimo”, en *Ramillete de los gustos: burlas y veras en Tirso de Molina*, ed. Ignacio Arellano, Burgos, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2005, pp. 341—356.
- Penedo, P: “Noviciado y profesión de Tirso de Molina, 1600?—1601” y “Muerte documentada del Padre Maestro fray Gabriel Téllez en Almazán y otras referencias biográficas”, en *Estudios*, I (1945), pp. 82—98 y pp. 192—204.
- Penedo, M: “Documentos para la biografía de Tirso de Molina”, en *Estudios*, V (1949), págs. 1—13, pp. 19—122, pp. 123—155 y pp. 725—726.
- Penedo, M: “La primera firma de Tirso de Molina: Guadalajara, 1603. Glosas y documentos”, en *Estudios*, VIII (1952), pp. 115—130.
- Pérez de Montalbán, J: *Para todos, Exemplos Morales, Humanos y Divinos*. Huesca, 1633. En el Índice de Ingenios de Madrid, núm. 133, Biblioteca Nacional, 2—51—988.
- Pérez Rioja, J. A: *Biografía de Gabriel Téllez*. Real Academia de la Historia, Madrid, 2011.
- Pizarro de Orellana, F: *Varones ilustres del Nuevo Mundo: descubridores, conquistadores, pacificadores del opulento, dilatado y poderoso imperio de las Indias Occidentales: sus vidas, virtud, valor, hazañas y claros blasones*, Publicado por Wentworth Press, 2018.
- Placer, G: “Ediciones de Tirso de Molina a partir de 1965”, en *Estudios*, 92 (1971), pp. 113—126.

- Placer, G: “Uso y presencia de la música en las obras de Tirso de Molina (II y III)”, en *Estudios*, 36 (1980), n.º 128, pp. 39—69, y n.º 129, pp. 179—212.
- Ramos Rubio, J. A: “El Convento de la Merced o el Convento de Ntra. Sra. de la Piedad en Trujillo”. Revista *La Piedad*, mes de julio, Trujillo, 2001, p. 29.
- Ramos Rubio, J. A: “Referencias a la ciudad de Trujillo en viajeros y cronistas en el siglo XVIII”. Revista Trimestral de la orden de la Merced, *Estudios*, julio—septiembre, número 226, Madrid, 2004, pp. 85—107.
- Ramos Rubio, J. A: “Memoria histórico—artística y documental del convento de la Merced de Trujillo. Proceso de rehabilitación de un edificio del siglo XVII y su adaptación a otros usos”. Revista *Ars et Sapientia*, núm. 12, diciembre, 2003, pp. 55—79.
- Ríos de Lampérez, B. de los: “La fecha del nacimiento de Tirso de Molina”, en *Revista de la Universidad de Madrid*, t. II, fasc. I (1942), pp. 76—93.
- Ríos de Lampérez, B. de los: *El enigma biográfico de Tirso de Molina*. Conferencia, Madrid, Alberto Fontana, 1928.
- Ríos de Lampérez, B. de los: *Obras dramáticas completas*. Madrid, Aguilar, 1946, 1952 y 1958. Obras Eternas. 1ª edición. 3 vols.
- Said Armesto, V: *La leyenda de Don Juan*, Madrid, 1908.
- Solano, F. de; Peset, M; Domínguez Ortiz, A y Peset, J. L: “Siglo XVII: Esplendor y decadencia”, en *Historia de España*, vol. IV (Dir. Juan Manuel Prado), *Desde el reinado de Felipe III al reformismo borbónico*, Plaza y Janés, Barcelona, 1985.
- Téllez, G, fray: *Historia General de la Orden de Nuestra Señora de las Mercedes*, Ms. Real Academia de la Historia.
- Tena Fernández, J: *Trujillo, histórico y monumental*, Gráf. Alicante, 1967.
- Tirso de Molina: *Teatro escogido de Fray Gabriel Téllez, conocido con el nombre de El maestro Tirso de Molina*. Madrid, 1839.
- Tirso de Molina: *Obras dramáticas completas*, Madrid, Aguilar, 1946.
- Tirso de Molina: *Comedias escogidas de Fray Gabriel Téllez (el Maestro Tirso de Molina)*. Madrid, 1866.
- Vázquez, G: *La Orden de la Merced en Hispanoamérica*, Madrid, 1968.

- Vázquez Fernández, I: “Tirso no residió en Segovia los años 1615—1616”, en *Estudios*, 38 (1982), pp. 433—437.
- Vázquez Fernández, L: “Tirso de Molina y América”, en I. Arellano, C. Pinillos, M. Vitse y F. Serralta (eds.), *Studia Aurea. Actas del III Congreso de la AISO* (Toulouse, 1993), vol. II, Pamplona, GRISO—IET, 1996, pp. 405—411.
- Vázquez Fernández, L: “Apuntes para una nueva biografía de Tirso”, en *Estudios*, 43 (1987), pp. 9—50.
- Vázquez Fernández, L: “Viva actualidad biográfica de Tirso de Molina y su obra”, en J. A. Rodríguez Mouriño (dir.), *Ruta Cicloturística del Románico Internacional*, XXVI (2008), pp. 350—355.
- Vázquez Fernández, L: *Tirso y los Pizarro. Aspectos histórico—documentales*, estudios de Literatura 20, Teatro del Siglo de Oro, Ed. Kurt und Roswiths Reichenberger, Kassel, 1993.
- Vázquez Fernández, L: “Gabriel Téllez nació en 1579. Nuevos hallazgos documentales”, en *Homenaje a Tirso*, Madrid, 1981. *Revista Estudios*, 1981, pp. 19—36.
- Vázquez, L: “Apuntes para una nueva biografía de Tirso de Molina”, en *Actas del I Simposio Internacional sobre Tirso*, Washington, 1985, pp. 9—50.
- Vázquez Fernández, L: “Tirso de Molina, probable autor del *Quijote* de Avellaneda”, en Christoph Strosetzki (ed.), *Actas del V Congreso Internacional de la Asociación Internacional del Siglo de Oro* (Münster, 20—24 de julio de 1999), Madrid, Ibero—Americana—Frankfurt, Vervuert, 2001.
- Vázquez, L: “Biografía de Tirso de Molina”, *Anthropos*, Extra 5, 1999, pp. 14—19.
- Vázquez, L: “Actualidad biográfica de Tirso de Molina y su obra”, *Anales de la Real Academia de Doctores*, 6, 2002, pp. 55—65.
- Vega Carpio, F: *Justa poética y alabanzas justas que hizo la villa de Madrid al bienaventurado San Isidro*, Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1622.
- Vossler, K: “Vida y personalidad. Elementos autobiográficos en su teatro”, en *Lecciones sobre Tirso de Molina*, Madrid, Taurus, 1965, pp. 25—44.
- VV. AA: *Homenaje a Tirso de Molina*, Madrid, *Revista Estudios*, 1981.

VV. AA: *Góngora y Tirso de Molina: lo culto y lo sorprendente*, Madrid, 2021.

VV. AA: *Homenaje a Tirso de Molina*, en *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, X, n.º 2 (1986).

VV. AA: *Tirso en el siglo XXI*, en *Ínsula*, extra 681. 2003.

Wilson, E. M y Duncan Moir: "Tirso de Molina", en *Historia de la literatura española*, vol. 3: *Siglo de Oro: teatro*, Barcelona, Ariel, 1985, cap. 5, pp. 155—175. (6ª ed. rev.).

2.— Bibliografía de las obras de Tirso de Molina:

Tirso de Molina escribió unas cuatrocientas obras, de las que se conservan cerca de cien, seguidamente destacamos sus obras más significativas.

Doce Comedias nuevas... Primera parte, Sevilla, Lyra, 1627; *Segunda parte*, Madrid, Imprenta del Reino, 1635; *Tercera parte*, Tortosa, Martorell, 1634; *Cuarta parte*, Madrid, Quiñónez, 1635; *Quinta parte*, Madrid, Imprenta Real, 1636; *Comedias escogidas*, Madrid, Ortega y Cía., 1826—1834, 4 vols.; *Teatro escogido*, ed. de J. E. Harzenbusch, Madrid, Yenes, 1839—1842, 12 vols.; *Comedias escogidas*, ed. de J. E. Harzenbusch, Madrid, Rivadeneyra, 1848 (Biblioteca de Autores Españoles, 5) [con 36 títulos]; *Comedias*, col. ordenada e ilustrada por E. Cotarelo y Mori, Madrid, Bailly—Baillièrre, 1906—1907, 2 vols. (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 4, 9 [con 45 títulos]; *Obras dramáticas completas*, ed. crítica por B. de los Ríos, Madrid, Aguilar, 1946—1959, 3 vols. [la más completa, con 82 títulos, a veces con textos poco fiables]; *Poesías líricas*, ed., intr. y notas de E. Jareño, Madrid, Castalia, 1969; *Obras*, ed., pról. y notas de M.ª del P. Palomo, Madrid, Atlas, 1970—1971, 5 vols. (Biblioteca de Autores Españoles, 236, 242); *Historia general de la Orden de la Merced*, intr. y ed. crítica por M. Penedo, Madrid,

Revista Estudios, 1973— 1974, 2 vols.; *Poesía lírica: Deleitarse aprovechando*, est., notas y comentarios por L. Vázquez, Madrid, Narcea, 1981; *El vergonzoso en palacio*; *El condenado por desconfiado*, ed., intr. y notas de A. Prieto, Barcelona, Planeta, 1982; *El Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra*, ed. crítica, intr. y notas de L. Vázquez, Madrid, Estudios, 1989; *El burlador de Sevilla*, ed. de A. Rodríguez López—Vázquez, Barcelona, Altaya, 1996; *Celos con celos se curan*, ed. crítica, est. y notas de B. Oteiza, Kassel, Reichenberger, 1996; *Cigarrales de Toledo*, ed. de L. Vázquez, Madrid, Castalia, 1996; *Don Gil de las calzas verdes*, ed., intr. y notas de F. Florit Durán, Madrid, Bruño, 1996; *Autos sacramentales*, ed. crítica, est. y notas de I. Arellano, B. Oteiza y M. Zugasti, Pamplona, Instituto de Estudios Tirsianos (IET), 1998; *La Trilogía de los Pizarro*, ed. de Miguel Zugast, 1993; *Panegírico a la casa de Sástago* (poema inédito), ed., est. y notas de L. Vázquez, Madrid, Revista Estudios—Pamplona, GRISO (Universidad de Navarra), 1998; *Obras completas. Cuarta parte de comedias I*, ed. crítica del Instituto de Estudios tirsianos (IET), dir. por I. Arellano, Pamplona, Universidad de Navarra—Madrid, Revista Estudios, 1999; *La venganza de Tamar*, ed. de F. de Cesare, Nápoles, Istituto Universitario Orientale, 2001; *La villana de Vallecas*, ed. crítica, est. y notas de S. Eiroa, Madrid—Pamplona, IET, 2001; *La gallega Mari Hernández*, ed. de S. Eiroa, Pamplona—Madrid, IET, 2003; *Las quinas de Portugal*, ed. de C. C. García Valdés, Pamplona— Madrid, IET, 2003.

3.— Obras de Tirso de Molina:

Comedias

El vergonzoso en palacio (1611)

El melancólico (1611)

Cómo han de ser los amigos (1612)

La villana de la Sagra (1612)
El castigo del pensé que (1614)
Quien calla, otorga (1614)
Marta la piadosa (1614)
Don Gil de las calzas verdes (1615)
Amar por señas (1615)
El amor médico (1620)
La celosa de sí misma (1620)
La villana de Vallecas (1620)
Celos con celos se curan (1621)
Por el sótano y el torno (1623)
Los balcones de Madrid (1624)
Amar por razón de estado (1625)
No hay peor sordo (1626)
Desde Toledo a Madrid (1626)
La huerta de Juan Fernández (1626)
Amar por arte mayor (1630)
Privar contra su gusto (1632)
La firmeza en la hermosura (1644)

Históricas

La república al revés (1611)
La dama del olivar (1614)
Amor y celos hacen discretos (1615)
Los amantes de Teruel (1615)
Averígüelo Vargas (1621)
Antona García (1622)
La prudencia en la mujer (1622)
Trilogía de los Pizarros (1626—1632)
Las quinas de Portugal (1638)

Mitológicas

El Aquiles (1612)
La fingida Arcadia (1621)

De santos, bíblicas, teológicas y filosóficas

La joya de las montañas, Santa Orosia
Los lagos de San Vicente (1607)
La gallega Mari—Hernández (1611)
La peña de Francia (1612)
La mujer que manda en casa (1612)
La Santa Juana (1613—1614)
Tanto es lo de más como lo de menos (1614)
La mejor espigadera (1614)
El condenado por desconfiado (1615)
La vida y muerte de Herodes (1615)
Quien no cae, no se levanta (1624)
El mayor desengaño (1621)
La venganza de Tamar (1621)
El burlador de Sevilla (1612—1620)

Autos sacramentales

El colmenero divino (1613)
La ninfa del cielo (1613)
No le arriendo la ganancia (1613)
La madrina del cielo (1613)
Los hermanos parecidos (1615)

Prosa

Los cigarrales de Toledo (1621)
Historia de la Orden de la Merced
Deleitar aprovechando (1635)

